Yun Ko-eun

LA TURISTA

RESERVOIR
BOOKS

La turista

Yun Ko-eun

Traducción de
Sunme Yoon

RESERVOIR
BOOKS

1

JUNGLE

Hacia el norte se desplazan el centro de alta presión, las flores de los cerezos y los obituarios.
Hacia el sur se desplazan el polvo amarillo, las huelgas y los desperdicios.

Las noticias que se transmitieron a mayor velocidad durante la semana pasada fueron las relacionadas con las muertes, que son las más rápidas porque caducan pronto y pierden vigencia tras los funerales.

El epicentro de la tragedia fue la ciudad de Jinhae, en la provincia de Gyeongsang del Sur, donde comienzan a florecer los cerezos. Una tarde se quebró de repente la rutina de ese lugar bajo un gigantesco tsunami y todo quedó reducido a puntos aislados e inconexos. Los que habían viajado allí para disfrutar de las flores, los que paseaban, los edificios al sol, los faroles de la playa…Todo quedó sumergido y reducido a meros puntos discontinuos.

Yona partió el viernes por la tarde. Ella no tenía ningún paquete turístico con destino a Jinhae en Jungle, la agencia donde trabajaba como programadora de viajes, pero ahora tendría uno. Antes que nada, enviaría un donativo y un contingente de voluntarios. Yona pasó el fin de semana en el lugar del desastre para transmitirle al municipio las condolencias de la compañía, entregar el donativo de diez millones de wones reunido por los cerca de mil empleados y evaluar la situación. En Jungle, las erupciones volcánicas, los terremotos, las guerras, las

sequías, los tifones, los tsunamis y otras catástrofes se clasificaban en treinta y tres grandes categorías, que generaban ciento cincuenta y dos paquetes turísticos. El plan de Yona era crear un paquete nuevo que combinara el tsunami y los trabajos voluntarios.

Yona tardó más tiempo en volver a Seúl de lo que tardó en ir hasta Jinhae. Las flores se desplazaban hacia el norte más rápido que ella. Después del tsunami que asoló la costa sur, los informativos daban primero el parte meteorológico y el estado de floración de los cerezos, para informar a continuación dónde se encontraban y hacia dónde se dirigían los restos de la ciudad destruida. Es decir, reportaban cuál era el itinerario que seguían los escombros en el mar. Era una masa de cotidianidad conformada en su mayoría por plásticos y objetos que no se descomponen, pero se olvidan fácilmente; cosas que perduran en el tiempo, pero no en la memoria. En cuestión de días, toda esa basura se desplazó aún más hacia el sur. Continuaba en el mar, aunque no en las mismas aguas que el día anterior.

Las opiniones acerca del posible itinerario que seguiría la masa de basura estaban divididas. Decían que se uniría a una isla de desperdicios que flotaba en alguna parte del Pacífico y era siete veces más grande que la península coreana, y que pasaría cerca de las costas de Chile dentro de dos años. Hasta había pronósticos del itinerario que seguiría diez años después. La gente rezaba para que el derrotero de esa masa de basura no coincidiera con sus desplazamientos. Del mismo modo que evitaban los peligros en la vida diaria, eliminaban los brotes tóxicos de la patata o extirpaban las balas incrustadas, todos deseaban estar lo más lejos posible de las catástrofes. Sin embargo, había quienes buscaban adrede ese peligro que los demás rehuían. Provistos de un equipo de supervivencia, un generador eléctrico y una tienda de emergencia, iban detrás de todo lo que pudiera llamarse desastre. Por supuesto, no faltaba quien deseara ir a esa isla de basura que flotaba en medio del océano. Jungle era la agencia de turismo adecuada para esas personas.

Yona también soñó alguna vez con ese tipo de viaje. Su primer destino fue Nagasaki, y lo que la indujo a ir a esa ciudad fue una frase

que leyó en una guía de turismo: «Allí hay estatuas de ángeles que perdieron su cabeza a causa de la bomba atómica y los tifones». La guía indicaba la ubicación de esas estatuas decapitadas, pero lo que Yona deseaba saber en realidad era dónde se encontraban las cabezas desprendidas. Por supuesto, los libros no hablaban de dónde habían ido a parar esos pedazos de roca, las escamas de los pescados, los brotes recortados de las patatas, los proyectiles manchados de sangre y otras cosas por el estilo que despertaban su curiosidad.

Durante diez años, Yona había ido detrás de todo tipo de catástrofes para convertirlas en paquetes turísticos, pero el trabajo que hacía no tenía mucho que ver con la curiosidad que había sentido de niña. Ahora estaba acostumbrada a traducirlo todo a cifras. La frecuencia y la intensidad de los desastres, así como los números de pérdidas humanas y materiales, se transformaban en coloridos gráficos que pegaba sobre su escritorio. Tenía también un mapamundi y un mapa de Corea, y sobre ellos hacía anotaciones que le servían para evaluar las catástrofes. Los nombres de ciertos sitios se habían vuelto sinónimos de desastres para Yona: Nueva Orleans mostraba las huellas del devastador paso de los huracanes; Nueva Zelanda era la prueba de cómo los grandes seísmos derribaban las ciudades como castillos de naipes; Chernóbil se había convertido en un pueblo fantasma tras la fuga nuclear y el bosque de los alrededores se había vuelto rojo por la lluvia radiactiva; las favelas de Brasil permitían experimentar el desastre económico; Sri Lanka, Japón o Phuket dejaban ver el poder destructor de los tsunamis; y Pakistán, la fuerza de las grandes inundaciones. Si lo pensaba bien, no había lugar del mundo que no hubiera sufrido una catástrofe alguna vez. Los desastres eran como las depresiones anímicas: siempre estaban presentes de un modo latente. Podían explotar como una pústula cuando los estímulos sobrepasaban el punto crítico, pero también podían permanecer escondidos indefinidamente.

El hecho de que en el mundo se produjeran al año unos novecientos terremotos de más de cinco grados de magnitud y explotaran unos trescientos volcanes de todas las dimensiones era algo tan natural para Yona como que la luz de un semáforo cambiara de verde a rojo o de

rojo a verde. El año anterior habían muerto cerca de doscientas mil personas a causa de catástrofes naturales. Teniendo en cuenta que el promedio de muertes anuales de ese tipo de los últimos diez años había sido de cien mil personas, no había duda de que las catástrofes aumentaban en frecuencia e intensidad año tras año. Los avances tecnológicos permitían evitar un número cada vez mayor de desastres, pero constantemente aparecían otros nuevos y nunca vistos. Como sea, todo eso no hacía más que aumentar la carga de trabajo de Yona. Como solo se ocupaba de desastres, en su mente los incidentes triviales no diferían mucho de las grandes catástrofes. Así era, aunque a primera vista parezca una equiparación extraña.

—Yona, es una llamada que han transferido del centro de atención al cliente —le dijo una empleada, al tiempo que le pasaba la llamada.

Era el turno de soltar frases maquinales del tipo «Si lo cancela, tendrá que pagar una penalización» o «Está especificado en una de las cláusulas del contrato». En realidad, ese no era su trabajo. No obstante, como si su escritorio lo hubieran trasladado por arte de magia al centro de atención al cliente, ya eran varias las llamadas de ese tipo que le pasaban.

—No hacemos devoluciones, lo siento.

La reacción del cliente fue la obvia después de oír algo semejante:

—Pero si todavía faltan tres meses para el viaje, ¿cómo puede ser que la penalización sea del cien por cien? Mi hijo ha enfermado, ¿no me pueden devolver ni siquiera una parte del importe? ¿Cómo que no se puede cancelar un viaje?

—Sí que se puede cancelar, pero no le podemos devolver el importe de la reserva.

—¿Se puede cancelar, pero no hacen devoluciones? ¿Cómo es eso? Si lo hubiera sabido, habría pagado menos de adelanto cuando hice la reserva. No me queda más remedio que poner una denuncia en la Oficina de Protección al Consumidor…

—¿Quiere que le pase con la Oficina? Sea como sea, no le servirá de

nada. Está especificado en el contrato que no se devuelve el importe del adelanto bajo ningún concepto y usted hizo la reserva aceptando esa condición. Es lo que ha firmado. A cambio del adelanto, se le hizo un descuento sustancioso del importe total del viaje, así que no fue un mal negocio para usted. Hizo la reserva en el mejor momento y al mejor precio. Los clientes que reservan ahora pagan un treinta y cinco por ciento más.

—Escúcheme… —La voz del cliente suena por fin más calmada—. Mi hijo está enfermo. Está ingresado en el hospital. ¿No deberían permitirme cancelar el viaje aunque sea por razones humanitarias?

—Puede cancelarlo si lo desea.

—Pero no me devuelven el adelanto, ¿verdad?

—Así es.

—¿Cuál es su nombre?

—¿Perdón?

—¡Que cuál es tu nombre! ¡Eres una grosera y esto es inaguantable! ¡Dime tu nombre!

—Soy Yona Ko.

Así acabó la llamada. No había duda de que el cliente estaba enfadado, pero Yona también lo estaba. Los clientes se mostraban más tolerantes cuanto más alta era la posición de la persona que los atendía por teléfono, por lo que, a veces, el centro de atención al cliente pasaba las llamadas a los programadores de viajes. Lo que la enfadaba era que, cuando ella se encontraba en su mejor momento, no solo no disponía del tiempo para molestarse en atender ese tipo de llamadas, sino que la compañía tampoco lo permitía. Ella no era la voz de la compañía, sino el cerebro.

Quizá este cambio imperceptible en las responsabilidades de su trabajo fuera una forma de tarjeta amarilla. Sabía de la existencia de esas sanciones desde que entró en la compañía. La tarjeta amarilla no era tanto una advertencia como una alarma que avisaba del comienzo de una fisura en la relación laboral. Una vez que se recibía la tarjeta amarilla, si no ocurría algo terrible como el fin del mundo, no había manera de evitar el derrumbe. Yona se preguntó si le llegaría por carta,

correo electrónico o servicio de mensajería, pero, en realidad, la tarjeta nunca se manifestaba de esa manera ostensible, sino de un modo mucho más sutil y hábil, para que el destinatario tomara clara conciencia de lo crítica que era su situación laboral.

Las personas que recibían la tarjeta amarilla tenían dos caminos que elegir: seguir trabajando con diligencia bajo las nuevas condiciones o rebelarse abiertamente. Sabía de alguien que volvió a su puesto tras soportar cinco años en una posición de menor categoría y bajo la autoridad de un jefe que había sido antes su subalterno. Sin embargo, tras recuperar el puesto original no pudo trabajar mucho tiempo, ya que su salud se deterioró rápidamente. Quizá fueron la conmoción por recibir la tarjeta amarilla y los azarosos cinco años que vivió en un puesto inferior los que le causaron un tumor en el cerebro. Yona no lo conocía, pero eran los rumores que corrían sobre «un gerente de la sección vecina».

Últimamente, Yona se sentía como una semilla de diente de león aterrizada por casualidad en la compañía. El escritorio era suyo, no había duda, pero no se sentía cómoda, como si le hubiera tocado sentarse allí solo ese día. También le ponía de los nervios ver a los empleados nuevos yendo y viniendo por los pasillos como mendigos. Lo mencionó cuando estaba en la sala de descanso con varios compañeros que eran también sus amigos, pues le pareció que el ambiente era propicio para la queja. Sin embargo, se pusieron muy serios con lo que dijo. Sus compañeros, que hasta ese momento habían opinado a la ligera como si lanzaran bolitas de papel al cubo de la basura, le preguntaron con preocupación:

—¿Te pasa algo? ¿No será «eso»?

Como le pareció que la cosa se ponía demasiado tensa, Yona se desdijo a toda prisa. En realidad había sufrido un incidente molesto unos días antes. Había llegado a una reunión a la hora estipulada, pero no encontró a nadie. Otra empleada se le acercó abriendo mucho los ojos de la sorpresa.

—¿No había reunión hoy? —preguntó Yona.

—Pero si hoy es *foul*… —respondió la compañera, frunciendo el

ceño.

—¿*Foul*? —repitió Yona.

—Ya lo ves.

¿Qué era eso de *foul*? ¿Una palabra nueva de moda? ¿Una abreviatura? ¿Una jerga secreta? Ahora que lo pensaba, el día anterior alguien había dicho en la sección contigua: «Es por *foul*». Confusa, había contestado: «Ah, eso», desaprovechando la ocasión de preguntar qué significaba. Pensó que más importante que saber qué quería decir la expresión era averiguar en qué contexto se usaba, pero no averiguó ni lo uno ni lo otro. Por supuesto, podía preguntárselo a cualquiera, pero no quería parecer ignorante. Lo que la incomodaba era que los demás la usaban a menudo, como si todos supieran su significado.

La empleada se alejó a toda prisa y Yona se quedó un rato absorta delante de la sala de reuniones vacía; luego se dirigió hacia el ascensor. Cuando terminaba una reunión, todos los trabajadores solían ir al baño o a la sala de fumadores para descargar la tensión. A pesar de que no había habido ninguna, Yona se sentía exhausta. Justo entonces, Kim subió al ascensor. En cuanto se cerró la puerta detrás de él, le dijo a Yona:

—Johnson te manda saludos.

—¿Quién?

—Johnson. ¡Mi Johnson!

Lo dijo señalándose la entrepierna. El ascensor bajaba del vigésimo piso al segundo y estaban solos. Antes de que a Yona le diese tiempo a reaccionar, la mano de Kim se posó en su culo. No fue un descuido, fue a propósito y de forma descarada, sin importarle un comino que ella se diera cuenta de que había sido a propósito.

—Todavía eres joven. ¿Por qué no entiendes lo que te digo?

Yona se movió hacia un lado para desprenderse de Kim sin ser brusca. Este no se inmutó y le metió la mano dentro de la blusa. A Yona casi se le cayó el alma a los pies. No por descubrir una faceta de su jefe que desconocía ni porque la acosara sexualmente un superior. Como era bien sabido, Kim elegía a sus víctimas únicamente entre las «caducas». Es decir, entre las que ya habían recibido la tarjeta amarilla

o estaban a punto de recibirla. Quizá el acoso sexual mismo fuese la tarjeta amarilla.

Yona trató de librarse de él, pero temió por la cámara de circuito cerrado que tenía a sus espaldas. Por lo menos desde atrás, trataba de dar la impresión de que no pasaba nada, pues no quería que la descubrieran en esa situación humillante. Las cámaras de circuito cerrado funcionaban las veinticuatro horas y en cualquier momento podía subirse alguien al ascensor, pero, si su jefe se comportaba con semejante desfachatez, era porque no le importaba en absoluto que lo pillaran. Era una muestra de menosprecio velado hacia Yona. En ese preciso momento se abrieron las puertas del ascensor y subieron un par de personas. Fue justo después de que Kim retirara la mano de su blusa y se la metiera en el bolsillo.

—Interésate un poco por el lenguaje. No conocer las expresiones que se usan hoy en día es como andar con un cartel que dice: «No me importa quedarme atrás» —le dijo Kim en voz baja para que los demás no pudieran oírlo.

Después de que Kim saliese, los que se quedaron en el ascensor miraron de reojo disimuladamente a Yona. Tras ese incidente, Kim le metió dos veces más su mano fría por debajo de la falda. Aunque lo grave era la mano en sí y no la temperatura, la gelidez le produjo repelús. Durante diez años, Kim había sido su jefe directo y la había favorecido siempre en las evaluaciones. Era lo que se considera un superior idóneo. Para ser más exactos, era un buen subordinado, y eso le permitía mantenerse en su papel de superior idóneo. El cincuenta por ciento de la evaluación del personal era responsabilidad suya, y tanto sus preferencias como sus hostilidades estaban bien definidas. Todos sabían que era capaz de llevar hasta el límite a las personas que le desagradaban. Si Yona dejaba las cosas como estaban, Kim podía volverse aún más atrevido. Pero lo que más la atemorizaba era que todos se enteraran de que se había convertido en el blanco de sus ataques. «Mientras cometa sus acosos de manera encubierta, puedo tolerarlos», pensó para sí Yona, pero enseguida sacudió la cabeza. Lo peor era que ya le había consentido ese comportamiento en tres

ocasiones. Tuvo la sensación de estar colaborando con él de alguna forma. No obstante, se excusó diciéndose que cualquiera que fuera víctima de lo mismo actuaría con tanta indecisión como ella.

Fue una primavera muy calurosa. Cada vez que Yona se acordaba de esa época, no pensaba en las flores o el follaje nuevo de los árboles, sino en todo lo que había sudado. Bañada en transpiración, esa primavera en que Jinhae fue asolada por el tsunami, Yona no hizo otra cosa que correr de aquí para allá. Sin embargo, cuando llegó el momento de recoger los frutos de su trabajo, Kim la llamó para decirle lo siguiente:

—Esto es *foul*. Quiero que te apartes de esa programación y que te dediques a revisar y reforzar los paquetes existentes.

El tipo de tarea que le asignó esa tarde era más propia de los empleados principiantes.

—Mañana tendremos cena de trabajo. Hay que saber tomarse un respiro cuando se está muy ocupado. En lugar de la barbacoa de panceta de cerdo de siempre, vayamos a cenar algo especial. Yona, ocúpate de preguntarles a todos qué quieren comer.

A Kim le gustaba que se imprimiera todo, por lo que en su sección el papel se acababa más rápido y terminaban utilizando el margen en blanco de los papeles ya usados. Yona les preguntó a sus colegas qué menú preferían para la cena y le llevó a Kim el resultado del sondeo en un hoja impresa. Sin embargo, ni el documento ni el contenido sirvieron de nada, pues al día siguiente Kim concluyó:

—Vayamos a comer barbacoa de panceta de cerdo.

Así pasaron algunos días. Si no la tenía ocupada con la fotocopiadora, era con el teléfono. Yona acabó entrando en una web que te mostraba la fecha en que ibas a morir. Después de teclear sus datos y hacer clic en el botón que calculaba cuánto faltaba para el día de su muerte, se dio cuenta, sorprendida, de que ya había estado antes en esa página.

La pantalla que mostraba la cifra que disminuía a toda velocidad le

era familiar. Seguramente había introducido sus datos y el reloj electrónico de la pantalla se había puesto a contabilizar el tiempo sin parar, como ese día. Le mostraba con crudeza cómo se disipaba poco a poco su vida, dividida ya no en segundos, sino en unidades más pequeñas. El reloj de su vida nunca se había detenido durante los años en que se olvidó de entrar a esa página. Incluso ahora, que volvía a sentir la curiosidad de antaño y la sorpresa de contemplar la rapidez con que decrecían las cifras, el tiempo seguía acortándose.

Sentada frente a la pantalla, que parecía que en cualquier momento se detendría para mostrar únicamente ceros, comenzó a reflexionar. Lo que en última instancia decidía el destino de una persona era un instante. Si se producía un incendio en una fiesta de fin de año, ¿no era el guardarropa donde aparecía el mayor número de cadáveres? Por costumbre, la gente se dirigía allí cuando su vida se encontraba en una encrucijada y terminaba muriendo aplastada. Cuando había un incendio, un terremoto o sonaba una alarma, había que dejar de hacer lo que se estuviera haciendo para salir corriendo. Actos triviales, como buscar el abrigo, coger el bolso, guardar los datos en el ordenador o llamar por el móvil era lo que determinaba la supervivencia o la muerte de una persona.

Estaba viviendo una catástrofe, de modo que era preciso reflexionar sobre los actos que la habían llevado a esa situación. Quizá fueran cosas de poca monta, pero no debía pasarlas por alto si esas nimiedades la habían convertido en la receptora de la tarjeta amarilla. Sin embargo, no se acordaba que hubiera ocurrido nada en particular antes de que Kim la acosara sexualmente. De todos modos, él tenía la culpa de la situación incómoda en que se encontraba. Cuando acabó de trabajar y volvió a su casa, Yona escribió un correo electrónico al departamento de quejas laborales. La respuesta llegó de inmediato. Choi, que trabajaba en ese departamento, la invitó a cenar.

Choi era una mujer algo mayor, lo cual era algo muy inusual en Jungle. Como no parecía una empleada de la compañía, Yona se sintió cómoda con ella y, cuando Choi le preguntó qué quería comer, se concentró en el menú y pidió fideos fríos *naengmyeon* y carne de cerdo

hervida. Después de preguntarle qué le parecía, Choi pidió también una botella de *soju*.

—Como le expuse en el correo, se trata de Jogwang Kim, el jefe de la sección tres de programación… —comenzó a explicar Yona con dificultad.

—Ah, ese cabrón.

La reacción de Choi sorprendió a Yona, pero eso permitió que la conversación se desarrollara con fluidez. Choi la consoló diciendo que entendía bien cómo se sentía:

—No son pocos los problemas que provoca ese jefe de sección. Ya me tiene hasta la coronilla.

—Me imagino que debe de tener muchos enemigos…

—Los tiene, pero ninguno con poder suficiente para plantarle cara. Son como hormigas enfrentándose a un elefante.

—¿Ha oído lo de que Kim solo molesta a las personas que se han quedado «caducas»?

Eso era lo que más intrigaba a Yona.

—No estoy enterada. Solo conozco los casos de quienes me han consultado. Seguramente es un rumor que surgió *a posteriori*. Los que lo confrontaron no creo que hayan sobrevivido para contarlo.

Dos horas y dos botellas de *soju* después, Choi le dijo:

—Te diré esto porque tú podrías ser mi hermana pequeña… Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de este asunto.

Yona vació otra copa y Choi continuó diciendo:

—Estas cosas ocurren todo el tiempo. Puedes denunciarlo, pero a la larga serás tú la que salga perjudicada. Además, el tipo es tan listo que acabará escurriéndose como una anguila. Por algo se suele decir: «Si no puedes lidiar con el toro, quítate de en medio».

Yona tenía la costumbre de asentir con la cabeza cuando escuchaba a su interlocutor y eso siempre causaba buena impresión. Lo mismo ocurrió esa vez. Choi entendió su gesto como una aceptación de su consejo y le aseguró que había tomado la decisión correcta. Después de beberse otra botella de *soju*, Yona decidió que eso sería lo que haría.

Decían que la confidencialidad de las consultas efectuadas al departamento de quejas laborales estaba asegurada, pero al parecer las víctimas del mismo ofensor sí tenían acceso a esa información. Unos días después contactaron a Yona por chat y se presentaron como «personas que debían unir sus fuerzas». Eran cuatro en total (entre ellas había un hombre) y la citaron en un restaurante alejado de la oficina. No era difícil adivinar la razón por la que querían verla.

—Tenemos que aprovechar esta ocasión para echar a Kim de la compañía. Hubo un intento semejante hace dos años, pero se hizo con demasiada prisa, por lo que solo salieron perjudicadas las víctimas. Esta vez estamos mucho mejor preparados. Lamentamos que haya pasado por los mismos tormentos que nosotros, pero lo cierto es que su presencia nos da mucho ánimo.

En resumen, querían que Yona se uniera a ellos para denunciar a Kim. Sin embargo, Yona tuvo la impresión de que eran una panda de perdedores. Mientras los escuchaba, pensó que los rumores que corrían sobre las víctimas de Kim no eran meras habladurías. De todo ese grupo, ella era la que tenía el puesto más alto, algo que la inquietaba. Parecían reconfortados por el hecho de que fuese una programadora sénior, pero a Yona la existencia de estas personas le resultaba tan incómoda como la de Kim. Después de escucharlos, le alivió que este «solo» la hubiese acosado tres veces. Algunos habían sufrido abusos más graves e incluso agresiones muy serias. Ella, en cambio, estaba todavía demasiado «íntegra» para mezclarse con estas personas. El que habló de las acciones que seguirían fue el hombre, que parecía encontrarse en la situación más preocupante:

—El lunes que viene nos manifestaremos en el vestíbulo de la compañía. Las víctimas no somos culpables de nada, así que no tenemos de qué avergonzarnos. El que debe avergonzarse es ese cabronazo de Jogwang Kim, ¿no le parece? Únase a nosotros, por favor.

—Creo que esto es un error. Es cierto que hubo un incidente desagradable, pero no llegó a ser acoso sexual. Más bien fue un malentendido por mi parte.

Se miraron algo desconcertados y luego volvió a hablar el hombre:

—Lo hemos visto todo…

Esta vez fue Yona la que se quedó desconcertada.

—Con la cantidad de cámaras de circuito cerrado que hay en la compañía, puede que usted sea la única que no se haya enterado y que los demás lo sepan todo. Entiendo que se sienta incómoda, pero, si oculta lo ocurrido, solo empeorará la situación en la que nos encontramos todos nosotros.

Yona se sintió todavía más incómoda por que la incluyesen en ese «todos nosotros», así que se excusó diciendo que tenía otra cita.

—Entiendo que se sienta confusa, pero por eso mismo debemos unirnos. Volveremos a ponernos en contacto con usted. Es natural que necesite tiempo para pensarlo.

Respondió a toda prisa que lo haría, y, acto seguido, se levantó de la mesa. Cuando abrió la puerta corredera y salió de la sala reservada, no pudo encontrar sus zapatos, lo que causó un pequeño alboroto. Era un restaurante con salas reservadas que daban a un pasillo y, al parecer, otra clienta, o vaya a saberse quién, se había marchado con sus zapatos.

—Por eso hay que guardarlos en este armario que hemos dispuesto para ese fin. Últimamente estos incidentes ocurren a menudo. ¿Y qué hacemos ahora que se quedó sin zapatos?

El dueño del restaurante estaba montando un buen barullo, por lo que se volvió abrir la puerta del reservado en el que había estado Yona. Uno de los perdedores de dentro se ofreció a ir a comprarle un par de zapatos. Ella rechazó tajante la oferta y se marchó calzada con unas pantuflas toscas que le dieron en el restaurante.

Los zapatos que había perdido eran de esos que se venden con el pie derecho suplementario. Ahora que se los habían robado, tenía el par derecho suelto en casa. Ese zapato sobrante la incomodaba; le recordaba a toda esa gente y también a Kim.

Trataron de comunicarse varias veces más con ella por correo electrónico y por teléfono, pero no les respondió. No quería reconocer que había sido víctima de acoso sexual. Tampoco quería ser parte de las víctimas «que no tienen de qué avergonzarse» ni protestar contra Kim

en el vestíbulo de la compañía. Más bien, no quería que la pusieran en el mismo saco que las víctimas de acoso sexual, es decir, que los perdedores, los caducos y toda esa chusma. Cuando vieron que no tenía pinta de que Yona quisiera unirse a su causa, la dejaron en paz. Un tiempo después, se encontró a la salida del trabajo con un grupo de personas que se manifestaban en el vestíbulo con carteles. No llevaban las caras tapadas, pero ella se tapó la suya sin darse cuenta. Unos días después, sancionaron a todos los manifestantes. Ese día, Yona tiró a la basura el zapato sobrante.

—Dice que por favor… —suplicó a Yona una empleada más joven, mientras le pasaba una llamada del centro de atención al cliente.

El hombre al otro lado del teléfono repitió varias veces la frase: «Por favor, ¿no habría alguna forma?». Quería saber si había algún modo de cancelar el viaje. Yona tuvo ganas de contestarle si habría alguna forma de que se marchase a ese viaje de una vez por todas, pero, cuando escuchó la explicación del cliente, se quedó sin habla. Su compañero de viaje había fallecido.

—¿Era un familiar directo? Me refiero a la relación que había entre usted y su acompañante.

—No, no lo era.

—Averiguaré cómo proceder en este caso y me pondré en contacto con usted.

Yona volvió a preguntarle el número de teléfono por puro trámite y cortó la llamada. ¿Dónde iba a averiguar eso? La cancelación del viaje dependía totalmente de ella. Si le apetecía, podía cancelarlo sin aplicar ninguna penalización, aunque la causa fuese inaceptable para la compañía. Pero ¿cómo iba a viajar este hombre si había muerto su acompañante? Pensaba cancelar el viaje como quería el cliente, pero por la tarde pusieron sobre su escritorio el folleto del paquete a Jinhae con el nombre de otro programador, dándole a entender que a partir de entonces se ocuparía otra persona. Eso la irritó tanto que no pudo permanecer sentada más tiempo y se marchó de la oficina.

Yona solía hacer tres transbordos en el metro para volver a su casa. Antes eran solo dos, pero en los últimos años el trayecto se había

diversificado. Se acortaba la distancia entre las estaciones, aparecían nuevas líneas, y las existentes se ampliaban hacia ciudades vecinas. Cambiaba ligeramente dependiendo de las líneas que eligiera, pero el tiempo que tardaba desde la compañía a su casa se iba acortando. Le sorprendía, ya que cada vez había más estaciones de metro, pero, aun así, el viaje se le hacía más largo y aburrido. También más fatigoso, porque estaba siempre lleno. A medida que la ciudad ensanchaba sus límites, la cantidad de gente que se peleaba por entrar y apretujarse en el interior iba creciendo. Justo en ese momento le llegó una llamada. Era el cliente con el que había hablado por la mañana. Le molestó que la llamara a su móvil cuando ya había salido del trabajo, pero aún más que la empresa le hubiera dado su número privado. La frase que sentenció al hombre que esperaba expectante su decisión fue la siguiente:

—La devolución solo es posible para la persona fallecida.

Le soltó eso mientras se dejaba llevar por la marea humana. En otras palabras, el acompañante fallecido podía cancelar el viaje y que le devolviesen el importe, pero el cliente que llamaba solo tenía dos opciones: viajar o cancelar sin derecho a devolución del dinero. El hombre colgó, furioso. Yona miró el mapa del metro. Al ver los puntos entrecortados de las líneas que se iban a inaugurar, sintió que se asfixiaba. Las que ya funcionaban eran interminables, y tuvo el impulso de quemar con una mecha los extremos, como se queman los extremos de los tejidos para que no se deshilachen.

Comenzaba el verano. Las flores de los cerezos ya se habían marchitado y ahora crecían las cerezas. Las aceras lucían amoratadas por los frutos negros que caían al suelo. Finalmente, Yona acabó planteándose dejar su trabajo.

—Sé sincera. ¿Necesitas un descanso o tienes ganas de buscar otro trabajo? —le preguntó Kim con soltura, ofreciéndole un café que había sacado de la máquina expendedora.

—Quiero descansar un poco. Además, no estoy bien de salud.

Kim asintió con la cabeza. Seguramente era una respuesta trillada y repetida hasta el infinito.

—No puedo dejarte ir, así como así…

Yona se quedó mirando el suelo sin decir nada.

—Hagamos lo siguiente. Te daré un mes de vacaciones… Descansa un tiempo y viaja un poco, no como empleada de la compañía, sino como una simple turista. Justo ahora tenemos varios viajes que hay que evaluar si seguimos con ellos o los eliminamos. Si participas en alguno, la empresa asumirá los gastos. Lo único que tendrías que hacer a la vuelta es entregarme un informe de una carilla. Has trabajado duro diez años, es normal que estés agotada.

—¿Puedo ausentarme de mi puesto durante un mes?

—Para ti serán unas vacaciones, pero para la compañía será un viaje de trabajo, así que no te preocupes por nada. Tú decidirás si continuamos con ese paquete turístico o no, tomaré la decisión según lo que me digas.

—¿En la lista hay viajes que programé yo?

—Creo que no.

—Entonces son viajes que están a cargo de otras personas. No sé si está bien que yo…

—¿Cómo podría tomar una decisión objetiva la persona responsable? Ocurre todo el tiempo con los viajes que dejan de ser rentables. La iniciativa es mía, tú eres una programadora sénior, y me fío de tu opinión. Para ser un viaje de trabajo es una ganga, ¿no te parece?

Al ver la cara de sorpresa que ponía Yona, Kim siguió hablando:

—Cuando cumplí diez años en la empresa, mi jefe hizo lo mismo conmigo. En ese momento me pareció lo más natural del mundo, pero después me di cuenta de que fue algo realmente especial, dada la insensibilidad que hay en la compañía. Por suerte, esta vez las circunstancias son muy oportunas, así que considéralo como un premio de la empresa por tus años de servicio.

Yona no había querido dejar su trabajo en serio. Simplemente lo hizo porque le pareció que, si no renunciaba, Kim la humillaría aún más. En Jungle, las excedencias no se entendían como una pausa, sino como un

punto final. Era frecuente que, cuando un empleado llegaba al límite de sus fuerzas, solicitara una excedencia y no volviera más a la compañía. Sin embargo, a veces ocurría también que un punto final se entendía como una pausa. Cuando se trataba de un empleado que la compañía no quería perder, es decir, cuando lo consideraban alguien necesario, no aceptaban su renuncia. Yona necesitaba comprobarlo. Pensó que con este encargo de Kim se saldaban tácitamente las cuentas. Su jefe quería compensarla por lo mal que se había portado con ella, y por eso le encargaba una tarea fácil. Si justo en ese instante Kim no le hubiera toqueteado la cintura con los dedos, se habría olvidado por completo de lo de Johnson.

Yona echó un vistazo a la lista de paquetes turísticos que ofrecía Jungle: «La energía ardiente del volcán», «Las convulsiones de la tierra», «El arca de Noé a merced de la furia del mar», «El poder aterrador de los tsunamis»… Entre los diez paquetes de viaje más vendidos no aparecía ninguno de los que ella había diseñado. Sí estaba el que había sembrado, abonado y regado hasta romperse la espalda, pero no había podido recoger los frutos. Otro programador se había hecho cargo de él, así que le llevaron los demonios al ver las palabras «Jinhae» y «flores de cerezo» en el título. Ese paquete estaba ubicado en el séptimo puesto del ranking de ventas. Seguramente el programador al que le cayó del cielo este viaje andaría por ahí silbando de alegría. Sintió que se le subía de nuevo la sangre a la cabeza.

Había cinco viajes al final de la lista. Estos eran los que seguramente la empresa eliminase, y ninguno lo había diseñado ella. Su talento, en consecuencia, se encontraba en algún punto intermedio entre los viajes más populares y los menos populares. Decidió informarse sobre los paquetes turísticos llamando al centro de atención al cliente. Cuando nombró los cinco viajes y dijo que no sabía cuál elegir, la empleada le recomendó el más caro de todos, como era de esperar.

—Le recomiendo «El socavón del desierto». Es más caro que los otros debido al alojamiento. Han construido el complejo turístico recientemente, por lo que está en excelentes condiciones y tendrá un reconfortante descanso. Podrá disfrutar de tres tipos de paisajes a la

vez: volcán, desierto y aguas termales. Una oportunidad muy poco frecuente. Es un veinte por ciento más caro, pero le aseguro que su satisfacción será todavía mayor.

La voz parecía desconocer que el paquete turístico que promocionaba estaba a punto de desaparecer porque su valor había caído mucho más de un veinte por ciento. En cualquier caso, si la empresa iba a correr con los gastos, le convenía elegir el paquete más caro.

«El socavón del desierto» era un viaje de seis días y cinco noches. El destino era un lugar llamado Mui, y Yona tuvo que buscar en internet dónde se ubicaba. Se trataba de una isla del tamaño de Jeju, al sur de Vietnam. Para llegar hasta allí había que viajar en avión hasta el aeropuerto de Ho Chi Minh, luego en autobús hasta la ciudad costera de Phan Thiet y de allí navegar en barco unos treinta minutos. Era fácil darse cuenta de por qué este viaje no tenía éxito. Entre el día que se perdía de ida y el día de vuelta, era un paquete pobre comparado con lo que ofrecían los demás. Si bien era cierto que había un socavón en mitad del desierto y podía ser un paisaje «horrendo y triste», como describía la publicidad, el problema era que el agujero se había convertido en un lago. No infundía temor ni tenía nada de particular. La imagen que solía evocar un socavón era como mínimo el impresionante pozo de quinientos metros de profundidad que se abrió en medio de la capital de Guatemala en 2010. ¿Este sitio lograría satisfacer las expectativas? Yona tenía serias dudas. Pero ya que estaba, por costumbre, miró en internet los vuelos que tendría que tomar para llegar hasta allí.

Como el deseo y el interés son proporcionales, si uno se queda observando con atención un sitio en el mapa, el deseo, al principio incipiente, crece en la misma medida que el interés. Le vino a la memoria que empezó a trabajar en una compañía de viajes porque le gustaba viajar. Había viajado por trabajo en varias ocasiones, pero casi siempre había sido en Corea. Podría haber viajado por su cuenta, pero cuando por fin conseguía tener algunos días libres, no le apetecía ir a ningún lado. Aunque fuera un viaje de trabajo, pensar que visitaría otro país abrió un poco la ventanilla de su cabeza, cerrada desde hacía

tiempo, y permitió que circulara aire fresco y nuevo por ese resquicio.

Sacó su pasaporte para echarle un vistazo. En un cajón guardaba tanto el pasaporte en vigor como otros tres que habían caducado. Como el autorretrato de Paul Klee, en la fotografía de su primer pasaporte parecía que no tenía orejas. La regulación había ido cambiando hasta permitir mostrar las orejas y las cejas. Para bien o para mal, las fotografías dejaban cada vez más al descubierto las caras de la gente. Aunque su viaje todavía no estaba cerrado, sacó la maleta del armario y metió el pasaporte y la cámara.

Si los desastres quebraban el mundo y lo dislocaban, la cámara era un instrumento que ayudaba a tener una impresión más real de esa dislocación. En el instante en que se apretaba el disparador, la imagen tomada dejaba de ser una persona o un paisaje para convertirse en un vacío temporal. Y ese breve vacío temporal podía ejercer a veces una influencia mucho más grande en nuestra vida que el presente mismo. «¿No será que todo viaje cruza la línea de salida antes de que comience?», pensó. El viaje no era más que la comprobación de los pasos que uno ya ha comenzado a dar en la imaginación.

El tiempo transcurrió lentamente mientras ultimaba las tareas que tenía que hacer antes de las vacaciones. Una de ellas fue cancelar sin recargo ni penalización el viaje del cliente que había llamado dos veces. Para ello tuvo que redactar un documento de cinco folios para sus superiores, pero ese agujero en su hoja de servicios le permitió respirar por fin.

Partiría a principios de julio. Aunque todavía faltaba más de una semana, fue llenando la maleta con todo tipo de cosas, como si fueran indispensables y no quisiera olvidarlas. Metió una pulsera repelente de mosquitos, un pequeño botiquín, lápices y caramelos para regalar a los niños nativos, y también algunos medicamentos contra el estreñimiento y la diarrea. Mientras guardaba todo, se preguntó si los necesitaría. Aunque parecía que había terminado de preparar la maleta, siguió abriéndola al menos una vez al día para meter más cosas. Tras varios días a caballo entre dos mundos, la cerró definitivamente la mañana de su partida.

Por fin estaba en el avión, tal como lo había imaginado. Se cubrió con una manta hasta el cuello y miró a través de la ventanilla redondeada. Abajo solo se veían puntos y más puntos. El paisaje parecía un mosaico pixelado por las luces brillantes. Desde esa altura, la ciudad se veía más que saturada. ¿Cómo había podido vivir en un lugar tan densamente poblado? Ahora que tomaba distancia, ya nada parecía tener importancia.

El vuelo nocturno siguió su curso sin inconvenientes.

2

EL SOCAVÓN DEL DESIERTO

Hacía tres horas que los seis miembros del tour iban como si flotaran por la carretera número 1 de Vietnam. El autobús en el que se encontraban se arrastraba a toda velocidad por la gigantesca corriente de motocicletas como un barco a la deriva. En todas las calles había motos detenidas o en movimiento, y sus dueños parecían esperar o mirar por todas partes buscando a alguien. El paisaje lo conformaban motocicletas en las que iban montadas hasta cuatro personas, banderas del país clavadas a distancias regulares y puestos callejeros de comida con cestas llenas de pan y fideos. Por la ventanilla también se veían pasar casas de dos plantas con las cornisas y las puertas decoradas con bonitos adornos, así como cables de electricidad que parecían gruesos cabellos enredados. Los pasajeros pudieron echar un rápido vistazo a un animado patio donde se celebraba la fiesta de una boda, y también sacaron fotos de un grupo de tumbas. De este modo fueron entendiendo el presente del lugar.

Una de las cosas que más le llamó la atención a Yona fueron las frases en coreano que veía por la carretera: chalecos que decían «Entrega inmediata», camisetas con la leyenda «Vehículo con carga peligrosa», autobuses que, en lugar de «Puerta automática», llevaban escrito erróneamente «Puente automático».

—Hoy en día, en Vietnam circulan muchos autobuses que todavía tienen pegado el mapa del itinerario que hacían en Seúl. Vietnam importa vehículos usados de Corea y se comercializan a precios más altos cuando conservan alguna frase en coreano. Muchas veces, la gente

incluso escribe a propósito frases en coreano en sus coches. Si se fijan bien, verán en todas partes muchísimas cosas escritas en coreano, aunque aquí tienen un significado diferente. Hace poco tomé un autobús que pasaba por el Mercado Central y llegaba hasta el palacio Gyeongbokgung y la Oficina del Distrito de Mapo. Por supuesto, ese no fue el itinerario que hizo en realidad el autobús. ¿No es divertido?

A pesar de que el trayecto era largo, como buena profesional que era, la guía se mostró muy animada en todo momento. Se llamaba Lou y era coreana, pero pasaba diez meses al año en Vietnam, Mui, Camboya y otros sitios semejantes. Dijo que el lugar que más le gustaba de todos era Mui, porque el complejo turístico de la isla era muy lujoso.

La carretera 1 llegaba al mar en la localidad de Phan Thiet. Esta ciudad costera de Vietnam era la puerta de entrada a Mui. El autobús se detuvo en un supermercado enorme.

—Descansaremos aquí una hora antes de seguir. En Mui no hay supermercados, así que los que necesiten algo o quieran llevar galletas y golosinas pueden comprarlas aquí —dijo la guía, levantándose de su asiento junto al conductor.

Las bolsas de la compra de los pasajeros que volvieron al autobús una hora después contenían productos más o menos parecidos, como café instantáneo G7, cepillos de dientes Oral-B y licor vietnamita Nep Moi. Había muchos cepillos de dientes de marca porque la guía les había comentado que en Vietnam eran muy baratos, así que todos se habían lanzado a comprarlos. Alguien dijo que los artículos de las bolsas no eran apropiados para viajeros que iban a un sitio de desastres, y todos se rieron.

—Quizá el paisaje de Mui sea mucho más vulgar de lo que pensamos —le comentó a Yona uno de sus compañeros de viaje.

En el grupo había dos hombres. Uno era un universitario que quería hacer este viaje desde que estaba en el servicio militar. El otro parecía tener unos cuarenta años, pero en realidad era mucho más joven, ya que solo era un año mayor que Yona. Era guionista de cine, y era el que le había hablado. Todavía no habían llevado a la pantalla ninguno de sus guiones, pero había vendido más de diez a productoras

cinematográficas y sobrevivía a base de trabajos variopintos que nada tenían que ver con su oficio principal. Las otras dos personas además de Yona eran una mujer, maestra de escuela primaria, y su hija de cinco años. Todos mostraron curiosidad por Yona, que viajaba sola.

—Todavía no se ha casado, ¿verdad?

—¿Cuántos años tiene?

—¿De qué trabaja?

No podía revelar que la compañía turística la había enviado a este viaje ni que trabajaba en la sección contigua a la persona que había creado este paquete turístico. Se preguntó si la guía que iba sentada delante tenía información personal del grupo, pero, por suerte, lo único que sabía eran los datos que aparecían en los pasaportes. Yona se inventó una nueva ocupación: una mujer de treinta y tres años que era dueña de una pequeña cafetería. Era lo que siempre había imaginado que le gustaría hacer. De hecho, deseaba abrir un local que vendiera café y tartas cuando dejara Jungle.

—Pedí un préstamo estudiantil para venir a este viaje. Es que es muy caro. Pero bueno, incluye un seguro muy jugoso, así que podré dejarles una herencia a mis padres si me pasa algo —bromeó el estudiante.

—Si siguen mis instrucciones, no habrá accidentes. Les recuerdo que los accidentes que se producen por violar las reglas no se indemnizan —remarcó la guía, poniéndose muy seria.

—Lo sé, pero siempre me ha interesado mucho el turismo responsable —remarcó él—. Mis amigos viajan para visitar museos y palacios, pero a mí eso no me llama nada la atención. Cuando termine este viaje, pienso sentar la cabeza. Pero si muero en una de esas, al menos les quedará una buena compensación a mis padres.

—No existe ninguna posibilidad de morirse «en una de esas». Les aseguro que el sistema de viajes de Jungle no es de cartón —insistió la guía.

El estudiante se encogió de hombros y miró por la ventanilla. Yona vio dos puntos débiles en esa conversación. Uno era que el viaje difícilmente satisfaría las expectativas de experimentar el turismo responsable que tenía el estudiante; y el otro, que el sistema de Jungle

no aseguraba al cien por cien la seguridad en los viajes. Yona pensó en los accidentes que habían ocurrido hasta la fecha. Solo habían tenido un caso de fallecimiento; la mayoría habían sido robos, accidentes de tráfico, fiebres y circunstancias del estilo. Probablemente no fueron las calamidades que los viajeros esperaban sufrir, pero igualmente fueron molestas, porque sucedieron sin aviso. Desde la perspectiva de Yona, la guía mentía sin querer. Lo que decía Lou era cierto dentro de los límites de la información que manejaba ella, pero sí se producían accidentes. Simplemente no se habían filtrado los rumores o se propagaban con lentitud.

Cuando llegaron a su destino, les asaltó el olor a salmuera del pescado, que llegó reptando como la oscuridad. Yona respiró profundamente. Debía de ser el olor de la salsa *nuoc nam cham*, que ella solo reconocía de haberlo leído en los libros. Era una especie de salmuera que había conquistado la cocina de toda la región y se preparaba con pescado fermentado y sazonado con diversos condimentos. La localidad subsistía a duras penas gracias al *nuoc nam cham*. «Las mañanas de Mui resuenan con el bullicio de los pescadores que recogen la pesca y sus noches huelen a pescado fermentándose en sal». Así comenzaba el folleto de información, pero no reflejaba la realidad presente de la isla. En la actualidad, la mayoría de la gente en edad de trabajar se había ido a tierra firme. El olor a pescado del *nuoc nam cham* que invadía Mui en realidad no provenía de la isla, sino de la ciudad portuaria vecina de Phan Thiet.

En cualquier caso, a Yona no le desagradó el olor. Cuando se entra en una casa o un pueblo ajeno, el olfato percibe el estímulo al primer instante. Cuando el olor se vuelve familiar, uno deja de ser consciente de ese primer estímulo olfativo y lo naturaliza.

El autobús avanzaba por un camino flanqueado por frondosas palmeras. Ya oscurecía en Mui y la isla no parecía dispuesta a mostrar fácilmente lo que había al final de la carretera. Cuando caía la noche, no se veían letreros luminosos de bares o de cualquier otro lugar de ocio, por lo que la entrada del complejo turístico era la única iluminación que brillaba en la isla. El autobús se detuvo ante un cartel

que decía BELLE ÉPOQUE. Según el folleto, se trataba de «un complejo turístico con playa propia y un entorno natural privilegiado, y con vistas al mar en todas las habitaciones».

—Bienvenidos, encantados de recibirles. Esto es Mui —les dijo el gerente, que era nativo del lugar, saludándoles en un coreano muy fluido.

Tras atravesar el vestíbulo, Yona contempló el mar que se veía a lo lejos. Los alojamientos eran bungalows y parecían flotar sobre el agua. Un puente de madera de unos veinte metros de largo los conectaba con la playa. El bungalow de Yona era el que se encontraba en un extremo. Un botones le abrió la puerta y comenzó a mostrarle el interior, que tenía todos los elementos del típico complejo turístico de lujo: cortinas automáticas, televisión, equipo de audio, minibar, caja fuerte, luces regulables… Apretó el último botón del control remoto y le explicó que era un dispositivo muy especial que solo existía en ese complejo turístico. El botón servía para manejar un artilugio que tenía la forma de unos ojos enormes y estaba a un lado de la puerta de la habitación.

—Con estos ojos puede expresar sus deseos. Si baja los párpados, significa «No molestar», y si los deja abiertos, significa que desea que le limpien la habitación.

Ya estaba totalmente oscuro y los viajeros se acomodaron en sus respectivos bungalows. La mayoría de los párpados estaban colocados en modo «No molestar», pero los de la maestra se abrían y cerraban todo el rato. Era la niña, que, de pie y con la espalda pegada al cristal del ventanal, apretaba una y otra vez el botón del control remoto.

Yona se dejó caer en el sofá. Las sábanas blancas se veían muy limpias e invitaban al sueño. A un lado de la bañera había una cestita llena de pétalos de rosa y, solo a unos metros de la ventana, el mar dormía. Hacía muchísimo tiempo que no disfrutaba de un descanso semejante y se le ocurrió que tal vez fuera un viaje mucho más placentero de lo que había imaginado. No se reconoció a sí misma cuando, adelantándose a los acontecimientos, pensó que echaría de menos ese lugar cuando terminara su estancia. Empezó a pensar en las cosas que espera la gente de un viaje, en cómo se aligera el peso de la

vida y los cambios inesperados que se presentan cuando uno hace una pausa en la rutina diaria. Mientras reflexionaba sobre las posibilidades que se le abrían, la primera noche en aquel nuevo lugar se fue haciendo más y más profunda.

Por la mañana, el mar estaba en calma y reinaba el silencio. Nada perturbó su ánimo cuando fue a desayunar. El ruido de las olas era refrescante y el sol no pegaba muy fuerte. Era temprano, pero ya había nativos trabajando en el jardín, y la saludaron al verla pasar.

Parecía ser la primera clienta en el restaurante. La llevaron a la mesa con las mejores vistas. Entre café y té eligió café, y entre huevos fritos, revueltos o tortilla eligió huevos fritos. El cocinero le preguntó si quería los huevos fritos por solo un lado o por ambos y ella le respondió que por uno solo.

—Preguntarse si uno quiere los huevos fritos por solo un lado o por los dos es debatirse en una feliz duda, ¿no le parece? No me importaría debatirme en este tipo de dudas el resto de mi vida, ¡ja, ja, ja! Normalmente no nos preocupamos por esas cosas. Con que no se quemen es suficiente, ¿no cree?

Era el escritor, que se había sentado frente a ella. Enseguida les trajeron el café y los huevos que pidieron.

—Dicen que aquí trabajan unas doscientas personas —comentó él, bebiendo un sorbo de café.

—¿Ah, sí? No sabía que fueran tantas. ¿Dónde estarán escondidas?

—No sé si es que aquí la gente se toma la vida de otra manera o qué, pero me parece que no trabajan mucho. Según la guía, los empleados con sueldos más altos ganan hasta diez veces más que los que tienen sueldos más bajos. Parece que los que trabajan bien hacen solos el trabajo de diez personas.

—Ya veo. El gerente que nos saludó ayer debe de ganar muy bien entonces.

—Ese gerente gana más de tres millones de wones. Teniendo en cuenta el coste de vida de aquí, es un sueldo altísimo. Pero me parece que no vienen muchos turistas últimamente. Ahora mismo somos los únicos. Está muy bien porque es como si hubiéramos alquilado el hotel

entero para nosotros, pero me preocupa que los alimentos no sean del todo frescos.

El escritor se terminó la tortilla con forma de medialuna en tres bocados. En el jardín que se veía a través de los ventanales, los jardineros seguían trabajando.

—Coma bien, que el programa de hoy es intenso —le aconsejó el escritor.

—¿Ya ha estado en el desierto?

—Varias veces. Hay que elegir bien la ropa que uno se pone porque entra la arena y se pega al cuerpo. ¿Sabe cuando se condimenta la carne con sal y pimienta antes de cocinarla? Pues así se queda uno.

Mientras hablaba, el escritor se zampó dos tortillas. Comía, caminaba y hablaba a toda velocidad. Cuando ambos se levantaron de la mesa llegaron la maestra y la niña y, por último, el estudiante y la guía. No parecía haber otros viajeros en el hotel.

El desierto estaba al norte de la isla. El grupo se dividió en dos vehículos todoterreno. No eran los únicos en la carretera que bordeaba la isla. A veces, los niños corrían tras ellos agitando las manos, otras veces eran manadas de bueyes las que se adueñaban del camino. El lomo de estos animales se asemejaba a la cresta del desierto que se veía a lo lejos. Poco después, ese desierto que parecía tan distante se adueñó del campo visual de los viajeros.

Las gafas de sol eran útiles para protegerse del viento cargado de arena, pero Yona se las quitó para admirar el color natural del desierto. Como una bandera bicolor, a lo lejos se distinguía bien el color blanco del arenal y el verde oscuro del bosque de palmeras. Al aparecer el mar azul, la bandera se volvió tricolor, pero el paisaje enseguida adquirió una variedad de tonos tan distintos que era imposible resumirlos en tres o cuatro colores. El desierto adoptaba infinidad de tonalidades, como si multiplicara sus reflejos. Yona no había imaginado que tuviera tal intensidad y luminosidad cromática, y que para describirlo hicieran falta tantos colores. Según el tono de la arena, el nombre y el paisaje de

los desiertos cambiaba. Los había de arenas blancas, así como de arenas rojas. Y dependiendo de la cantidad de nubes que hubiera y de cómo brillara el sol por encima de ellas, la arena iba cambiando. Yona no podía apartar los ojos del paisaje y se preguntaba cómo un lugar que había sufrido un desastre podía parecer tan apacible.

—Este es el desierto de arenas blancas. Desde tiempos pasados, las tribus kanu y unda han peleado por este territorio, pero, en 1963, los kanus masacraron a los undas utilizando los instrumentos de labranza como armas. Fue la venganza por verse privados de sus tierras. Unas trescientas cabezas de undas quedaron esparcidas por el desierto. La noche de la masacre llovió mucho y, tres días después, un domingo por la mañana, ocurrió el desastre. Una zona del desierto de arenas blancas se abrió formando un pozo, como si alguien hubiera hecho un agujero con un taladro gigantesco. Por aquel entonces todos pensaron que había sido un castigo divino, pero ahora se sabe que fue un hundimiento del suelo, un fenómeno natural que también puede ocurrir en los desiertos. Las cabezas desperdigadas por el desierto rodaron y terminaron cayendo en ese socavón, que tenía unos ciento ochenta metros de profundidad. Los kanu siguieron con su venganza y completaron la matanza destruyendo todos los pueblos unda. Ahora es un desierto hermoso, pero fue el escenario de una terrible tragedia.

A la hija de la maestra le brillaron los ojos al escuchar la explicación de la guía. Nada menos que un agujero lleno de cabezas humanas… Pero allí no había un agujero, como imaginaba la niña. El socavón se había llenado de agua y transformado en una gran laguna. La llamaban la Laguna de las Cabezas, aunque no flotaban cráneos humanos, sino flores de loto. La niña no paró de preguntar dónde estaban las cabezas cortadas, incluso después de que le explicaran que el socavón se había llenado de agua. La guía les mostró una fotografía en blanco y negro del desastre, pero era tan borrosa que no provocó ninguna emoción en la pequeña. Salvo ella, los demás se pusieron muy serios. La maestra le explicó que estaban allí para evitar que volviera a pasar algo semejante y el escritor asintió con la cabeza.

El grupo se sentó un rato para refrescarse en un local de las

inmediaciones, desde donde se divisaba la laguna. Unos niños de ojos enormes se acercaron a venderles baratijas; pulseras, flautas y muñecos. Algunos cargaban a sus hermanitos en la espalda y otros se obstinaban por cubrir a los turistas con enormes parasoles. Los niños querían acercarse a los extranjeros, pero escapaban amedrentados cuando el dueño de la tienda les echaba miradas furibundas. Sumisos, se quedaban apartados en un rincón para volver al poco rato pregonando: «One dollar».

—¿Qué es eso que se ve allí? —preguntó Yona, señalando una construcción a lo lejos.

La guía le respondió que ahí comenzaba el desierto de arenas rojas y que estaban construyendo una torre. Cuando estuviera lista, se podría contemplar el desierto y el mar desde ese sitio elevado y panorámico. Sin embargo, las probabilidades de que acabaran la torre eran escasas. Según lo que sabía Yona, se había parado la construcción porque la constructora había cancelado el proyecto. Mirase por donde se mirase, había muchas cosas paralizadas en Mui.

El primer impulso de Yona fue tocar el desierto con las manos, pero, cuando estiró los dedos para acariciarlo, lo único que le quedó fue un puñado de arena. El grupo comenzó a subir por la pendiente para llegar a la cresta del desierto. Antes de que se dieran cuenta, alcanzaron la cima de una duna siguiendo los pasos de una anciana muy ágil que les adelantó. Al llegar, la anciana les ofreció un trineo. Era una simple plancha de plástico, pero servía perfectamente para deslizarse. La niña no se cansó de tirarse una y otra vez desde la duna con aquella plancha.

—La anciana es pariente de una de las víctimas de la cacería de cabezas de 1963. Ahora vive de este trabajo —explicó la guía.

Yona quiso tomarle una foto. Tenía unas arrugas tan profundas y unos ojos tan hundidos que era imposible leer su expresión. Al acercarle la cámara, la anciana exclamó: «One dollar!». Cuando por fin se prestó a hacer de modelo, adoptó una pose tan artificial que la foto no salió bien. Al final, Yona se quedó con una foto de ella en la que aparecía de espaldas y se marchaba de allí al terminar su trabajo.

La hija de la maestra estaba en cuclillas en la playa frente a los bungalows. De pronto salió corriendo a toda velocidad y acto seguido estalló un petardo donde había estado con un ruido atronador. La madre echó a correr hacia ella, le pegó un buen azote y se la llevó a rastras. Le preguntó dónde había conseguido el petardo, y la niña respondió que lo había cogido del suelo, en el local donde pararon a descansar durante la excursión al desierto.

Yona se acercó al lugar donde había estado la niña. Encontró el extremo chamuscado de un petardo usado y un montón de hormigas muertas. Al parecer, la niña había hecho explotar la boca de un hormiguero. Además de las hormigas, había muchos otros insectos muertos. Yona tiró el petardo a la basura y comenzó a caminar por la playa. Un rato después vio acercarse a la niña a toda carrera, escapándose de su madre. Como un asesino que vuelve a la escena del crimen, se puso a buscar el sitio donde había hecho estallar el petardo. Pero las olas, que se aproximaban cada vez más a los bungalows, habían tapado el agujero.

—¡Pobres hormiguitas! Mira, has hecho daño también a otros bichos… —la riñó Yona.

—¿Se han quedado sin cabeza?

Yona no supo qué responder a la niña, que la miraba con expresión inocente. Como si no le importara la respuesta, la pequeña se puso a pisotear las hormigas aún vivas.

—Hay que completar la matanza…

—¡No! ¡Mira cómo sufren las hormiguitas! Ellas también tienen derecho a vivir, ¿no te parece?

—¡Oh, algunas hormigas transportan a las que están heridas! ¡Es mi oportunidad!

La niña cogió una rama que había en los alrededores y comenzó a pinchar a las hormigas. Como el terreno era blando, las hormigas se escondían bajo la arena y eso la enfadaba. Al oír que la niña murmuraba por lo bajo: «¡A matar a las hormigas unda!», Yona pensó

para sus adentros que deberían prohibir los viajes a los lugares de catástrofes a los niños muy pequeños. Mientras la niña seguía con la matanza de las hormigas, Yona se acordó de que de pequeña ella también cazaba grillos y arrendajos, y les abría la tripa con una navaja.

—¿Por qué habrá tantos bichos? ¡Salen de la tierra! —exclamó la niña.

En cuanto pronunció las frases, comenzó a llover con fuerza, así que Yona tomó a la pequeña de la mano y corrieron hacia las instalaciones del hotel.

Los demás viajeros disfrutaban de la hora del té mientras veían caer la lluvia. El gerente hizo que les prepararan café con leche condensada. Las gotas de café caían sobre el hielo de los vasos con un sonido rítmico, como si llamaran a la puerta. Los viajeros estaban absortos en la escena, y el tiempo parecía avanzar al ralentí.

—Desde que cumplió un año voy a todas partes con la niña. Dicen que cuando crecen no recuerdan los viajes que han hecho de pequeños, pero, cuando volvemos a casa, noto lo mucho que ha crecido después de la experiencia. Por ejemplo, come alimentos que antes se negaba a probar, aprende a utilizar objetos o intenta hacer cosas que no hacía sola. Y como lo compruebo con mis propios ojos, siempre la llevo de viaje cuando llegan las vacaciones.

La maestra estaba contando esto cuando vio entrar a su hija, empapada por la lluvia. Levantándose de golpe, se excusó diciendo que regresaría después de bañarla y cambiarla. Cuando se fueron, el escritor tomó la palabra. Contó que al principio pensó en ir a Centralia, en Estados Unidos, pero que luego cambió de opinión y vino a Mui. Centralia era un pueblo donde desde hacía cincuenta años sufrían un incendio subterráneo. El fuego, que comenzó con una chispa que incendió una veta de carbón, derritió el asfalto y obligó a la mayoría de la población a marcharse de allí.

—¿La película *Silent Hill* no trata sobre ese pueblo? A mí también me despierta mucha curiosidad ese sitio, pero dicen que el carbón que hay bajo tierra tardará unos doscientos cincuenta años en quemarse por completo. Todavía hay tiempo para conocerlo —comentó Yona.

—Yo no lo podría haber dicho mejor —dijo el escritor, y añadió que retrasaba el viaje por ese motivo. Acto seguido, pasó a exponer sus conocimientos turísticos muy animadamente.

El estudiante, que aprovechaba todos los rincones del hotel en los que había wifi para leer las noticias en su móvil, comentó de pronto:

—Dicen que apareció un balón de baloncesto con un nombre en la costa de Japón.

—¿Un balón de baloncesto?

—Sí, por el tsunami que asoló Jinhae. Un niño de esa ciudad había escrito su nombre con rotulador en un balón de baloncesto, y apareció en la costa de Japón. Parece que los restos se dirigieron allí.

—Sí, no hace falta irse muy lejos para encontrar desastres. Corea ya no está a salvo de los tsunamis.

—Es cierto, dicen que la costa meridional ha quedado completamente destruida.

—¿Y por qué habremos viajado tan lejos? —preguntó la maestra, que acababa de regresar.

—Es que, cuando el desastre ocurre muy cerca de donde uno vive, da mucho miedo. Somos más objetivos si nos alejamos de la colcha con la que nos tapamos para dormir y de los cubiertos con los que comemos a diario —dijo Yona.

La gente le dio la razón y la conversación siguió un buen rato. Después de que todos comentaran sus impresiones y dieran rienda a sus amplios conocimientos sobre los viajes de catástrofes, la guía les recordó que se encontraban ahora mismo en uno.

—Mañana nos toca ver el volcán. Nos vemos a las diez en el vestíbulo del hotel, después del desayuno.

Todos estaban emocionados tras volver del desierto. Habían conocido el lugar más importante del viaje demasiado pronto. Yona creía que después de la visita de ese día el resto del tour sería aburrido. ¿A quién se le habría ocurrido diseñar semejante programa? No seguía estrategia alguna ni tenía el orden adecuado de introducción, nudo y desenlace. Era fácil adivinar por qué Mui estaba incluido en la lista de los viajes que necesitaban una reestructuración.

—Imaginen la mezcolanza de cosas que se precipitaron a las entrañas de la tierra. Es un cóctel geológico impresionante. Bueno, hemos llegado a la boca del volcán. Ya les mencioné todas las precauciones que deben tener en cuenta, ¿verdad? No caminen por la lava; puede parecer sólida por fuera, pero por dentro continúa en ebullición. De hecho, en 1903 murió un turista norteamericano y otros cinco resultaron heridos por pisar la lava. Cuando un volcán se activa, la nube de ceniza baja por las laderas a una velocidad de cien kilómetros por hora y la temperatura en el interior alcanza cientos de grados. Si se caen dentro, se cocinan vivos, ya que en cinco minutos se evaporan todos los líquidos del cuerpo. Además, la roca volcánica es cortante como una hoja de afeitar, así que no se les ocurra sentarse en el suelo así sin más.

Las advertencias de la guía sonaron huecas. El cartel de precaución buscaba reforzar el temor, pero el ambiente del volcán no lo respaldaba. Los niños nativos jugaban revolcándose en el suelo y los puestos de comida ofrecían platos coreanos para satisfacer el apetito. Entre los muchos tentempiés que vendían había *ramyeon* y arroz blanco. Eran los únicos turistas del lugar y se lanzaron a comprar todo lo que había a la vista, como si se sintieran culpables. Los niños vendían artesanía de madera hecha por ellos mismos y también flores. Algunos hacían gala de su talento comercial ofreciendo las figuras talladas junto con un par de postales. También vendían las postales aparte, pero no eran paisajes de Mui. Al ver que eran del volcán Merapi de Indonesia, Yona se dijo una vez más que ese viaje necesitaba una restructuración profunda.

La guía parecía uno de esos promotores que trabajan en la entrada de los restaurantes bufet atrayendo comensales, aunque no hubiera mucho que comer en las mesas. Comenzó a describir el momento en que había entrado en ebullición el volcán, pero eso había ocurrido muchísimos años atrás, y ella no había sido testigo de las circunstancias que relataba.

—Sería mejor que se callase. Todo lo que dice suena a palabrería —susurró el escritor a Yona, con un tono de decepción.

—Es que, si no lo explicara, ¿alguien se daría cuenta de que esto es un volcán? Yo no me daría cuenta —respondió Yona.

—¿No parece una fuente? ¿De esas que hay en las montañas de cualquier barrio de Corea? —comentó la maestra.

La gente arrojaba monedas en la parte más alta de aquella «fuente». Sin embargo, el géiser que se tragaba las monedas se había enfriado. Los niños nativos ayudaron a los del grupo a subir hasta allí. Con gran destreza, montaban a una o dos personas en un caballo, les ponían un ramillete de flores en la mano y los guiaban hasta el cráter. El sonido de los cascos resonaba como el tictac de un reloj. Al estudiante se le cayeron las flores sin querer. El ramillete levantó del suelo una nube de ceniza proporcional a su peso, pero enseguida lo pisoteó un caballo.

Cuando llegaron a la boca del volcán, tiraron las flores como si fueran ramos de novia y se sacaron fotos. Los ramilletes cayeron dentro del cráter dibujando parábolas. A Yona le pareció una forma perfecta de reciclar las flores, pero no le despertó ninguna emoción. Hubiera preferido que el volcán estallara y volaran cenizas grises y blancas por los aires como chispas de fuegos artificiales.

La maestra había traído dos cuadernos de dibujo con la esperanza de que su hija plasmara las escenas del viaje sobre el papel. Sin embargo, la niña no quería dibujar y solo abrió el bloc después de que su madre le diera un par de azotes. Los dibujos que hizo no eran en absoluto los que esperaba. La niña hizo cinco garabatos: el primero, el asado brasileño que habían comido en el hotel, y el último, las cabezas desparramadas en el fondo del socavón del desierto. El primer dibujo no tenía nada que ver con el propósito del viaje y el último era bastante desagradable. Las cabezas cortadas lucían sonrientes y tenían un aspecto familiar. Para colmo, eran seis.

—¡Somos nosotros, mamá! —explicó innecesariamente la niña.

La maestra se avergonzó y temió que el dibujo provocara malestar en el grupo. Había querido que la niña se entretuviera para que no hiciera preguntas tontas, pero, si iba a dibujar cosas así, era mejor que no lo

hiciera. Como es normal a su edad, no paraba de hacer preguntas en el coche durante los traslados o en la calle mientras caminaban. Al principio contribuían a alegrar el ambiente, pero terminaron poniendo al resto de mal humor. La niña lanzaba las preguntas como una metralleta, sin dar un respiro. En un momento dado, tanto su madre como la guía dejaron de responderle.

La última tendencia en los viajes de catástrofes era no limitarse a contemplar el desastre, sino combinarlo con alguna otra actividad. Algunos viajes combinaban turismo con trabajo voluntario o con programas de supervivencia. Incluso algunos integraban el aspecto educativo y ofrecían seminarios de historia o ciencia. La maestra no paraba de quejarse diciendo que se había equivocado y que debería haber escogido un viaje de ese tipo.

—Los chicos de hoy en día creen que, si le arrancan una pata a un cangrejo, van a encontrar dentro la carne blanca de los palitos de mar. Y que cuando se corta un pescado por la mitad, ya viene cocido a la plancha. Para que tengan experiencias reales, lo mejor es que aprendan directamente de la naturaleza, pero este viaje no tiene un tema definido.

—Mamá, ¿qué es eso? —interrumpió la niña, sin poder contenerse—. ¡Mira ese camión amarillo! ¿Qué es? ¿Adónde va?

Su madre no sabía adónde iba el camión, pero, aunque lo hubiese sabido, le habría contestado lo mismo:

—No lo veo.

—¡Allí, mamá! Se ha parado un rato y ahora continúa. ¡Qué rápido va!

—¿Dónde?

—¡Allí! Y ahora viene otro camión.

—No veo nada.

Como si no quisiera poner en dificultades a la madre, el vehículo en el que viajaban avanzaba a toda velocidad. Los otros miembros del grupo mantenían los ojos cerrados, como si durmieran o fingieran hacerlo, mientras que la niña no paraba de preguntar el porqué de todo lo que veía.

Quienes hacían turismo en zonas de desastres reaccionaban mostrando el siguiente orden de sentimientos: primero, conmoción; segundo, compasión, pena o incomodidad; tercero, agradecimiento por la vida que tenían, y cuarto, responsabilidad y sentido moral, a la vez que el sentimiento de superioridad por estar vivos. Aunque el nivel de emoción experimentada dependía de cada persona, lo que en definitiva comprobaban a través de la aventura que emprendían era el horror que provocaban los desastres y el alivio de estar vivos. En otras palabras: sentían el consuelo egoísta de seguir sanos y salvos a pesar de haber contemplado de cerca una tragedia.

Sin embargo, el paquete «El socavón del desierto» no despertaba en Yona ninguna de las emociones que debía provocar un viaje de ese tipo. De lo único que aún se podía esperar algo era de la experiencia de pasar una noche y dos días en una vivienda de nativos. Consistía en volver a revivir la noche de 1963 en la que había tenido lugar la cacería de cabezas, y podían escoger entre dos opciones.

—Se puede repetir la experiencia desde el punto de vista de los undas o de los kanus. Los lugares que habitan son diferentes, así que pueden elegir el que más les guste.

La maestra y la niña eligieron una casa de la tribu unda; el escritor y el estudiante, un hogar de los kanus. La única razón que movió a estos a elegirlo fue querer evitar a la niña a toda costa. El escritor le propuso a Yona que fuera con ellos, pero ella optó por un hogar unda solo por llevarle la contraria. Divididos en dos grupos, subieron a sendos vehículos todoterreno. Los undas habitaban un poco más arriba del arroyo que discurría junto al desierto de arenas blancas.

—Aquí es donde viven los undas, de los que encontraron las calaveras en el socavón. Son chozas lacustres, conocidas también como palafitos. Este lugar se construyó con el fin de que los ingresos turísticos se destinasen a educar y mantener sanos a los niños undas. No se alejen mucho, así no perturbarán ni causarán problemas a los nativos. Y tú, señorita, no te apartes de tu mamá, ¿de acuerdo?

La niña hizo un mohín y se ocultó detrás de su madre.

—Mami, la guía dice que me cortará la cabeza —mintió la pequeña.

Era una excursión que despertaba grandes expectativas por la posibilidad de pasar una noche en un hogar nativo, pero no era una experiencia llevadera. En las viviendas no había aire acondicionado ni una cama mullida como en el complejo Belle Époque. Sobre todo, el baño era demasiado «ecológico», y si había uno era justamente para comodidad de los turistas, así que no podían quejarse.

—La televisión funciona con batería, porque no hay electricidad. ¿Ven esa casa construida sobre el bote? Cuando llega la temporada de lluvias monzónicas, los nativos suben sus cosas al bote y se marchan de aquí. Y como saben, las lluvias ya han comenzado.

Por la ventana veían pasar una peluquería flotante, y los niños se dirigían a la escuela desplazándose por el agua en palanganas de goma. Al encontrarse con la mirada de los turistas, saludaron haciendo la señal de la victoria con los dedos.

—¡Qué bonitas son! —exclamaban. Algunos hasta se acercaban y les sacudían el polvo de las sillas donde estaban sentadas. Gracias a eso, los asientos nunca estaban sucios.

—¿Cuántos idiomas sabrán estos niños? —se preguntó Yona.

—Estos niños deben de saber las palabras más agradables de cada idioma, las palabras que cualquiera querría oír. Qué bonito, qué precioso, qué elegante y cosas así —respondió la maestra, mirando con pena a los niños.

Una niña, al ver a la pequeña coreana de su misma edad, se acercó y le susurró que era muy bonita. Se lo dijo señalándole las cejas, pero la hija de la maestra se asustó, como si acabase de darse cuenta de que tenía cejas.

Los niños alegres y graciosos siempre atraen las miradas, pero al que llamaba más la atención en ese lugar no se le veía precisamente feliz. Sus pupilas eran como dos pozos de lágrimas. Cuando esos ojos al borde del llanto se encontraron con los de Yona y los de la maestra, el niño musitó: «¿Mamá?».

—Su madre murió hace poco, pero él todavía no lo sabe —dijo una mujer unda, abrazando con fuerza al niño como si le diera lástima.

La mujer unda les explicó que la abuela del niño había sobrevivido al

socavón estando embarazada y que tuvo una hija. Era la madre del niño, pero había muerto recientemente a raíz de una enfermedad hereditaria. El hecho de que todo hubiera comenzado con ese agujero abierto en la tierra entristeció a Yona. Cuando la maestra le extendió las manos, el niño repitió: «¿Mamá?» y la abrazó débilmente. Como si todo aquello le resultara incomprensible, la hija de la maestra se acercó a un perro que estaba tumbado un poco alejado.

Era un perro viejo que se pasaba el día entero con la tripa pegada al suelo. Sobre el lomo del animal se mecía una hamaca azul. La niña se subió y se balanceó varias veces, pero el perro no se inmutó. Por supuesto, no era tan viejo para haber vivido los sucesos de 1963, pero daba la impresión de que había permanecido inmóvil desde entonces. Aunque le pusieron una cámara delante y le tomaron fotos, ni se movió.

La mujer unda que los recibió les dijo que se llamaba Nam y les mostró cómo pescaba y cocinaba. El día se pasó rápido entre la preparación de los platos y las comidas. Al caer la tarde, la mujer trajo un kit de manicura artística y se sentó delante de Yona.

—Las mujeres unda somos muy habilidosas. Se nos da bien este tipo de cosas —dijo Nam en un inglés muy fluido.

Nam tenía una cara muy expresiva y atractiva. Estaba acostumbrada a trabajar con las manos y los pies de personas desconocidas, en cambio, las visitantes no se sentían cómodas al extender pies y manos ante una desconocida. Pronto, las uñas de Yona, la maestra y la niña se tiñeron de rosa. Fuera el sol continuaba su curso hacia el ocaso y dentro seguía dando vueltas el ventilador.

Se hizo de noche. Yona tomó la cámara y sacó fotos del interior de la casa lacustre: la cama húmeda, la bombilla de luz que colgaba del techo como la lengua de un ahorcado, el techo oxidado y la puerta que se empeñaba en no cerrarse bien. Se quedó un buen rato sentada, quizá porque las sábanas estaban húmedas. Lo más problemático había sido el baño. Nunca se imaginó que se bajaría los pantalones y se colocaría de cuclillas sobre esa letrina oscura y húmeda, y menos todavía que el estreñimiento que sufría desde tres días antes se solucionaría

precisamente allí.

La maestra vivía su propia catástrofe. Había dejado los juguetes de la niña en el hotel pensando que no pasaría nada por no tenerlos a mano unos días, pero se había equivocado. Aunque la niña no echaba de menos sus juguetes, no dejaba tranquila a su madre, que estaba realmente agotada. La niña necesitaba juguetes acorde a su edad. La guía le ofreció un bolígrafo que tenía estampada la figura de Pororó, pero el personaje ya no despertaba ningún interés en la niña de cinco años. Si hubiera sido Tayo o el Robocar Poli, quizá habría sido diferente, pero, como ni se le parecía, el desasosiego de la niña fue en aumento. Su actitud empeoró después de que cenaran y se fueran a sus cuartos. Quería a toda costa el mando a distancia para jugar a bajar los párpados de los ojos, creyendo que los había también en la casa lacustre. Cansada de tratar de calmar a la niña, que no paraba de corretear de un lado a otro, la maestra acabó durmiéndose, extenuada. Un rato después, su hija se durmió a su lado, agotada también de buscar el mando a distancia. Mientras dormían, oyeron gritos en varias ocasiones, pero nadie salió fuera a comprobar si eran reales o si lo habían soñado.

A la mañana siguiente apenas salió el sol, y el grupo de Yona tuvo que recoger sus cosas y marcharse a toda prisa. El caos se apoderó de las casas lacustres donde durmieron. Como en 1963, el jefe de la tribu unda murió durante la noche y colgaron su cabeza delante de su vivienda. En el desierto, había tirados por todos lados instrumentos de labranza manchados de sangre y rodaban las cabezas cortadas. La mujer unda se les acercó con el pelo revuelto y les dijo que debían escapar cuanto antes. Yona echó a andar, esquivando las cabezas desperdigadas por todas partes como piedras afiladas, y lo mismo hicieron la maestra y la niña. Detrás de ellas venían algunos más: eran los que cargaban el equipaje del grupo, unos niños que no parecían tener más de diez años. El desierto se caldeaba a medida que subía el sol. A pesar de llevar unas sandalias de suela gruesa, Yona sentía calor

en los pies, como si pisara brasas.

Cuando llegaron a la parte más alta del desierto de arenas blancas, se detuvieron a contemplar la escena que se desplegaba ante sus ojos. Los undas retrocedían, caían de bruces al suelo y recibían puñaladas de los kanus, que iban armados. Por supuesto, la balanza de la victoria se inclinó hacia los kanus, pero, en un momento dado, todos se precipitaron al socavón que se abrió en la arena. El agujero daba miedo por el ruido, la escenografía y las luces, pero no parecía peligroso. Cuando todos rodaron dentro, terminó la función y solo quedó un gran desorden. A lo lejos, al otro lado de la escena, se podía ver al escritor y al estudiante junto a las mujeres de la tribu kanu.

Cuando los dos grupos se reunieron, descubrieron que el alojamiento, la comida y las actividades habían sido prácticamente las mismas. Daba lo mismo haber elegido la tribu kanu o la unda. Conocieron a algunos nativos, probaron diversos platos y golosinas, asistieron a un espectáculo tradicional y durmieron en cuartos parecidos. Las actividades de masaje, decoración de uñas, pesca y demás también eran idénticas. Había otra cosa en común: todos tenían el cuerpo lleno de picaduras de mosquitos.

Estaban deseando volver cuanto antes al complejo turístico, pero se retrasaron por culpa de Yona. Alguien había roto la ventana del cuarto donde pasó la noche, pero nadie sabía en qué momento había sido: si ya estaba así, si había sido durante la noche o durante el desayuno. A través de la ventana rota había entrado un enjambre de insectos extraños. Y la cámara de Yona había desaparecido. Después de revisar la ventana, el escritor concluyó que parecía cortada con un cuchillo. Apenada, la guía se encargó del asunto con gran desenvoltura. En primer lugar, revisó cada una de las casas lacustres, empezando por la vivienda en la que pasaron la noche. La pesquisa dio por resultado tres cámaras.

—Fíjese si la suya está entre ellas.

Antes de que Yona pudiera echarles un vistazo, apareció una cuarta cámara. Era la suya. La tenía la hija de la maestra.

—Ella me dijo esta mañana que se la guardara —dijo la niña, como

delatándola.

Yona se puso roja de la vergüenza. Se había olvidado por completo de ello. Al aparecer la cámara supuestamente robada, el niño que tenía una de las otras tres se puso a llorar. Era el chico que iba flotando en la palangana de goma haciendo la señal de victoria con los dedos.

—Lo siento mucho. Todo este malentendido ha sido por mi culpa. Qué vergüenza… —dijo Yona bajando la mirada, ruborizada.

Como lo dijo en coreano, el niño no la entendió, pero lo que ella quería era que la entendiera la gente de su grupo. Sacó una bolsa de caramelos y se la dio al niño que lloraba. Luego subió rápidamente al vehículo, como si quisiera escapar bien lejos. Una vez que subieron todos, la maestra fue la primera en romper el silencio:

—¿Cómo puede haber tantos niños con una cámara en un lugar como ese? —dijo como hablando consigo misma.

Eso pareció molestar al estudiante, molesto desde que se produjo el incidente de la cámara de Yona.

—¿Era necesario revisar cada una de las casas y crear ese ambiente tan tenso? No me parece que sea el propósito de este viaje. Cada uno debería cuidar de sus pertenencias…

Yona cerró los ojos y no dijo nada. Estaba disgustada de veras. Si hubiera sido otra cosa y no la cámara, no habría avisado a nadie. Mientras permanecía en silencio, el estudiante se puso a discutir con la guía. Hablaba de los propósitos del turismo consciente, a lo que la guía replicó que ese viaje no estaba sujeto a ese tipo de restricciones. La discusión pareció zanjarse cuando Yona intervino para calmarlos, pidiendo disculpas de nuevo y diciendo que todo había sido por su culpa. Pero el estudiante, enfurecido por las palabras de la guía, terminó lanzando un exabrupto.

—Mamá, ¿qué es «joder»? —preguntó la niña, interrumpiendo su dibujo.

—No hace falta que lo sepas.

—¡Venga, mamá! ¿Qué significa «joder»? Dímelo, dímelo…

—Ya lo sabes, ¿no? ¿Por qué preguntas si ya lo sabes?

La maestra fue bajando el tono de voz y a la niña parecía que le

divertía oír a su madre hablar así.

—¡Sí, lo sé! ¡Es una palabrota! —exclamó en voz alta la niña a propósito.

El escritor empezó a hablar de la calavera unda de adorno que había comprado en un puesto callejero, pero nadie le prestó atención. La guía no hacía más que revisar la agenda del viaje. Todos estaban callados.

—¡Mamá, quiero una tortilla! —exclamó la niña, poniéndole punto final a la situación.

El vehículo se paró delante de un restaurante y enseguida les prepararon la comida. El estudiante se dio golpes en el pecho como si se hubiera atragantado. A Yona le apareció un sarpullido en el brazo, y no parecía que se debiera al agua.

El único lugar de Mui que no sufría la falta de agua era el complejo turístico Belle Époque. Por la experiencia de la noche anterior, aprendieron que el agua que utilizaba un cliente del hotel en una sola noche superaba al que utilizaban todas las casas lacustres en el mismo periodo de tiempo. Después del almuerzo, se dedicaron durante cuatro horas a cavar un pozo. El trabajo lo habían comenzado los grupos que habían estado antes y continuarían los que vendrían en el futuro. En completo silencio, el grupo trabajó con ahínco. Finalmente, disfrutaron con alegría de la recompensa de ver manar el agua. Fue la recompensa no solo de las cuatro horas de esfuerzo físico, sino del esfuerzo emocional que habían hecho desde la mañana.

Antes de volver al complejo turístico, los llevaron a bañarse en aguas termales, donde se desprendieron del cansancio acumulado. No había manera de saber si la calidad del agua era buena, pero alguien dijo con entusiasmo que seguramente tenía propiedades beneficiosas por encontrarse cerca del volcán. Dos horas después, acabaron con una piel más suave y, de recuerdo, picaduras de mosquitos estampadas en la frente como un sello.

Cayó un aguacero tropical, pero la tierra se secó enseguida. Debajo del cartel MERCADO DE MUI había varios toldos y puestos callejeros.

Compraron algunos recuerdos y se sentaron en una taberna. A pesar de las paredes destartaladas, estaba lleno de gente y el lugar se veía animado. No había menú, por lo que no podían saber qué ofrecían, pero la guía pidió comida y aguardiente. Al fondo de la calle, varias personas se hacían rastas en el pelo o se tatuaban. De algún lado apareció un vendedor con un montón de globos listos para ser lanzados al cielo. Parecía un ramo de flores. La guía compró dos globos y le dio uno a Yona y otro a la hija de la maestra. El escritor trajo una pitaya y la partió en dos. Después de comerse la pulpa raspando con una cuchara, vertió licor en la corteza roja.

—Es aguardiente de pitaya. ¡A beberlo de un trago! Es normal que nos pongamos susceptibles en este tipo de viajes. Bebamos y olvidemos lo ocurrido.

La niña tocó con la lengua el licor y fingió que se emborrachaba, lo que hizo que algunos se sorprendieran y otros se rieran. El estudiante tenía una expresión más tranquila. La gente disfruta viajando a zonas de desastres; pero no les gusta reconocer que ellos mismos causan desastres a su paso. Lo mismo le ocurría a Yona. Para borrar la incomodidad que le había provocado el niño de la tribu unda, borró de su mente la actividad de ese día. El alcohol la ayudó a olvidar. También contribuyó que se repitieran una y otra vez que ellos no eran más que turistas, que esa era lisa y llanamente su identidad.

—Guau, esto parece Khao San o De Tham. Ya saben, las calles turísticas más famosas de Bangkok y Ho Chi Minh. Bangkok no es una ciudad solitaria. ¿Cómo decirlo? No es una ciudad ingenua, sino deliberadamente turística. Ho Chi Minh, en cambio, es más pueblerina, se resiste más al turista. De aquí, de Mui, ¿qué se puede decir? Mui es…

El escritor no terminó la frase y, antes de aventurar una descripción de la isla, pasó a hablar de otra ciudad. Yona no se sintió cómoda. Se quedó pensando en la frase inconclusa del escritor. ¿Qué se podía decir de Mui?

Yona se estaba emborrachando. Miró hacia la entrada de la taberna, que llevaría al mar o vendría de él. No tenía puertas, o a lo mejor estaban completamente abiertas y no las veía, pero tenía colgada una

frase que parecía simbolizar el ambiente del lugar. Según la guía, la frase significaba «Beber trae la felicidad».

Un grupo de jóvenes nativos desplegaron unas partituras y comenzaron a tocar en la calle, donde ya solo estaba el grupo de Yona. Tocaron bellas melodías que recreaban un violín, una guitarra, una batería y otros instrumentos. Felices por tener una audiencia y por poder tocar al aire libre, los jóvenes músicos se reían pero luego se ponían tristes. Eso atrajo la atención de Yona. Hasta la niña, normalmente tan dispersa e inquieta, se convirtió en una espectadora muy atenta.

—¿Cómo se llama la banda? —preguntó la maestra, acercándose a ellos.

—*Thank you, teacher*.

No quedó claro si ese era el nombre de la banda o si le estaban dando las gracias por preguntar, pero era un alivio disfrutar de esa alegría en medio de tanta ruina. Después de que la banda interpretara algunos temas más, un anciano tullido que arrastraba el cuerpo empezó a tocar el acordeón. Se sentó con las piernas echadas hacia atrás como una sirena y colocó su sombrero dado la vuelta sobre las rodillas. La música del acordeón cautivó a Yona. Según la guía, había sido uno de los supervivientes más jóvenes de la cacería de cabezas y ahora era uno de los más viejos, de los pocos que aún se acordaban de lo sucedido. A pesar de los años transcurridos, su cuerpo nunca se había recuperado. La música del anciano tullido resonó profundamente en los seis corazones del grupo, pues les recordó por qué se encontraban en ese lugar. Yona no se atrevió a tomarle una foto y se quedó de pie escuchando la melodía del acordeón, que se ensanchaba y encogía sin descanso.

Seguramente fue un isleño el que se ofreció a sacarles una foto. Así fue como quedó grabada en su cámara la última actividad del paquete de Jungle. Yona apretó el botón para ver la foto y comprobó que había tomado en total unas seiscientas fotografías. Fue pasándolas una por una. Cuando llegó a la del niño unda que navegaba en la palangana de goma, se perturbó tanto que apretó sin querer el botón de borrado.

3

EL TREN CORTADO

A la mañana siguiente, Yona se quedó dormida después de los tragos felices de la noche anterior. Por primera vez durante todo el viaje, no se presentó a desayunar. Habían quedado en encontrarse en el vestíbulo del hotel a las diez de la mañana, pero eran las 9.40 y tenía el estómago revuelto. Mientras se lavaba la cara, revivió la sensación de mal agüero que le había dejado la pesadilla que había tenido, aunque había olvidado qué había soñado exactamente. Tal vez lo que ocurriría cuando volviera a Seúl. Era la sexta mañana del viaje y el programa consistía en desplazarse todo el día de vuelta a sus hogares. Tal como hicieron para llegar, cambiarían varias veces de medio de transporte hasta Seúl. Finalmente, el avión aterrizaría por la noche en el aeropuerto internacional de Incheon. Esa era toda la actividad del día.

A las 9.50 llamó a recepción para pedir un carrito para trasladar el equipaje. Cinco minutos después se lo trajo un botones al que el uniforme le quedaba algo holgado. Era delgado, tenía el cuerpo bien torneado, y enseguida subió la maleta y el bolso al carrito. Desde el primer día y durante toda su estancia, había sido él quien acudía cada vez que pedía un servicio desde el bungalow. Leyó por primera vez su nombre ahora que se marchaba. En su pecho brillaba una pequeña chapa de identificación: Luck.

—¿Ha tenido un buen viaje, señorita? —preguntó Luck.

—Sí, he aprendido muchas cosas.

—Que tenga un feliz viaje de regreso.

Yona solo tenía billetes de cien dólares en su cartera. Rebuscó y

acabó encontrando un billete de dos dólares que tenía guardado, pero que no quería usar. Se lo había regalado alguien hacía mucho tiempo diciéndole que daban suerte. Finalmente lo sacó y se lo ofreció al botones:

—Luck, es un billete de dos dólares. Dicen que da buena suerte.

Luck se rio al ver el billete.

El grupo partió de Mui. El itinerario de vuelta era un poco diferente del que habían hecho a la ida; tomarían un tren en lugar del autocar hasta el aeropuerto de Ho Chi Minh. Era un recorrido un poco más corto que el de la ida. Todos dormían con los asientos reclinados y nadie hablaba. Todavía les quedaban dos horas de viaje, pero Yona se sentía mal y le costaba soportarlo. Había bebido demasiado la noche anterior. Tenía ganas de vomitar y una sensación horrible en el estómago. Se dirigió al baño al final del pasillo, pero estaba ocupado desde hacía más de veinte minutos. Llamó a la puerta, pero alguien respondió de malas maneras a sus golpecitos. Decidió ir algunos vagones más adelante. Fue avanzando con una mano en el estómago y la otra agarrándose a los respaldos de los asientos.

No todos los vagones tenían baños, así que tuvo que caminar bastante hasta encontrar uno libre. Nunca sintió tanta alegría al ver un inodoro. Se arrodilló y se aferró a él. Había tardado media hora en encontrar y usar el baño, pero, de repente, en ese intervalo de tiempo todo cambió. Volvió sobre sus pasos para regresar a su vagón. Aunque el tren seguía balanceándose de un lado a otro, percibió una diferencia: el camino que había hecho hacía un rato se había acortado. Durante esos treinta minutos, el tren se había partido por la mitad como una planaria, un pequeño gusano que se divide sin dificultad. Había usado el baño del vagón dos, se encontraba ahora en el vagón cinco y su asiento estaba en el vagón siete. Sin embargo, cuando abrió la puerta al final del vagón cinco, solo vio las vías prolongándose sin fin como una larga cola.

El asiento de Yona se encontraba en algún lugar de la mitad cortada.

Recordó que la guía les había advertido que el tren podía dividirse y dirigirse a destinos diferentes. Y el problema era que ella se encontraba en esa mitad, y su equipaje y sus compañeros de viaje se encontraban en la otra. Después de desprenderse de los últimos vagones, el tren rápido se había convertido en uno lento. Tenía que averiguar adónde se dirigía el tren en el que se encontraba, pero no sabía cómo. Una persona que parecía ser el revisor se acercó a ella y le pidió el billete. Después de echarle una ojeada, negó con la cabeza.

—Entonces ¿no puedo volver a ese tren? ¡Tengo que ir al aeropuerto! Mi equipaje y mi grupo están allí. ¿Qué puedo hacer?

Primero se lo dijo en coreano y luego en inglés, pero el revisor no la entendió. De todos modos, al advertir lo que ocurría, el hombre comenzó a explicarle pacientemente:

—Dos estaciones atrás, el tren en donde estaba usted se fue en otra dirección. Era un tren rápido, así que desde aquí no puede alcanzarlo. Además, ya no hay más trenes por hoy. Si quiere ir al aeropuerto, tiene que buscar otro medio de transporte. Ese asiento ya no existe en este tren.

Yona tampoco pudo comprender lo que le decía, pero por los gestos y la expresión dedujo que su asiento ya no estaba libre y que tenía que bajarse.

Poco después, el tren llegó a la siguiente estación y se abrió la puerta. La única persona que se bajó en ese lugar fue Yona.

Era una gran suerte que tuviera consigo el bolso de mano. Sacó el móvil y marcó el número de la guía.

—¿Dónde se encuentra, Yona? —preguntó enfadada la guía. Era una frase común y corriente, pero el tono era agresivo.

—Fui al baño y mientras tanto… —explicó tartamudeando, a pesar de que su acción había estado más que justificada.

—Yona, lo dije el primer día. Expliqué que a veces el tren se divide y que uno puede acabar en la otra dirección. Que por eso había que usar solamente el baño del vagón correspondiente. Lo dije, ¿no? No se

imagina cuánto la hemos buscado. Sabe a qué hora sale el avión, ¿verdad? Busque, como sea, la manera de llegar al aeropuerto. ¿Dónde se encuentra ahora?

—No sé cómo se lee esto. Está escrito en el idioma de aquí y no sé lo que dice.

—Tome un taxi. Súbase al primero que encuentre y pida que la lleven al aeropuerto.¿ Se acuerda del folleto de nuestro viaje? Ese que le dieron en Jungle. En el reverso hay un mapa. Si no la entienden, muéstrelo y señale el aeropuerto. ¿Me está escuchando?

Se arrepintió de haber menospreciado a Lou. Era una guía experta. La que era una turista inexperta era ella. El folleto estaba en su maleta y su maleta encima del asiento doce del vagón siete.

—El folleto con el mapa está en mi maleta, y la maleta estará ahora con usted. Lo siento.

—Entonces tome cuanto antes un taxi. Si me pasa el teléfono yo le explicaré al conductor.

Se puso a buscar un taxi en la calle con el móvil en la mano, pero cuando se dio cuenta de que Lou había colgado, lo guardó en el bolso. Quiso sacar la cartera, pero no la encontró. La cartera, junto con el pasaporte, estaban en un pequeño neceser, pero este había desaparecido. No podía encontrar nada de lo que buscaba. Se sentía como una niña pequeña; una que va desordenando todo lo que su madre ordena. Cuanto más trataba de pensar, más se le nublaba la mente. ¿Se habría dejado el neceser en el hotel por la mañana? Y si era así, ¿habrían avisado a la guía? Antes de que subieran al autobús que partía de Mui, la guía verificó los pasaportes. Seguro que entonces estaba el suyo, porque, de lo contrario, el autobús no habría partido. Entonces ¿la guía tenía su pasaporte? Yona sacó de nuevo su móvil y la llamó. Apenas quedaba batería, lo cual le inquietaba, y cuando marcó el número oyó el aviso de que se estaba quedando sin batería.

—¿Usted tiene mi pasaporte?

Lo único que se oyó al otro lado fue un profundo suspiro.

—Yona, ¿tiene dinero por lo menos?

—No tengo ni mi cartera. Llevo un poco de dinero aparte, pero no es

mucho. ¿Qué puedo hacer? No creo que nadie sepa hablar inglés por aquí.

—Nosotros estamos a punto de hacer el *check-in*, así que llamaré al gerente del hotel para avisarle. Si no tiene el pasaporte, no vale la pena que venga ahora al aeropuerto. Tendrá que unirse al grupo más tarde, así que…

Se hizo el silencio en la otra línea y a Yona le flojearon las rodillas. No era la primera vez que viajaba y sabía que podían robarte; tampoco era la primera vez que se olvidaba algo en el hotel, pero la situación en la que se encontraba ahora le era completamente desconocida y tuvo miedo. El problema era el idioma. No sabía ni el nombre del lugar en que se encontraba. Tampoco nadie podría comprender nada de lo que ella dijese. Vio a lo lejos el autobús que pasaba por el palacio Gyeongbokgung y se dirigía a Mapo. El itinerario del que les había hablado la guía seguiría pegado en el interior de esos vehículos, pero eso no le sirvió de consuelo.

Yona se acordó de la web que indicaba cuánto faltaba para su muerte. Por muy alta que fuera la cifra que aparecía en la pantalla, algún día llegaría a cero. Y acababa de pasar una hora más de su existencia.

Cuando a duras penas logró encender el móvil, vio que tenía un mensaje de texto. Lo abrió y lo leyó a toda prisa: «Pregúntele el camino a Paul».

Acto seguido, el móvil se apagó, esta vez parecía que definitivamente. Trató de localizar a alguien que trabajara en la estación, pero solo se veían transeúntes y ninguna ventanilla. Menos todavía, una oficina de información para turistas. Debería haber pasado de largo esa estación. Aunque tratara de hablar con algún transeúnte, era poco probable que entendiera inglés. Tampoco había ventanilla de venta de billetes, así que era inútil quedarse esperando en la plataforma. Nunca antes había estado en un lugar donde no pudiera comunicarse a través del idioma. Hasta ese momento había viajado a sitios donde era posible hacerse entender con un inglés básico. Aunque

ella no conociese su idioma, había ciertas expresiones comodín en inglés para usar en las estaciones de tren o autobús. En su mayoría eran frases del tipo «ida y vuelta», «solo ida» o «un billete»; nunca se había visto en la tesitura de no poder intercambiar una sola palabra. Se arrepentía de no haber aprendido algo de vietnamita y de haber metido en su maleta el folleto que contenía frases simples y necesarias de ese idioma. Las pocas palabras que conocía eran para situaciones positivas, por lo que, en una situación de emergencia como la de ahora, eran tan inútiles como cheques sin fondo.

Fue una suerte que alguien entendiera la palabra «hotel». Después de dar muchas vueltas, pasó por una callejuela con varios edificios que no tenían el aspecto de hoteles, pero que sin duda alguna lo eran. Solo habían pasado unas horas, pero le parecieron días. Levantó la vista, pero el sol no se veía por ninguna parte y se sintió descorazonada. Fue entrando en todos los hoteles y, por fin, encontró un empleado que hablaba inglés en el noveno.

—¿Por casualidad conoce a Paul?

—¿Paul? —repitió varias veces el empleado, frunciendo la boca.

Preguntó quién era Paul, pero Yona tampoco sabía. Se acordó de que la guía le dijo que avisaría al gerente del hotel, así que pensó que seguramente sería alguien que la ayudaría a llegar a Mui. Entonces el empleado dijo «¿Mui?» y le preguntó si tenía que ir allí.

—Sí, a Mui. Tengo que ir al complejo Belle Époque y me dijeron que le preguntara a Paul. ¿Podría usar el teléfono? Sería solo una llamada…

Seguramente su grupo ya habría salido del aeropuerto de Ho Chi Minh, pero quería comprobarlo. El empleado del hotel le permitió usar el teléfono, pero el móvil de la guía estaba apagado. Quizá ya estuvieran todos a bordo del avión que se dirigía a Corea.

—No conozco a Paul, pero sé cómo ir a Mui. Tiene que ir al puerto. No puede ir desde aquí, así que tiene que tomar de nuevo el tren y bajarse en la siguiente estación. Pero me temo que no le queda mucho tiempo para subirse al último barco —le explicó el empleado.

Al final, se ofreció amablemente a llevarla hasta el embarcadero. Como si no le importara dejar vacía la recepción, tomó la iniciativa,

dispuesto a solucionarle los problemas a la turista perdida. Yona se subió a su motocicleta y le agarró de la cintura. En esa situación, era una suerte no tener consigo la maleta. Se metieron dentro de la impresionante horda de motocicletas. Yona intentó hacer caso omiso del polvo y el ruido ensordecedor. Sin importarle si lo oía o no, el empleado del hotel le explicó que los vietnamitas podían saber si los que iban en la moto eran pareja, matrimonio o simples amigos por la manera en que iban montados.

—He estado pensando qué parecemos nosotros, pero usted… —Después de dejar pasar un ruido largo como un túnel, el empleado terminó la frase—: por la manera de sentarse, parece un bulto. No parece una persona, más bien un fardo.

Yona no sabía cómo eran las diferentes maneras de montarse en una moto, pero le respondió alzando mucho la voz que no importaba y se mantuvo atenta a todo lo que la rodeaba. El hombre parecía de confianza, pero, aunque no lo fuera, no tenía otra alternativa. Esforzándose para no pegarse demasiado a su espalda, trató de mantener la calma. Sin embargo, enseguida se sintió invadida por una inquietud tan espesa como los gases que despedían los tubos de escape. El viaje en motocicleta hasta el puerto duró un buen rato, y una vez allí el sitio le resultó familiar. Era Phan Thiet. Se veía un poco más allá el enorme supermercado donde el primer día habían comprado cepillos de dientes, café y golosinas. El empleado sentía curiosidad a la vez que responsabilidad por ella, como es propio de la gente de los lugares donde no suele haber muchos turistas. Gracias a ello, pudo llegar a tiempo para tomar el último barco, comprar un billete y encontrarse con Paul.

Paul no era una persona, sino el nombre de la compañía naviera. Es decir, todos los barcos que partían del puerto de Vietnam a Mui eran propiedad de Paul. Sintió que le fallaban las fuerzas, no sabía si por alivio o desazón.

Se desató un aguacero atronador y la lluvia se precipitó interminable sobre la cubierta. Seguramente era el mismo barco que había tomado seis días atrás, pero, ahora que se encontraba sola, le parecía

completamente desconocido. No iban muchos pasajeros en la embarcación, pero, sentados en rincones oscuros y húmedos, no hacían más que mirar fijamente a Yona.

Llegó a Mui a las nueve de la noche, y en el desembarcadero no la esperaba nadie. Afortunadamente, un empleado de la compañía naviera entendió que Yona preguntaba por el Belle Époque y llamó al complejo turístico. Al rato llegó un coche al puerto. Yona vio que tenía el logo del hotel y se sintió a salvo. La isla estaba aún más lejos de Corea que la tierra firme, pero, por haber permanecido allí unos días, el Belle Époque le pareció el único lugar familiar en aquel país extranjero.

Sin embargo, nadie en el hotel estaba enterado de lo que le había ocurrido.

—No nos han avisado de nada… —dijo el gerente.

Cuando Yona preguntó si la guía no había llamado, pareció desconcertado. Comenzó a revisar papeles, hizo alguna llamada y colgó enseguida con un «Ok».

—Ni la guía ni la agencia de turismo contestan. Debe de ser porque ya ha acabado el horario de trabajo.

—La guía debe de estar volando.

—¿Me da su pasaporte? Puede quedarse un día más en el bungalow donde se alojó. Trataré de comunicarme mañana con la agencia de turismo.

Yona titubeó un instante. No sabía si mencionar que había perdido la cartera. Al día siguiente se comunicarían con Jungle y quizá la agencia le pagara el alojamiento cuando hiciera el *check-out*. Pero ¿si no conseguían comunicarse? Al día siguiente era domingo, en Corea ya lo era. ¿Y si no conseguían contactar con el número que había para emergencias?

—Me robaron el pasaporte y la cartera en el tren. Por eso la guía me mandó aquí. Creí que ya estaban enterados.

—Si no tiene el pasaporte, será difícil ayudarla —le dijo el gerente, sin perder su sonrisa amable.

—¿Adónde puedo acudir entonces? Aquí ni siquiera hay embajada de Corea…

—Por hoy quédese en el bungalow. Ya es muy tarde y no podemos hacer otra cosa, así que tomaré las medidas necesarias para que pueda pasar la noche. Sea con la agencia o con la embajada, nos pondremos en contacto mañana. Aunque sea fin de semana, tiene que haber un teléfono para emergencias. Eso sí, solo duerma. No deambule fuera de su alojamiento, por favor. Ya estamos contraviniendo el reglamento permitiendo que pase la noche…

Yona se subió al vehículo que la llevó al bungalow donde había pasado la noche anterior. Los ojos de la puerta estaban abiertos. Una vez dentro, los párpados se cerraron. Todo estaba igual, pero ya no lo sintió acogedor y se quedó sentada en una esquina de la cama *king size*.

Lo que más le gustaba de un viaje era cuando se salía de las previsiones, de los planes o del programa. Por ejemplo, cuando tenía que quedarse inesperadamente un día más, o cuando por alguna razón cambiaban las actividades. Si de repente tenía que alargar el viaje, lo sentía como un descanso, por lo que a veces incluso era aún más memorable. Un día recibido así de regalo no debía de ser tan trivial para pasar desapercibido ni tan importante para sacudir la existencia. Sin embargo, el día que acababa de vivir había sido demasiado agitado para considerarlo un descanso.

Era sorprendente que tuviese hambre en semejante situación, pero así era. También tenía miedo; el hambre acuciaba sus temores. Vio sobre la mesa la cesta de bienvenida llena de frutas y las barritas de cereales y de chocolate. ¿Por qué habrían dispuesto todo eso si no sabían que vendría alguien a pasar la noche? Si no era por casualidad, ¿lo habrían preparado a toda velocidad para ella? Dudó un momento si probar alguna de esas golosinas gratis, y le quitó el envoltorio a una barra de cereales. Después de darle un bocado, lo masticó con ahínco sin pensar en nada más. No calmó su hambre de inmediato, pero se sintió agradecida de poder hacerlo, como si triturar algo con los dientes fuera una prueba de que lo que estaba viviendo era real. Sin embargo, al poco tiempo le invadió una modorra imposible de aguantar y el

movimiento de sus mandíbulas se fue debilitando. Hubiera querido morderse sin querer la cara interna de la mejilla para sentir dolor, pero la realidad no se dejó coger entre los dientes tan fácilmente.

Lo que vio nada más despertarse a la mañana siguiente fue el enorme ventilador del techo. Una vez se había acostado debajo de la gigantesca araña «Maman» en el museo Leeum de Seúl. En ese momento lo hizo para tomar fotografías, pero ahora se sintió de nuevo debajo de esa gigantesca escultura. Esta vez no para tomar fotos, sino para ser devorada… Se levantó de un salto de la cama.

El móvil no le servía de nada. Tal como estaba, apagado, reflejaba fielmente su situación. Caminó hasta el hotel, pero no se atrevió a ir al restaurante. Con el vehículo de transporte parecía un trayecto muy corto, pero a pie era bastante más largo. Además, el recorrido era diferente. Al parecer, no hacían trabajos de jardinería en domingo, pues no vio ni se encontró con nadie en el camino. El complejo turístico parecía detenido en el tiempo. Se le ocurrió por un instante que toda esta situación pudiera ser parte del paquete de viaje. Sin embargo, el gerente le resumió de manera muy clara y en pocas palabras cuál era la realidad:

—Señorita Yona Ko, no nos han llamado de la agencia y tampoco atienden cuando llamamos. ¿Qué hacemos ahora?

Yona marcó el número del teléfono de emergencia de la compañía, pero colgó antes de que sonara tres veces. Ningún empleado de la compañía querría verse inmerso en semejante aprieto. Quedaría registrado no como un accidente, sino como un descuido personal. Era mejor esperar a que la guía, que habría llegado a Corea, le resolviera la situación. Sería más seguro que la rescataran como clienta y no como empleada de Jungle.

Yona sacó la cámara de su bolso.

—Tómela como garantía y permítame que me quede un día más. Hoy es domingo, así que solo será otra noche.

Después de pensárselo por un breve instante, el gerente tomó la

cámara y le respondió que aceptaba.

—Todavía no ha comido nada, ¿verdad? Haré que le preparen un desayuno ligero. Es que el restaurante está cerrado hoy.

Yona comió las tortitas que el gerente pidió que le llevaran a la habitación. Con una mezcla de alivio y cansancio ante la forma inesperada en la que se desarrollaban los hechos, Yona se dejó caer sin fuerzas en el sofá. Como hacía la hija de la maestra de cinco años, presionó compulsivamente los botones del mando a distancia, abriendo y cerrando los párpados del bungalow. Luego fue a caminar por la playa que estaba detrás de su alojamiento y, antes de que se diera cuenta, continuó su paseo más allá de los límites del complejo turístico. Su intención era llegar hasta el final de la playa del hotel y volver sobre sus pasos, pero, al divisar que a lo lejos había techos y muros de viviendas, sus pies siguieron avanzando. Gruesos cables de luz que parecían pentagramas unían los postes, los techos y los muros de las casas que escalonaban el camino. Sobre ellos se posaban los pájaros como si fueran notas musicales, y los extremos enroscados parecían notas más altas. Seguro que ya había visto ese paisaje unos días atrás, pero no le había prestado atención. Era ahora cuando tomaba conciencia de esos rastros de vida cotidiana y, a pesar de que reparaba en ellos por primera vez, le despertaban una sensación de familiaridad.

Después de caminar un buen rato descubrió el cartel del Mercado de Mui. Solo estaba el cartel, no se veía ni uno de los toldos y puestos que había dos noches atrás. Lo dejó atrás y siguió avanzando. El camino se le hizo desconocido de nuevo.

Era domingo y las callejuelas estaban vacías. Entre los muros derrumbados y las ventanas rotas, se quedó largo rato atisbando el interior de una casa. Al otro lado de una ventana, alguien la miraba. Cuando se dio cuenta, la persona se escondió rápidamente. Yona no había ido nunca allí, pero el lugar no le parecía del todo nuevo, por las leyendas pintadas en la pared. Cuando dobló la callejuela, supo que no se equivocaba. Era indudable que ya había pasado por esa calle. Entre las leyendas, había una frase mal escrita en coreano que le pareció graciosa y le había sacado una foto. Dicho de otro modo, no era una

calle que recorría por primera vez y le resultaba familiar, sino una calle conocida que veía con nuevos ojos. Lo mismo se podía decir del pueblo que tenía ante sí. Se le hacía familiar, pero, si lo había visto antes, no había sido con esa apariencia. Todo le parecía mucho más grande ahora.

Vio que había alguien más allá y se acercó a esa persona, un anciano que le resultó conocido. Era el viejo tullido que arrastraba las piernas y tocaba el acordeón. Estaba de pie y jugaba al golf con una escoba y un papel arrugado, tan concentrado esforzándose en meter la pelota de papel en el agujero que no se dio cuenta de que Yona se aproximaba.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Yona, aunque en realidad era ella quien debía contestar a esa pregunta. Ajustándose mejor la correa del bolso que llevaba sobre el hombro, añadió—: Yo estoy paseando por aquí. ¿Usted qué hace?

El viejo ladeó un poco la cabeza para mirarla mejor y enseguida bajó la vista al suelo. ¿Cómo podía mantenerse en pie si estaba lisiado? ¿Había sido todo una farsa? Yona volvió a hablar al viejo, pero este le dio la espalda. Vaciló un poco, pero siguió jugando al golf. A pesar de haber visto la mirada de perplejidad de Yona, no cambió su postura ni intentó justificarse. Una oleada de furia envolvió a Yona cuando se dio cuenta de que el viejo podía mantenerse erguido y estaba en perfecto estado de salud. Él también parecía muy enfadado, pues lanzó lejos la escoba y se sentó sobre un tocón.

—¡Por favor, nosotros también necesitamos descansar!

El viejo levantó la cabeza después de pronunciar la frase, pero Yona se alejaba a paso rápido. El aspecto de Mui era totalmente diferente del que había conocido como turista. La percepción que tuvo Yona de la isla durante el viaje fue que era un paraje rural que seguía siendo sencillo y rústico a pesar de que lo habían devastado varios desastres y estaba de moda en todas partes la frase «One dollar». Hasta se había sentido culpable de pensar que el destino de la isla dependía de la evaluación que hiciera ella. Sin embargo, la Mui que recorría ahora parecía un parque temático antes de abrirse al público. El viejo no parecía amenazante, pero hizo que se le erizara el vello de los brazos.

Yona volvió sobre sus pasos. Sin darse cuenta, caminaba cada vez más rápido.

Vio un poco más allá una casa con la puerta abierta y se dirigió allí. Dentro, una mujer veía la televisión. Al oírla llegar, la mujer se giró y exclamó sorprendida:

—¿Qué quiere de mí? —preguntó la mujer.

—Estoy buscando el camino de vuelta al hotel. Es que me he perdido.

—¿Al Belle Époque?

—Sí.

La mujer apagó el televisor y salió afuera.

—Siga recto y, cuando se tuerza el camino, vaya por la izquierda. Verá entonces el mar. Siga por la playa y llegará a la entrada trasera del complejo turístico.

Yona se sorprendió de oírle hablar tan buen inglés. Al mismo tiempo, la voz le pareció conocida. También le pareció familiar la manera en que movía la boca al hablar. En el instante en que la reconoció, ella también pareció reconocerla. La mujer se cruzó de brazos y encogió ligeramente de hombros; parecía dispuesta a meterse de nuevo dentro. Ese movimiento le resultó también familiar.

—¡Espere! ¿No nos hemos visto antes? —la detuvo Yona.

La mujer iba a responder algo, pero, en lugar de ello, esbozó una sonrisa. No había ninguna duda, era Nam, la mujer de la tribu unda que la había recibido en su casa.

—¡Usted se llamaba Nam! ¡Me hizo esto!

Yona abrió los diez dedos de la mano y le mostró las uñas pintadas de rosa. Sin embargo, la mujer que tenía delante no parecía reconocer su trabajo. Más bien estaba azorada y, al mismo tiempo, enfadada. Finalmente, se metió en la casa.

—¡Espere! ¡Nam!

La ventana de la casa de al lado se entreabrió un poco y enseguida se cerró en silencio. No vio nada más, pero supo que había muchos ojos que la observaban en la callejuela.

Se puso a caminar en la dirección que le indicó Nam. Sintió el impulso de darse la vuelta, pero solo miró hacia delante. Pensó que, si

miraba atrás, se convertiría en una estatua de sal.

Más allá se veía un punto rojo: era el complejo turístico. Pero lo que le llamó la atención no fue el hotel, sino la calle, que se doblaba con suavidad hacia la derecha en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Oyó un ruido y prestó atención. Ocurrió en un instante. Un voluminoso camión que venía a toda velocidad frenó con violencia y algo voló por los aires. Lo que se elevó dibujando una parábola y cayó unos metros más adelante tenía la forma de un ser humano. Yona se escondió detrás de un árbol y se tapó la boca. A toda prisa, alguien se bajó del asiento del conductor y se acercó a la persona tirada en el suelo. Al constatar que seguía con vida, subió de nuevo al vehículo, dio marcha atrás un trecho y arremetió de nuevo. Lo hizo a toda velocidad, como si quisiera hacer volar en mil pedazos no solo las piedras del camino, sino también los insectos más pequeños y hasta los rayos de sol que se derramaban sobre el lugar. Naturalmente, también la persona tirada en el camino. No hacía falta acercarse para comprobar qué era lo que el camión acababa de arrollar con todo su peso.

De pie junto al cuerpo, el conductor llamó a alguien por el móvil. Un rato después llegó otro vehículo y todo acabó en un santiamén. La calle volvió a quedarse en silencio. Yona le vio la cara al muerto cuando el conductor cargaba el cadáver. Era el viejo del acordeón. La escoba con la que barría el suelo estaba tirada a un lado. Le dio un mareo. Su terror fue en aumento y comenzó a temblar sin poder controlarse. Era terrible haber sido testigo de tal suceso. Cerró con fuerza los ojos y volvió a abrirlos después de inspirar profundamente. Entonces se percató de que alguien la miraba desde el extremo de la calle. La estaban observando. Comenzó a retroceder. Trastabilló y se torció el tobillo derecho. Justo entonces alguien la agarró por detrás. Era un rostro conocido.

4

DENTRO DE TRES SEMANAS

—¿Dice que vio un camión? —repitió el gerente con extrañeza. Yona se puso muy nerviosa, no se atrevía a decirle que había sido testigo de un accidente—. Me parece que se equivoca. Los camiones no se muestran a las personas que vienen de fuera. Esa es la regla.

—Era de color amarillo.

—Esos camiones son de la compañía de Paul. Se utilizan en las obras o para mantenimiento de seguridad. Pero no se ponen en funcionamiento cuando hay personas que no son de la isla, porque hacen mucho ruido.

—¿Y cómo sabe Paul si las hay o no?

—Porque todos los extranjeros se alojan en este hotel. Cuando hay alguien aquí, Paul no pone en movimiento vehículos tan grandes. He anotado sus datos en el libro de registros, de modo que Paul no puede haber puesto a circular esos camiones. Pero tenemos que hablar de otra cosa más importante —dijo el gerente, poniéndose serio y mirándola a los ojos—. Me refiero a que ha roto su promesa. Le dije muy claramente que no debía salir de los límites del complejo turístico. ¿Qué dirían en Jungle si le pasara algo? Quién sabe lo que podría haber ocurrido si uno de nuestros empleados no la hubiera encontrado.

—No he salido fuera. El camino de la playa se comunicaba con el pueblo.

—No es cierto. Entre la playa del hotel y el pueblo hay una separación bien definida. Existe un muro, aunque no sea muy alto. Si usted ha salido de ese camino, es innegable que ha cruzado el muro.

Yona no pudo rebatir sus palabras. El gerente le tendió la cuenta con los gastos de alojamiento. Repitió con el ceño fruncido que había sido ella quien había roto la promesa, que no se había podido comunicar con Jungle y que ya no podía seguir ayudándola en esa situación.

—Hoy ya no llega a tiempo para tomar el barco, así que quédese otra noche. Mañana por la mañana la llevaremos al puerto. Es todo lo que podemos hacer por alguien que ha sido nuestra clienta. No sé si lo sabe, pero los extranjeros sin permiso no pueden quedarse en Mui. Y, menos todavía, un extranjero sin papeles.

—¿Y quién otorga los permisos?

—Paul.

El nombre de Paul la perseguía por todas partes. Al pensar que Paul y *foul* se pronunciaban del mismo modo en coreano porque en su idioma no existía la letra f, se sintió aún más confundida. No podía librarse de la sensación de haber caído en manos de una organización incómoda. Al final, Yona terminó marcando el número de emergencia de Jungle. Le dio miedo no tener el pasaporte ni la cartera, y que todo el dinero del que disponía no fueran más que unas cuantas monedas en el bolsillo. Aunque no era horario de oficina, logró comunicarse con facilidad con Kim, pero lo lamentó enseguida.

—Es culpa tuya que no hayas vuelto dentro del plazo estipulado. ¿Cómo esperas que te lo solucione la compañía? Encuentra tú misma el camino y no esperes que lo haga otra persona. En lugar de creer que estás abandonada, piensa que has solicitado una extensión de tu viaje de trabajo. Considéralo una oportunidad. Ya sabes que no te encuentras en la misma posición que hace tres años. Te lo digo por tu bien.

El tono distendido de Kim la tensó. Por un momento, había olvidado que Jungle era más importante que este lugar y, por ello, más temible. Ni siquiera se atrevió a pedirle que la ayudara a volver a Corea. Debía encontrar otra salida. Podía llamar a sus amigos y pedirles que le mandaran dinero al hotel. Luego le pediría al hotel que la ayudaran a llegar al aeropuerto de Ho Chi Minh. Había varias opciones, ¿por qué habría pensado en llamar a Jungle? Se había vuelto demasiado dependiente de la compañía en esos diez años.

Había entrado a trabajar en Jungle porque le gustaban los viajes, pero, después de aguantar los ataques de la empresa durante diez años, Jungle había adquirido otro significado para Yona. Ahora estaba dispuesta a hacer lo que fuera por la compañía, sin importar si se trataba de vender paquetes turísticos, programar viajes o hacer cualquier otra tarea. Tenía treinta y tres años, y estaba soltera. Jungle era la compañía perfecta para las personas que no tenían tiempo para formar una familia y trabajar a la vez. Fomentaban la formación de parejas dentro de la compañía y hasta les proporcionaban a los solteros la oportunidad de conocer a otros empleados sin pareja los fines de semana. Si se casaban, les ofrecían una vivienda cercana a la compañía. Dentro del mismo edificio, había consultorios médicos, un cine, un gimnasio y comercios de todo tipo. El único defecto de Jungle era que el día que uno dejaba la compañía tenía que reconstruir su vida desde cero.

La llamada no sirvió de nada, pero tampoco fue totalmente en vano. Alguien llamó al timbre del bungalow. Cuando abrió la puerta, vio que había un vehículo esperándola. El conductor le dijo que el gerente quería tratar un asunto confidencial con ella.

—Usted ha hecho una llamada internacional… —empezó diciendo este, con una expresión diferente a la que había mostrado el día anterior.

—Así es. Eso también cárguelo en mi cuenta.

—Habló con Jungle…

—¿Qué tiene de raro eso?

—¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no me dijo que trabajaba para Jungle?

—¿También escuchan las llamadas? —repuso Yona, alzando la voz sin darse cuenta, estupefacta.

—Me parece que esta conversación se va a alargar. Entremos a mi oficina. Luck, haz pasar al señor Hwang en cuanto llegue.

Los nubarrones se hicieron más espesos y empezaron a caer gruesas

gotas de lluvia. Yona siguió al gerente hasta su oficina. Este ordenó que trajeran un tentempié y habló con ella con un tono de voz mucho más suave.

—Le pido disculpas por lo de ayer. Es que las reglas son muy estrictas con respecto a los extranjeros. No sabía quién era usted y cometí un error. Lo siento mucho.

El gerente le devolvió la cámara. Hubiera querido que Yona le diera su tarjeta de presentación, pero había perdido su bolso. De todas maneras, tampoco había traído sus tarjetas al viaje.

—Para serle franco, ayer por la mañana recibimos una notificación de Jungle que decía que iban a estudiar un poco más la renovación de nuestro contrato, así que estaba un poco alterado por eso. Nos avisaron a través de un simple correo electrónico. Como bien sabe, es muy difícil comunicarse por teléfono con la compañía.

—¿Ah, sí? Pero eso todavía no está decidido. Justamente tengo que volver yo para que se tome una decisión al respecto. Aunque, considerando el servicio que me han dispensado, tengo ganas de recomendar que rompamos de inmediato todo trato con ustedes.

—¿Esa decisión depende de usted?

—Sí, he venido precisamente para eso.

Había firmado como la persona encargada de este viaje antes de marchar y todavía no había enviado el informe a Jungle, ¿qué significaba que el aviso de que reconsiderarían la renovación del contrato hubiera llegado justo ahora? ¿No era ella, que estaba a cargo del tema, la persona que tenía la autoridad para enviar un correo de esa naturaleza? Sin embargo, no sabía nada de ese correo. Para ocultar su nerviosismo, Yona enderezó la espalda y se balanceó un poco.

—He cometido una gran equivocación. Se lo ruego, por favor, no deben romper el contrato que tienen con nosotros. Todavía tenemos muchas cosas que ofrecerles.

Lo que le estaba diciendo el gerente era precisamente lo que Yona hubiera querido decirle a Jungle. Eran demasiados años dedicados a la compañía, muchos años de sacrificar los fines de semana y trabajar entregando hasta el alma. No podían romper con ella de ese modo, así

sin más.

—A Mui la calificaría con una D. Normalmente, Jungle renueva sus contratos cuando la calificación es superior a B. Por supuesto, comparada con un sitio que ha recibido una E o una F, Mui todavía está sujeta a reconsideración.

Se sintió incómoda al decirlo. No pudo evitar pensar que ella también merecía una D.

—Todavía hay una posibilidad entonces. ¿Por qué piensa que Mui merece esa calificación? —preguntó el gerente.

—Jungle tiene alrededor de ciento cincuenta productos turísticos y un sinnúmero de programadores que están constantemente creando nuevos viajes. Si no son originales, al menos tienen que ser impactantes para mantenerse activos. Son lugares que sufrieron terremotos, tifones, volcanes, avalanchas, sequías, inundaciones, incendios, matanzas, guerras, radiactividad, desertización, crímenes en serie, tsunamis, maltrato animal, epidemias, contaminación del agua, campos de concentración, cárceles… entre otros desastres. Los que resultan más atractivos para los coreanos son los que estimulan el espíritu de aventura exótica. Pero este lugar no tiene nada que lo destaque en particular. Los cazadores de cabezas y el socavón son atractivos, pero el problema es que ocurrieron hace cincuenta años. Ya son historia, no están sucediendo ahora. Además, el desierto no es tal, sino que son simples dunas. Y la estancia en las casas lacustres… ¿Qué puedo decirle? Se puede recrear lo mismo en cualquier museo o parque temático, así que me parece que no es gran cosa. Mui tiene el atractivo de cualquier sitio en el extranjero, pero no es un destino de turismo exótico que valga la pena pagar lo que cuesta, ¿no le parece?

—Al principio era muy popular…

—Pero eso ya ha pasado. Si no puede ofrecer cosas nuevas, tiene que descartarse.

Llamaron a la puerta y el gerente se levantó del asiento.

—Parece que ha llegado el señor Hwang. Usted ya lo conoce.

La persona que entró por la puerta fue el escritor. Al descubrir a Yona en el despacho del gerente, se quedó boquiabierto.

—¡Es usted! Me dijeron que había una persona coreana aquí y me preguntaba quién sería, pero no me imaginé que fuera usted. Pero ¿por qué ha adelgazado tanto en tan pocos días? ¿Todavía no se ha ido a Corea? ¿O es que ha ido y ha vuelto?

—No, todavía no me he ido. Y usted, ¿cómo es que está de vuelta? —preguntó Yona, con una ligera exclamación de sorpresa.

Hacía solamente unos días que se habían separado, pero se alegraron como si no se hubieran visto en mucho tiempo. Las gotas de lluvia golpeaban con fuerza la ventana. El gerente hizo traer café con leche condensada y *macarons*, y los invitó a sentarse:

—Vengan, hablen aquí. Sentémonos, que la conversación será larga.

—Lou estaba que explotaba —empezó diciendo el escritor, después de tomarse de un sorbo media taza de café—. No subimos al avión, sino que esperamos al siguiente vuelo, pues los del grupo decidimos esperarla para irnos todos juntos. Pero no llegó y tampoco había manera de comunicarse con usted, así que no tuvimos más remedio que tomar el vuelo siguiente. La niña se pasó llorando todo el viaje porque se había olvidado su bloc de dibujo.

—Por casualidad no habrá venido aquí a buscarme, ¿no?

—¡Qué más quisiera! —exclamó el escritor, haciendo una pausa y bebiéndose el resto del café, como si lamentara mucho no estar allí para rescatarla—. Yo he venido a trabajar. ¿Le dije que hago diversos trabajillos para mantenerme? Soy autónomo. Antes trabajaba para Jungle, pero ahora lo hago para Mui. Tengo que quedarme aquí hasta el plazo estipulado en el contrato.

—¿Trabajó para Jungle?

—Sí, pero fue un trabajo temporal. Necesitaban como mínimo cinco personas para que se pudiera realizar el viaje, pero, como solo había cuatro, me uní al grupo como una especie de monitor. He podido conocer a una mujer bella como usted, así que no estuvo tan mal —remató riendo.

—Yo también trabajo para Jungle.

—¿Usted vino también para…?

—No, no, yo trabajo dentro de la compañía.

—Entonces tiene más categoría que yo. Pero ¿estuvo de incógnito o qué? ¿Cómo es posible que una agente de turismo se quedara varada en medio de un viaje?

Yona se encogió de hombros. Gracias al escritor se enteró de que su maleta estaba en un depósito del aeropuerto de Ho Chi Minh. También pudo cargar la batería de su móvil y, al hacerlo, se dio cuenta de que el mensaje de texto que decía que preguntara a Paul no lo había enviado la guía. El mensaje completo era: «Pregunte el camino a Paul si desea conocer mujeres bonitas». Yona sintió que desfallecía.

Le empezó a doler la cabeza cuando se dio cuenta de que había vuelto allí por culpa de un mensaje de texto no deseado. Pero ¿no había mencionado Lou al gerente? Eso era lo que le preocupaba. ¿Lo habría comprendido mal otra vez? De pronto entendió todo. Quizá toda esa situación era la última fase de la tarjeta amarilla y estaban poniendo a prueba sus capacidades. Es decir, esa situación, esa dificultad que atravesaba, podía ser parte de su viaje de trabajo. Se acordó de lo que le dijo Kim, que buscara ella misma la salida. Le hubiera gustado saber si se encontraba dentro de un desastre controlado o en el epicentro de un auténtico caos. No podía dejar de pensar, pero, cuanto más intentaba encontrar respuestas, más le parecía hundirse en un pantano. No podía confiar en Jungle, pero los del complejo turístico confiaban en ella solo porque trabajaba para Jungle.

—Pero ¿cuál es el trabajo que hace usted aquí, señor Hwang? —preguntó Yona.

—Subamos al coche. Hay un lugar que quiero mostrarle —dijo el gerente.

Los tres se subieron a un vehículo y se desplazaron por la carretera de circunvalación de Mui. El escritor le susurró al oído que no se asustara por lo que iba a ver.

El coche se detuvo ante el desierto de arenas rojas. No estaba lejos del desierto de arenas blancas, pero era completamente diferente. Parecía un sitio en construcción y había una entrada de acceso. Un muro de

unos tres metros de altura rodeaba el perímetro del desierto, de modo que no se podía entrar o salir si no era a través de esa entrada. Lo único que se podía divisar por encima del muro era una torre muy alta que estaba sin terminar. De cumplirse los planes, sería un mirador panorámico que permitiría ver los confines del desierto y la línea del horizonte en el mar. Sin embargo, las obras llevaban detenidas un año. La empresa constructora había abandonado las tareas cuando se hizo evidente que, aunque la terminaran, solo daría pérdidas. La torre tenía forma de cuerpo humano y una escalera de caracol la recorría por dentro. Subiendo por ella, se llegaba al mirador. Sin embargo, a partir del cuello no tenía forma. Al principio iba a ser la cara de Jesús, pero al cambiar de empresa constructora, la nueva quiso que tuviese la cara de la Virgen María. Ahora todo estaba detenido y no tenía rostro alguno.

—Si todo sale bien, ¿le pondrán mi cara? —bromeó el escritor, mirando la cabeza sin rasgos.

El gerente se rio y explicó:

—Pronto se retomarán las obras de la torre. Hemos estado negociando durante seis meses y Paul ha decidido terminarla. ¿Sabía que el complejo turístico pertenece también a una empresa subsidiaria de Paul?

Yona asintió ligeramente con la cabeza. En realidad, acababa de enterarse.

—Las dos primeras empresas constructoras desistieron de terminar la torre por temor a no obtener ningún beneficio. En algunos aspectos, esa previsión es cierta, pero, como esta vez es Paul el que invierte, las cosas serán diferentes. No sé si sabe que Paul ha invertido mucho dinero en toda Mui.

Lo único que sabía Yona de Paul era que se trataba de una compañía de transporte marítimo, pero evidentemente eso no era todo. Como no quería que el gerente se diera cuenta de ello, decidió aproximarse dando un rodeo:

—¿Qué piensa usted de Paul?

—Tiene un instinto innato para los negocios —dijo el gerente, como si fuera una respuesta obvia.

—Entiendo.

—Dicen que jamás invierte en algo que pueda fracasar.

«Pero si el complejo turístico está prácticamente vacío», pensó Yona para sus adentros.

—Tenemos que hacer que Mui vuelva a la vida, aunque solo sea para no defraudar a Paul. Es la única manera de que sobreviva el Belle Époque. Si Paul abandona la isla, entonces comenzaría el verdadero desastre para Mui.

Entraron a la torre por una puerta que estaba en la base. Dentro había una escalera de caracol no muy ancha. El gerente tomó la delantera, seguido de Yona y el escritor. La voz del gerente retumbó en la escalera espiralada.

—¿Sabe por qué Paul ha invertido en Mui?

—No.

—Porque es barato. En este momento, aquí todo está a precio regalado. Basta compararlo con otros sitios vecinos. Paul ha sabido ver el potencial que tiene la isla. Y para Jungle es también una oportunidad. Mui ya ha tocado fondo, así que no puede hacer otra cosa que reflotar.

Yona se quedó escuchando en silencio. A determinado número de vueltas de la escalera de caracol, aparecía una ventana redonda. Si no fuera por esas aberturas, era una estructura que provocaba asfixia. El escritor se quejó diciendo que apenas estaban a la altura de las rodillas de la torre. Era ya la tercera vez que subía. En la puerta de acceso del otro lado había un ascensor que llevaba al mirador en un periquete, pero aún no funcionaba.

—Paul tendrá un gran éxito con esta inversión. Según la información que nos dio, una organización internacional va a poner en marcha un programa de recuperación de desastres en esta zona. Van a elegir un sitio y van a aportar fondos millonarios para la reconstrucción. Renovarán el sistema de drenaje, el sistema eléctrico y las carreteras, habrá nuevos puestos de trabajo y todo se remodelará.

Llevaban subiendo un buen rato y la abertura no aparecía.

—Aunque esa información sea cierta, ¿por qué piensa usted que Mui

será la destinataria de ese programa?

—Es lo que tenemos que lograr.

Como no llegaban a divisar la ventana, parecía que no hacían más que dar vueltas sobre el mismo lugar, y Yona comenzó a sentir un ligero mareo.

—Aunque Paul sea el inversor, puede que no dé los resultados esperados, ¿no cree? A menos que Mui sufra un desastre, no creo que pueda ser siquiera candidata a recibir ese programa de ayuda. Tampoco es cuestión de quedarse esperando a que suceda una catástrofe, ya que no es el ser humano el que decide cuándo ocurren esas cosas —opinó Yona.

—Pues decidir eso no es tan difícil… —respondió el gerente.

—Mui sufrió una sequía durante toda la primavera y las lluvias torrenciales comenzaron cuando llegamos. Los socavones se producen cuando los cimientos de la tierra se debilitan y es frecuente que esto suceda por las lluvias torrenciales. El momento es perfecto —explicó el escritor.

Yona se preguntó qué significaba eso de que el momento era perfecto. El escritor tomó la delantera y abrió la puerta que se veía al final de la escalera. Habían llegado a la parte del cuello, donde se encontraba el mirador panorámico. De pronto, un viento áspero y arenoso barrió el aire viciado de la torre. A lo lejos se veía el mar azul encrespado por el viento y, entre medio, el desierto de arenas rojas, que parecía un campo de golf. En ese desierto había dos extraños agujeros circulares con sendos vacíos insondables. Yona no podía creer lo que veían sus ojos. Eran socavones, sin ninguna duda.

El de la derecha tenía una forma circular casi perfecta y era tan grande como el Lago de las Cabezas. El de la izquierda era ligeramente más pequeño, pero parecía más profundo. Para ser socavones producidos tan cerca uno del otro, eran enormes. Jamás había visto unos tan grandes, ni siquiera en fotografías. Y menos todavía en medio del desierto. También era sorprendente lo sólidas que resultaban las paredes de los estratos que quedaban en pie, en el límite entre el terreno desmoronado y el terreno intacto. Quizá fuera porque los

estaba contemplando desde arriba; seguramente vistos de cerca la arena seguiría precipitándose sin cesar.

—Pero ¿cuándo ocurrió? ¿Cómo es posible? ¿Acaso…?

—¿Acaso qué?

¿Qué podía ser todo aquello? A Yona le daba la impresión de que el lugar era una obra en construcción. A lo lejos, al final del desierto, había una excavadora con una pala en el suelo. Como un animal muy flaco al que se le marcaba el esqueleto, la excavadora estaba detenida y con el cuello largo doblado. ¿Qué era ese muro que rodeaba el desierto? Se le ocurrió que quizá lo que tapaba o protegía ese muro no era esta torre a medio terminar, sino otra cosa. Contempló los agujeros, que de tan perfectos no parecían reales. Eran dos pozos hechos a pico y pala como si fueran tumbas, iguales al escenario donde había ocurrido la cacería de cabezas cincuenta años antes. El color rojizo del suelo aledaño intensificaba esa impresión. Ni siquiera el viento de arena parecía capaz de llegar al fondo de esos agujeros. Pasaba lo mismo con la cima de la torre. El viento que soplaba horizontalmente evitaba las vías verticales. Yona se pasó la mano por los brazos, con el vello erizado por un escalofrío.

Las palabras del escritor le recordaron a Yona al juego infantil que empieza diciendo: «En el mercado hay…». Solo había que cambiar mercado por desierto. En el desierto hay frutas; en el desierto hay frutas y hay pan; en el desierto hay frutas, hay pan y hay puestos; en el desierto hay frutas, hay pan, hay puestos y hay carritos; en el desierto hay frutas, hay pan, hay puestos, hay carritos y hay padres; en el desierto hay frutas, hay pan, hay puestos, hay carritos, hay padres y hay niños; en el desierto hay frutas, hay pan, hay puestos, hay carritos, hay padres, hay niños y hay… Del mismo modo que el juego puede alargarse eternamente si nadie omite una palabra, era imposible enumerar todo lo que habría sobre el desierto ese primer lunes del mes de agosto. Habría sido más fácil enumerar lo que no había. Ese día se celebraría la fiesta de los deportes de la única escuela primaria que

tenía Mui, de modo que sería un día festivo para todos los isleños. Muchas personas se concentrarían en el desierto de arenas rojas desde muy temprano y habría muchas cosas para comer y muchos vehículos. Estaba previsto que la fiesta comenzara a las nueve de la mañana sobre la arena mullida. A la hora de la comida evitarían por unas horas el calor del sol y a las tres de la tarde proseguirían las competiciones. Sin embargo, a las ocho de la mañana, antes de que empezara el evento, el suelo se abriría. Es decir, se produciría el primer socavón. Y antes de que la gente pudiera hacer algo, se abriría el segundo socavón. Se precipitarían decenas de coches y motos por los dos agujeros, y habría centenares de muertos y heridos.

El lugar donde se abriría el primer socavón sería donde dos días antes se descubriría un hoyo de dos metros de diámetro y un metro de profundidad. Como si un gigante se hubiera servido una bola de helado, un boquete quedaría abierto en medio del desierto, que solía dejar al descubierto huecos aquí y allá como si sufriera de osteoporosis. Sin embargo, el tamaño del hoyo sorprendería a todos. Sería mucho más grande que los anteriores, por lo que podría causar accidentes. Además, como la ubicación del hoyo sería debajo de la torre y en mitad del desierto, no sería suficiente con instalar una valla de seguridad. Dos días antes de la fiesta de los deportes, la escuela haría que lo rellenaran como medida de emergencia y que colocaran un adorno encima para que la gente no pisara la zona. Sin embargo, ese sería precisamente el lugar que se hundiría una hora antes de la fiesta. El agujero, que inicialmente tenía dos metros de diámetro, se ensancharía hasta casi cuarenta metros y su profundidad llegaría a los sesenta metros. Después de producirse el primer socavón, aparecería el segundo no muy lejos del primero. Como no habría ninguna señal previa, la mayoría de la gente estaría concentrada allí.

—El segundo socavón tiene casi treinta metros de diámetro y una profundidad de más de doscientos metros. La mayor cantidad de muertes se producirá en ese lugar. Casi todos morirán allí.

Yona bajó las escaleras atontada, como si hubiera tenido una pesadilla, aunque todavía no hubiera ocurrido nada. De vuelta al

complejo turístico, se quedó cavilando sobre por qué los radares de Jungle no habían captado nada de esto. Lo que la confundió más aún fue que ninguno de sus acompañantes le quiso responder la pregunta de cuándo ocurriría el hecho exactamente. En lugar de hacerlo, una vez que volvieron a la oficina del gerente, el escritor le tendió unas fotografías:

—Es de una mina de diamantes en un país latinoamericano. En 1871 descubrieron un diamante en lo alto de esa colina y, a partir de entonces, la gente comenzó a amontonarse en ese sitio. En apenas cuestión de meses, cavaron un hoyo de cien metros de profundidad. Por supuesto, su objetivo no era crear un socavón, pero sucedió de manera natural. Digamos que se formó una especie de socavón artificial. Lo produjeron alrededor de treinta mil personas que se habían juntado allí en busca de diamantes. Nosotros, en cambio, lo hicimos apenas con una veintena.

—¿Me está diciendo que ustedes hicieron esos agujeros?

—Quienes manejaron la excavadora y trabajaron con la pala fueron veinte trabajadores.

El escritor le mostró otras fotos. Las había sacado en las obras de los dos socavones y mostraban lo que parecían ser los estadios intermedios. Al igual que los agujeros que se abrieron en el cerro Sarisariñama de Venezuela, presentaban en principio la forma de varios orificios sucesivos, como si fueran respiraderos cavados por animales subterráneos. De pronto, se ensancharon y acabaron transformándose en esos dos grandes agujeros, tal como se veía ahora.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué han hecho esos agujeros? ¿Qué es esa historia que me ha contado antes? Eso de que habrá un accidente allí —preguntó Yona, sin atreverse a hilar ambas cosas por su cuenta.

El escritor la reprendió diciéndole que no había prestado atención y prosiguió:

—Escúcheme bien, Yona, porque lo que le voy a decir es muy importante. El primer domingo de agosto será exactamente de aquí a tres semanas. Ya están listos los socavones y ese día quedarán al descubierto de forma natural. En otras palabras, ese día todo ocurrirá

tal y como se lo he contado hace un rato.

El gerente encendió un cigarrillo. Soltando el humo en dirección contraria a Yona, le preguntó:

—¿Qué le parece? ¿Le parece que será un suceso digno de un nuevo paquete turístico de Jungle?

Lo que Yona no entendía era por qué hablaban en futuro si los socavones estaban ya hechos.

—Esa fiesta de los deportes… ¿Cuándo dice que ocurrió? ¡Le estoy preguntando cuándo!

—Todavía no ha ocurrido. Será dentro de tres semanas.

El viento cambió de dirección y el humo del cigarrillo del gerente le dio en la cara.

—Pero, desde el sentido común, eso que me dice…

—En Mui ya no podemos quedarnos esperando a que ocurran las cosas desde el sentido común. ¿Acaso no es lo mismo morirse en una catástrofe que morirse de hambre con los brazos cruzados? En la situación en la que nos encontramos es preferible la catástrofe. Desde que firmamos el contrato con Jungle y construimos el complejo turístico, en Mui hemos amoldado nuestra vida diaria a los roles que nos asignaron. Gracias a eso, parte de la mano de obra joven que se había ido de la isla ha vuelto. Si ahora nos quitan esos roles, es como quitarnos la vida —dijo con énfasis el gerente, aplastando innecesariamente con el pie la colilla que había tirado al suelo—. No podemos defraudar a Paul.

El proyecto había comenzado hacía seis meses. Al descender el número de turistas y percibirse en Jungle la precariedad de la situación, Mui había comenzado a escribir su historia por su cuenta. Pero tenía que haber otra alternativa. Yona abrió la boca y musitó tartamudeando:

—¿Por casualidad conoce Pai? ¿Conoce ese lugar, Hwang?

El gerente sacudió la cabeza. El escritor tampoco lo conocía.

—Es un pueblo pequeño que está en Tailandia. Era una especie de estación de paso en el camino que va de Chiang Mai a Mae Hong Son, pero, desde que los turistas comenzaron a quedarse más tiempo, se

convirtió en un destino turístico.

—¿Qué hay allí?

—No hay nada. Allí venden una camiseta que dice: «En Pai no hay nada». También: «En Pai no hay nada especial» o «No haga nada en Pai». Se leen frases así por todas partes. A la gente le gusta porque allí puede sentir lo que es la tranquilidad. Yo también me compré una de esas camisetas. Decía: «Pai es un lugar soso». Me la puse y pasé una semana en Pai totalmente desganada y aburrida. Sin embargo, cuando volví a Corea, no podía dejar de pensar en esa semana que pasé allí. Todavía sigo soñando con Pai. La mayoría de la gente que va está encantada de no hacer nada. ¿Y si convierten Mui en un destino como Pai?

—Pai es Pai y Mui es Mui —respondió el gerente y, levantándose del asiento, miró por la ventana.

Llegados a ese punto, Yona no tuvo más remedio que hacer la pregunta que había estado evitando:

—Pero ¿de dónde van a sacar los cientos de muertos y heridos?

Los dos le respondieron al mismo tiempo que no había de qué preocuparse.

Había personas en el mundo que creían en el principio de Heinrich, que dice que se dan cientos de pequeños indicios previos antes de que ocurra un desastre. El principio se enfoca en la génesis del desastre, pero, desde la perspectiva de las víctimas, no existe tal principio. Es sencillo: para ellas, las catástrofes ocurren y punto. Que un buen día se hunda de pronto el suelo que pisan es simplemente algo demasiado injusto para ser casualidad y demasiado triste para ser cosa del destino. Pero ¿se podía provocar una catástrofe de forma artificial?

—Antes de ser guionista, fui fotógrafo. No me interesaba sacar fotos porque eso ya lo hacía demasiada gente. Empecé a hacer lo contrario, es decir, a restaurar originales a través de fotos. Durante una época, me llegaban tantos pedidos por internet que no podía descansar en toda la semana. Me traían la cámara digital y me pedían que les recreara tal o

cual imagen o que copiara un interior. Hasta me pidieron que contratara extras para repetir una foto de graduación. Pero ahora trabajo en el sector de los desastres. No es la primera vez que me ocupo de un socavón. Le aseguro que no todos los desastres y accidentes son del dominio de Dios. Bajo la apariencia siempre hay una porción que corresponde al ser humano.

Si Hwang se dedicaba profesionalmente a esto era porque existía una demanda. No quiso decirle dónde había prestado sus servicios antes, pero sí dejó claro que nadie había descubierto que eran desastres artificiales. Añadió que no había que creer en todo lo que sucedía en el mundo, ya que alrededor de un tres por ciento era falso.

—¿No tiene miedo? —le preguntó Yona.

—El miedo es para el artista lo que los zapatos para los pies. Es necesario para llegar a donde sea.

—Pero después habrá gente que se pondrá a investigar sobre las causas de los socavones…

—Los trabajos de cimentación serán la causa. Escúcheme, Yona, no soy un aficionado. Los socavones ocurren porque se licúan las rocas o se debilitan los estratos subterráneos. También por el impacto interno que causan los terremotos, por el drenaje de los pozos subterráneos o por las sequías que agrietan los suelos. Combiné todas estas cosas para crear la causa. Y en cuanto a la construcción de la torre, será nuestra coartada. De hecho, las obras para levantar la torre fueron perjudiciales en muchos aspectos para el desierto. Debe de ser por eso que, aunque son artificiales, los agujeros se agrandaron muchísimo más de lo que cavamos, tanto en diámetro como en profundidad. Todo fue tan sencillo que hasta nos dejó un poco perplejos. Dicen que los socavones se producen con mayor facilidad en los suelos de piedra caliza, pero este terreno, sin importar de qué esté compuesto, resultó demasiado fácil de cavar. Hasta nos hizo pensar que algún día el suelo se hundiría solo aunque no hiciéramos nada, así que llegamos incluso a inquietarnos un poco por la torre. En mi opinión, la mitad ha sido producto del trabajo humano y la otra mitad lo ha hecho el desierto por su cuenta.

Un socavón puede devorar una avenida de cinco carriles en ambas direcciones en solo cinco minutos. Del mismo modo que una serpiente de fauces enormes se traga un sapo gigante, los dos agujeros podían tragarse la sencilla fiesta de los deportes de una aldea. Como las aguas residuales que se precipitan por las alcantarillas, el tiempo se precipitaba hacia el desastre. El remolino se había puesto en marcha ya. A Yona solo le quedaba decidir si se uniría a ellos o no.

El gerente abrió una botella de whisky y llenó tres copas.

—¿Entiende por qué le estoy contando todo esto? —le preguntó el gerente, mirándola a los ojos.

—No estoy segura.

—No es solamente porque trabaje para Jungle. Por supuesto, necesitamos a alguien especializado en viajes, pero esa no es la única razón. Se lo he dicho porque tengo la certeza de que no rechazará nuestra propuesta.

Yona bebió un sorbo de whisky para esconder el extraño desagrado que le producían las palabras del gerente.

—Lo que quiero decir es que si usted realmente hubiera querido irse a Corea, es decir, si hubiese pensado en rechazar nuestra propuesta después de escucharla, ya habría buscado la manera de irse. Sin embargo, se ha quedado, y eso me hace confiar en usted. La verdad es que no suelo equivocarme cuando juzgo a las personas.

—¿Qué es lo que desea de mí?

—Usted tiene el poder de hacer revivir Mui, puesto que es la encargada de decidir la renovación del contrato con Jungle.

—Si piensa que basta mi autorización para renovarlo, está equivocado. Las personas que estamos a cargo no tenemos semejante poder. Lo siento, pero, con el programa actual de viajes, no es posible. Estoy siendo sincera.

—¿Y con un nuevo programa?

—¿Un nuevo programa?

—Una vez ocurrido el incidente en agosto, se pondría en marcha el nuevo programa. Sería el nuevo paquete turístico de Mui. Da lo mismo que sea de seis días y cinco noches o de siete días y cinco noches. Como

la especialista es usted, estoy seguro de que creará el programa perfecto acorde a lo que desean Jungle y los turistas coreanos. ¿Qué le parece si hace visitas de reconocimiento y va elaborando el nuevo programa durante el tiempo que permanezca aquí? Le convendrá tanto a usted como a la empresa que lo haga con tiempo. Una vez que ocurra la catástrofe y, mientras se resuelve, Jungle ya podría estrenar un nuevo programa turístico. En estas cuestiones, lo mejor es moverse de manera sincronizada, sin dejar pasar demasiado tiempo.

—¿Y qué obtendría yo?

—Tendría todo el poder sobre ese nuevo paquete turístico. Aquí en el complejo turístico pensamos negociar solamente con usted. Estoy seguro de que creará un programa que sorprenderá por completo a sus superiores.

Yona se sintió como si le hubieran abierto un pequeño agujero en el cuerpo. El gerente la estaba espiando a través de ese orificio. Solía ocurrir que, después de meses de entregarse a elaborar un nuevo programa, este quedaba en nada o caía en manos de otra persona. No vendría mal tener el apoyo de una oficina gubernamental o de un hotel del lugar. Además, ¿no era ya una cómplice secreta en todo ese asunto?

Lo que hacía en Jungle nada más llegar a la oficina cada mañana era estimar las dimensiones de los desastres ocurridos durante la noche. Era preciso seleccionar la información que aportaban los artículos periodísticos, las redes sociales y los organismos estatales. Así fue su vida durante diez años, pero, en esos últimos días, se sentía como si hubiera perdido el norte. ¿Qué sería de todo aquello a lo que se había aferrado antes de hacer este viaje y que dejaba ahora a la deriva? Al llegar a ese punto, se inquietó. Todavía no podía olvidarse del paquete turístico de Jinhae. Los restos de esa ciudad continuaban navegando y los estaban encontrando al otro lado del mar. Aunque no se dejó la vida en Jinhae, sentía como si una parte de sí misma se hubiera roto en mil pedazos y estuviera flotando en el Pacífico, o quizá en el Atlántico.

Se acordó de la persona que la había precedido en el puesto hacía varios años. Nunca la había visto, pero le parecía que la conocía muy bien por las cosas que se decían de ella. Había entregado su renuncia,

pero, tras el trabajo de persuasión de Kim, había optado por aceptar seis meses de vacaciones. Después de su partida, corrieron muchos rumores sobre ella.

«Yo creía que la jefa de sección Park era una buenaza, pero mira cómo ha aprovechado la oportunidad».

«¿Buenaza? Pues yo siempre supe que era puro veneno. Nunca se andaba con grises. Todo era blanco o negro para ella».

Su superior le había cambiado la renuncia por vacaciones, por lo que la gente pensaba que Park había salido ganando. Sin embargo, cuando volvió a la empresa seis meses después, recibió la puntuación más baja en la evaluación de méritos y se le asignó un puesto que todos evitaban. Al darse esta situación, Park no tuvo más remedio que presentar su renuncia definitiva. La gente siguió hablando de ella:

«Era obvio, ¿no te parece? Seis meses después era ya noviembre, la época de la evaluación del personal. Kim la retuvo como carne de cañón porque necesitaba enviar a alguien a ese infierno. Quiso renunciar, así que la sacrificó en beneficio de los otros empleados que habían trabajado sin rechistar. Ya me parecía raro que Kim la disuadiera de presentar la renuncia. Es de los que te chupan hasta la última gota de sangre».

Yona ocupó el puesto de jefa de departamento inmediatamente después de que aceptaran la renuncia de Park. El puesto había estado vacante durante seis meses, pero aún quedaban rastros de su predecesora en todas partes. Su nombre aparecía automáticamente en los formularios de los proyectos y tuvo que borrarlo. También recibió varias llamadas de personas que querían saber qué tipo de persona había sido Park. Yona sudó la gota gorda tratando de averiguar la intención oculta y la identidad de los que llamaban para preguntar por ella. Como era posible que Park hubiese presentado su currículum en otra empresa, les respondía como si la hubiera conocido muy bien aunque no fuese así, y la presentaba como una excelente persona, teniendo cuidado de no sonar artificial.

Yona sintió el impulso de llamar diciendo: «Por favor, ¿podría hablar con Yona Ko, del equipo de programación tres?». ¿Qué le responderían?

¿Su lugar vacío estaría quizá ya ocupado por otra persona?

Contemplando la copa de whisky que tenía delante, se puso a pensar en el lado oculto de las cosas y en el significado que había adquirido el viaje de trabajo. También en el correo que envió Jungle al gerente del hotel ignorándola, cuando era ella la persona encargada de Mui y todavía estaba allí. No tuvo más remedio que reconocerlo. La habían manipulado del mismo modo que a su predecesora tiempo atrás. Era como los socavones. Aunque parecieran abiertos de repente, en el fondo eran el resultado de fuerzas concentradas durante años.

—¿Sabe lo que es una verdadera catástrofe? —le preguntó el gerente.

Sus compañeros de viaje habían comentado que el gerente parecía un típico nativo de Mui, pero ella no sabía cómo era la gente de Mui. El hombre tenía la tez morena, pero, en comparación con los otros empleados del Belle Époque, era ligeramente más blanco. De constitución era mucho más alto y, a menudo, solía mostrar una expresión prepotente, como en ese momento.

—Pues la situación posterior al desastre, ya que el camino se bifurca otra vez entre la vida y la muerte —se respondió a sí mismo.

Sin embargo, también a veces podía ser infinitamente bondadoso y amable. Después de borrar con dramatismo la expresión autoritaria de su cara, añadió con voz grave:

—Su cometido, Yona, es salvar como pueda a Mui de la verdadera catástrofe, que es la que vendrá después del desastre.

El destino se decide en un instante. Quizá la propuesta del gerente era la oportunidad que estaba esperando. Yona se puso a juguetear con su copa. Por supuesto, también podía ser una trampa. Sin embargo, si ella fuera Kim, si él se encontrara en esta situación, seguro que lo estaría disfrutando.

El gerente y el escritor levantaron bien alto sus copas, mientras que Yona solo levantó la suya a medias. Las tres chocaron en el aire. El sorbo de whisky le devolvió el calor a Yona.

5

LA ISLA DE LOS MANIQUÍES

En el complejo turístico no había nadie, porque había comenzado la temporada baja. Desde julio hasta noviembre, el clima no era bueno y se cortaba el flujo de turistas. Si bien las catástrofes ocurrían sin importar si era época de lluvias o de sequía, para el turismo eran importantes las precipitaciones, la temperatura, la humedad y otros datos de ese tipo. Ya había comenzado la temporada baja cuando el grupo de Yona llegó a Mui.

Por las mañanas, el cielo siempre estaba claro. Al avanzar la tarde, caía una lluvia torrencial, pero se esfumaban los ruidos y se secaba la humedad durante la noche. De pie en la terraza del bungalow, Yona miró el mar en la parte inferior y el cielo en la superior. Se le ocurrió que, si rasgaba cuidadosamente el paisaje con la uña del dedo, se desprendería una capa y debajo aparecería un firmamento igual al de ahora. Había que separar la paja del trigo, pero la isla rehusaba y se resistía. ¿No decían que es el sediento quien cava el pozo? Fabricando agujeros que no existían, Mui planeaba cometer un tremendo fraude. Yona y Mui se parecían por la encrucijada en la que se encontraban, pero Mui actuaba con más decisión que ella.

Ocurrieron muchas cosas en pocos días, pero ahora algo estaba claro: Yona tenía un papel que cumplir en ese lugar. Eso implicaba que se resolverían con facilidad ciertos problemas aparentemente irresolubles. En efecto, al día siguiente, un empleado del complejo turístico había ido al aeropuerto de Ho Chi Minh y había traído su maleta. Por supuesto, su pasaporte y su cartera seguían sin aparecer, pero se sintió

mucho más tranquila cuando vio su enorme maleta, aunque, como había transcurrido tanto tiempo, le pareció hasta extraña.

Para dejar las cosas más claras, firmó un contrato cuyos puntos centrales señalaban que le entregaría al gerente el programa de viajes acabado antes de que finalizara julio, y que todas las negociaciones entre Mui y Jungle se llevarían a cabo a través de ella a partir de agosto. Acordaron que se marcharía de la isla el día antes del primer domingo de agosto, pero hacía falta tener un permiso de estancia para permanecer más de una semana en Mui, y quien otorgaba esos permisos era Paul.

—Es que Paul paga los impuestos —le explicó el gerente.

Desde que había empezado a invertir en Mui, Paul se había hecho con múltiples prerrogativas. El gerente le comunicó que había solicitado su permiso de estancia y que llegaría en una semana. Mientras tanto, lo primero que tenía que hacer era recorrer Mui por completo, de arriba abajo, de un extremo a otro. El gerente le facilitó un guía: Luck, el joven al que Yona le había dado el billete de dos dólares.

El gerente le ofreció un coche, pero ella lo rechazó tajante, ya que pensó que viajaría mucho más cómodamente en la vieja moto de Luck, con la que había llegado al hotel instantes antes de que se desmayara el día que fue testigo de aquel incidente con el camión. La moto de Luck estaba despintada aquí y allá, como un pez que ha perdido las escamas.

—Ese día ni siquiera pude darte las gracias. Te llamas Luck, ¿verdad?

—Veo que lo recuerda.

—¿Sabes cómo me llamo?

Luck negó con la cabeza.

—Soy Yona Ko. Me fijé en esto ese día, pero está mal escrito.

Luck se sonrojó ligeramente. Yona había visto una palabra escrita en coreano en la moto de Luck. Parecía querer decir «Enhorabuena», pero no estaba bien redactada y se la corrigió.

—¿Sabes lo que significa la palabra?

—¿No es algo bueno? —respondió Luck, avergonzado.

—Sí, es muy bueno. Además de hablar bien inglés, ¿sabes coreano?

—Estoy aprendiendo. Todavía me falta mucho.

Le enseñó a Luck el itinerario que había fijado el gerente. El recorrido de ese día sería la zona del volcán y de las termas.

—Pero el orden lo decido yo —dijo Yona, arrugó el papel y lo tiró.

Al principio tomaron la carretera que bordeaba la isla. Mui tenía forma ovalada, alargada horizontalmente y, si bien la carretera daba una vuelta entera a la isla, el camino no siempre iba paralelo a la costa. En algunas partes penetraba en el interior de la isla, por lo que había algunos lugares a los que no se podía llegar por esa vía. Después de dar una vuelta completa a la isla por la carretera, se salieron del camino asfaltado y siguieron por donde no había rutas abiertas.

Cuando atravesaban caminos sin asfaltar, Yona no podía evitar inclinarse sobre el cuerpo de Luck. Se acordó de lo que le dijo el hombre que la había llevado hasta Phan Thiet hacía unos días. Mientras le explicaba que se podía saber qué relación tenían las personas que iban sobre una moto por la manera en que iban montadas, había concluido que ella no iba sentada como una esposa, una novia o una amiga, sino como un fardo de carga. No sabía cómo había que sentarse para parecer una persona y no un fardo, pero no se podía negar que Luck estaba tan nervioso como ella. Antes de meterse en el camino de tierra, le sugirió que se agarrara fuerte a él, pero se puso tenso cuando ella finalmente le puso las manos sobre los hombros. En los caminos asfaltados, en cambio, Yona se agarraba a su camisa.

Se le ocurrió que las espaldas también tenían expresión. Se sintió rara por la turbación que le produjo apoyar las manos en los hombros de Luck y aún más por notar la misma turbación en él. Había elegido la vieja moto en lugar del coche, que era mucho más cómodo, porque le pareció mucho más práctica. No solo porque podía desplazarse con mayor facilidad, sino porque así se libraba de que el gerente se entrometiese, puesto que, si fuera en coche, podría querer acompañarla en cualquier momento. Sin embargo, al notar las extrañas sensaciones que le provocaba la espalda de Luck, se puso nerviosa sin saber por qué. Era una tensión de otra clase, distinta a la incomodidad que le provocaba el gerente.

Tal como había previsto, la casa lacustre de la tribu unda donde pasó una noche estaba en completo silencio. No se veían niños flotando en palanganas de goma, ni el bote de cola larga que iba y venía de la escuela lacustre. Todo estaba detenido como un set cinematográfico que solo funciona en días laborables.

Pero había un niño al que reconocía. Estaba al lado de un pozo de agua que también le era familiar y que nadie utilizaba. Habían desaparecido tanto el cartel que había escrito el estudiante como los arbolitos que había plantado la hija de la maestra en las inmediaciones. El agujero estaba cubierto por una tapa hecha a medida y junto a él había un montículo de tierra y arena, como si todo estuviera dispuesto para que lo rellenasen de nuevo.

Al descubrir a Yona, el niño se sorprendió. Vio cómo su cara adoptaba al momento una expresión de total inocencia. Parecía un crío sumido en la tristeza por haber perdido a su madre, y le dijo: «¿Mamá?». Antes era un gesto y una expresión que le provocaban el deseo de consolarlo con un abrazo, pero ahora era todo lo contrario. Yona retrocedió unos pasos. Cuando Luck se acercó, el niño desapareció de inmediato.

El pequeño se marchó y solo quedó el perro viejo, que volvió a apoyar la cabeza en el suelo después de echarles una mirada de soslayo. Cuando Yona estuvo allí durante el viaje, le había parecido un reflejo del desastre ocurrido en la aldea, pero ahora le parecía un perro cualquiera. Hasta la hamaca sobre la que jugaba el niño era ahora una simple red que dejaba pasar el aire. El animal, que estaba debajo, dormía ajeno a todo y la hamaca azul se mecía al viento. Por momentos parecía un manto azul surgido del lomo del animal.

—Aquí vivía una mujer llamada Nam. ¿Por casualidad la conoces?

—Nam es un nombre muy común aquí. Vienen a trabajar solo cuando hay turistas —le respondió Luck.

—¿Es cierto al menos que es de la tribu unda?

—Eso no es importante —dijo Luck, esbozando una sonrisa.

—¿Cómo que no?

Luck lo pensó un momento antes de contestar:

—Porque hay otra diferencia mucho más importante.

Yona comprendió lo que le quiso decir cuando llegaron al siguiente destino. Luck le dijo que le mostraría una casa lacustre de verdad. Eso le produjo a Yona muchísima curiosidad; quería saber qué significaba «de verdad» en Mui. Siguieron el trayecto en moto durante un buen rato.

Cuando dejaron atrás el desierto de arenas rojas, aparecieron un montón de casas lacustres en la costa. Eran tantas que no se podían ni comparar con la escenografía que habían montado en la zona del desierto de arenas blancas. Aquellas eran casas falsas que contaban con la habilitación pertinente, pero las de este lugar eran viviendas auténticas y sin permiso. Un tercio de la población de Mui vivía allí.

—Son alrededor de trescientas personas. Desaparecen durante la época de la sequía y vuelven en la temporada de lluvias. Construyen sus casas sobre los botes, como ves —explicó Luck.

—Pero ¿por qué construyeron un set cinematográfico habiendo estas casas? Los turistas nunca llegarán a enterarse de que existe un lugar así.

—Esta es una zona ilegal. Son gente que no tiene permiso para vivir en Mui.

—¿Son de la tribu unda o kanu?

—Nadie piensa en eso ahora. Simplemente es gente pobre que no puede pagar los impuestos.

Había un cartel ladeado y a punto de caer al agua que decía: ÁREA PELIGROSA. CUIDADO CON LOS COCODRILOS. Antes solían aparecer cocodrilos de hasta cinco metros, pero habían desaparecido y solo quedaba la gente sin permiso de las casas lacustres. En la época de sequía, se alejaban flotando en sus casas y, en la de las lluvias, volvían a la costa. El problema era cuando volvían a la costa, porque Paul no les otorgaba el permiso de estancia. De hecho, pasaba lo mismo antes de Paul. Siempre se habían llevado mal con la clase dirigente de la isla, así que surgió una regla tácita. Los turistas permanecían en Mui desde el lunes por la noche hasta el sábado por la mañana, por lo que, desde las ocho de la tarde del lunes hasta las once de la mañana del sábado, esta gente no debía acercarse a la «zona turística». La época de lluvias era la

temporada baja del turismo y casi no había turistas, pero, de todas maneras, no les estaba permitido transitar libremente.

—Son un problema porque los cocodrilos suben hasta la playa en la temporada de lluvias. La mayoría de los animales no cazan con el estómago lleno, pero los cocodrilos son la excepción. Estén llenos o tengan hambre, muerden todo lo que se mueve. Y, cuando muerden algo, salvo que les pinchen los ojos, no lo sueltan.

Esto fue lo que le dijo el gerente cuando Yona le comentó que había estado en la zona restringida. También añadió que era mejor evitar el lugar porque era peligroso. Sobre su escritorio tenía desplegado un mapa gigante de Mui. Era la primera vez que Yona veía un mapa completo de la isla, pero no era muy útil porque tenía señalizados solo algunos sitios. El hombre marcó cinco puntos con un rotulador rojo y dijo que debían entrar sin falta en el viaje que Yona estaba programando. Entre ellos, estaban incluidos el volcán y las termas, justo los lugares que ella consideraba que debían descartarse desde un primer momento.

—El volcán ya no es un volcán. No hace más que distorsionar la imagen del paquete turístico. ¿Hay alguna razón especial por la que tiene que entrar sin falta?

—Usted es la especialista, así que su opinión es absolutamente razonable, pero también tiene que pensar en los sentimientos de la gente —le respondió el gerente, poniéndole dos terrones de azúcar de marca francesa al café de Yona—. Los de Mui consideran el volcán un lugar sagrado.

—Pero los turistas son gente foránea. Desde la perspectiva de esas personas, el volcán no parece un volcán.

Yona estaba preparando el programa turístico de Mui con mucho cuidado y había descartado el volcán desde el principio. El empeño del gerente por incluirlo no tenía nada que ver con su carácter sagrado ni con el sentir de la gente de Mui. Según supo Yona después, Paul había comprado la mayor parte de las tierras de la zona del volcán. Fue Luck

quien se lo contó con discreción.

—Por casualidad, ¿la zona pegada al desierto de arenas rojas tiene también alguna relación con Paul?

—Las tierras que rodean al desierto tienen forma de U y es fácil darse cuenta de que son propiedad de Paul porque son las únicas tierras fértiles de la isla. No cualquiera puede ir allí —le explicó Luck.

Yona se acordó de la zona que tenía el cartel de ÁREA PELIGROSA. CUIDADO CON LOS COCODRILOS. Formaba parte de las tierras con forma de U. Los frecuentes conflictos que se producían entre la gente que habitaba las viviendas lacustres y Paul se debían a que se trataba de una zona fértil. Era como si las tierras de Paul fuesen la carne, y el mar adyacente, la grasa. A partir del primer domingo de agosto, todas las tierras de Paul serían como gallinas ponedoras de huevos de oro. Al final, Yona no tuvo más remedio que ceder a los deseos del gerente e incluyó el volcán en el programa del viaje, pero lo hizo con remordimientos; se había sentido utilizada para lograr el beneficio de unos pocos y no de toda la isla. Pero ¿existía algún trabajo que no fuera así? Ahora se daba cuenta de por qué el hombre quería tener elaborado el programa del viaje con antelación y de por qué se lo había encargado a ella. Eso le aligeró un poco el cargo de conciencia. Además, ella también formaba parte de esos pocos que se beneficiarían, ya que tenía sus propios intereses en el asunto, así que se calló.

Fuera retumbaban los rayos y los truenos, pero en la oficina del gerente apenas se oían. Yona propuso que construyeran un restaurante y un hotel junto a la boca del volcán. Eso aumentaría el interés morboso de la gente, haciendo que valiera la pena visitarlo. Al gerente le preocupó que no estuviera completamente inactivo, pero enseguida comenzó a ver lo atrayente que resultaría tener instalaciones turísticas justo ahí.

Salvo la hora del desayuno, el escritor pasaba todo el día escribiendo en su bungalow. Yona solo lo podía ver a esa hora del día y siempre aparecía con los ojos enrojecidos y el pelo revuelto para pedir unos huevos. Era el único momento en que Yona podía hablar coreano. En cierta manera, el escritor, por ser compatriota, le recordaba a la

cotidianidad, es decir, a Jungle y toda la vida que había dejado atrás. En ese sentido, el escritor le era útil. No estaba segura de despertar en él los mismos sentimientos, pero él también solía intercalar a menudo en su conversación frases del tipo «nosotros los coreanos» y «nosotros en Corea».

—Yona, ¿sabe cuál es el desastre que más llama la atención?

—No, ¿cuál?

—No todos llaman la atención del mismo modo. Hay desastres que son más noticiables que otros. En general, depende de tres factores. Para empezar, debe ser una catástrofe de ciertas dimensiones. Si se trata de un terremoto, es necesario que sea, como mínimo, de seis grados. Y, si se trata de un volcán, la erupción tiene que ser de nivel tres o superior. Si no es un desastre de cierta magnitud, no llega siquiera a ser noticia. Tiene que ser lo suficientemente importante para que los que viven atareados dediquen un poco de su tiempo a prestarle atención y compadecerse. Es inevitable; vivimos en un mundo muy sobreestimulado. No hay nada más fiable para medir una catástrofe que el grado de interés que muestra la gente. En segundo lugar, tiene que ser nuevo. No es atractivo que se hable una y otra vez del mismo lugar; eso cansa. A menos que el desastre se repita con una intensidad mucho mayor, se le presta más atención si se trata de un lugar nuevo, de un nombre desconocido. Piénselo. En la pantalla aparece una calle que se ha hundido, pero se ven los carteles con los mismos caracteres de siempre, los mismos semáforos… La misma gente, la misma vestimenta… ¿No es lógico que se harten? Se aburren de sentir compasión. En cambio, si un mundo nuevo y diferente aparece ante sus ojos, se les despiertan las células que no habían sido estimuladas y sienten una lástima inédita. Y lo último y más importante es que haya una historia. La gente abre las páginas de los periódicos cuando ocurre una catástrofe para ver cuán terrible ha sido, pero también para encontrar las historias conmovedoras que florecen en ese caos. Eso es algo de lo que solemos olvidarnos.

Así hablaba el escritor, embebido en sus propias palabras. Sus gestos se hicieron más rimbombantes a medida que se alargaba su discurso. Su

mano giraba, se elevaba y envolvía el aire, y terminó por tirar el tenedor que estaba sobre el plato. El escritor esperó a que se acercara un camarero a recogérselo y cambiárselo por uno nuevo, pero no vino nadie.

—¡Así es este lugar! Lo administran pésimamente, se lo digo yo —remató de mal humor.

El escritor cogió un tenedor de la mesa contigua. A pesar de que siempre había varias mesas dispuestas, los únicos que comían allí eran ellos dos.

Cuando se programaba el paquete turístico de una zona de desastre, se tenía que pasar el bisturí y hacer un corte transversal, de manera que aparecieran a la vista aquellos aspectos de la catástrofe capaces de conmover y entristecer al público. Sus pupilas brillaban con las imágenes más impactantes, por lo que, cuando cubrían los desastres, los medios de comunicación masivos las destacaban sobre la realidad. De hecho, si se comparaban algunos desastres de dimensiones parecidas y ocurridos más o menos al mismo tiempo, el interés y las donaciones no siempre eran proporcionales a la gravedad de los daños producidos. Algunas ciudades se olvidaban al poco tiempo de ser mencionadas en las noticias, mientras que otras recibían una gran atención y donaciones muy cuantiosas. Esto ocurría gracias a las imágenes que plasmaban con acierto el lugar en ruinas y a las historias personales, que eran como notas al pie de estas. Los lugares que movilizaban a las personas eran los que tenían el aspecto más desolado y necesitado. Para ello había que resaltar cómo había quedado destrozada la vida de los afectados y la mejor manera de hacerlo era mostrando esas historias desde dentro. Lo que estaba haciendo el escritor era precisamente fabricar esos retazos de vida arruinada. La gente respondía con generosidad a las historias conmovedoras, pero no hacía falta infundir grandes dosis de creatividad. Era más complicado decidir quiénes serían las víctimas del desastre. El escritor tenía ya anotadas en su libreta decenas de casos de muerte: una madre y su hijo, una pareja joven a punto de casarse, un matrimonio de ancianos bien avenido, un recién nacido que era el único superviviente de su familia, un maestro

que moría después de salvar a sus alumnos, unos padres que morían dejando solo a su hijo pequeño, o un perro viejo que saltaba al socavón para salvar a sus dueños.

Yona había oído que usarían maniquíes para simular los muertos. Sin embargo, no era exactamente así. De maniquíes solo tenían el nombre, ya que se trataba de cadáveres de verdad. Los maniquíes no tienen familia, pero las personas sí suelen tener allegados y parientes. Cuando llevaban a cremar el cuerpo de un familiar, muchos firmaban una autorización para que el cadáver se utilizara en favor del progreso de la medicina de Mui antes de ser incinerado. A cambio, recibían una suma que les permitía seguir con su vida. No era mucho dinero, pero nadie criticaba esa decisión. Los cadáveres conseguidos a través de ese tipo de autorización recibían el nombre de «maniquíes» y los preservaban en congeladores. Eran alrededor de sesenta, y el más antiguo de ellos había comenzado a descomponerse medio año atrás. Lo hacían dentro del congelador muy lentamente, para que aguantaran hasta el primer domingo de agosto.

Precisamente eran esos maniquíes los que tendrían el papel protagonista en la fiesta escolar de ese domingo, puesto que los tirarían dentro de los socavones. Hasta planeaban provocar un incendio en esos agujeros infernales para que el suceso tuviera un cierre perfecto. Por supuesto, todo eso no tenía nada que ver con «el progreso de la medicina», pero Yona decidió que ese asunto no le incumbía.

Era necesario asignarles un nombre y una historia a los maniquíes, y ese era el trabajo del escritor. Eran historias que no tenían nada que ver con sus vidas reales. Personas que no se conocían ni tampoco eran amigas se convertían en compañeros de trabajo, parientes y enamorados. Sea como fuese, todos esperaban su hora en el congelador del crematorio con la boca bien cerrada. El escritor le explicó a Yona que era un método que se utilizaba con frecuencia al escribir historias.

—Puede que digan que es como matar dos veces a la misma persona, pero en cierto sentido es resucitarla.

—¿La mayoría de los cadáveres se donan de esta manera?

—Así ocurre con casi todas las muertes por accidente de tráfico. De

hecho, es de donde provienen, en general.

—¿De accidentes de tráfico?

—Aquí la ley no es severa si un vehículo mata a un peatón. La complicación viene cuando el peatón queda tan malherido que apenas se mantiene con vida, ya que entonces hay que hacerse responsable de su existencia. Y si tiene familia, de la de su familia también. Como pagar una indemnización por muerte es menos costoso, la mayoría opta por eso.

Se acordó del camión amarillo que arrolló al anciano del acordeón y cerró los ojos. Sintió náuseas.

—¿Me está diciendo que prefieren matar a las personas?

—La mayoría de los vehículos que circulan por aquí son camiones, así que los accidentes suelen ser letales. La primera vez que lo escuché también me pareció terrible. Pero, aunque no sea exactamente esto, ¿no ocurren cosas parecidas en otros lugares?

Yona soltó el tenedor. Le había parecido oír una bocina estridente en alguna parte. Lo cogió enseguida otra vez, pero se le había quitado el apetito, así que se levantó de la mesa.

No solo tenían preparados a los muertos, sino también a los heridos, así como los testimonios de los que se habían salvado del desastre. Estos últimos tenían la responsabilidad de actuar de manera vívida y realista y, para ello, habían recibido los papeles de Hombre o Mujer 1, 2, 3…, así como los discursos correspondientes:

«De pronto comenzaron a aparecer grietas en el suelo y las paredes. Ya hacía tiempo que las puertas y las ventanas no se cerraban bien, como si no encajaran en sus marcos…».

«Aparecieron grietas en el suelo con forma de anillos concéntricos. Me pareció muy extraño y me pregunté qué serían, pero nunca me había imaginado que el suelo se pudiera hundir así…».

«Oí un terrible estruendo y, cuando fui a ver, todo estaba destruido. Se abrió un agujero gigantesco ante mis pies. Vi que mi hermana caía dentro, pero no pude hacer nada porque ocurrió en un abrir y cerrar de ojos…».

La gente ensayaba lo que diría en las entrevistas que les harían los

medios después del desastre. A cambio de recitar uno o dos de esos párrafos, recibirían una paga equivalente a seis meses de sueldo de un trabajador corriente de Mui. Lo solicitaban muchísimas personas. En otras palabras, de los muertos se ocuparían los muertos y de los vivos se ocuparían los vivos.

Yona se dirigió hacia la playa. El Belle Époque rodeaba como un muro la línea del horizonte en el mar. Al principio eso la había hecho sentirse resguardada, pero ahora la asfixiaba. Pensó que ese lugar era como un escenario teatral muy grande. Un enorme teatro vacío que, sin hundirse ni estabilizarse, flotaba a la deriva en el mar como una boya.

Uno de esos días que recorría la isla en la moto «Enhorabuena» de Luck, tuvo la ocasión de ver el crematorio, que no emitía humo desde hacía medio año. Vestidos de uniforme, los empleados se movían con ligereza haciendo que el crematorio pareciera más bien un centro comercial. Todos llevaban chalecos amarillos y un gorro con el logo de Paul. Al igual que cuando se le daba entrada a mercancía nueva en un hipermercado, iban y venían muy atareados en los sectores que les correspondían. Parecía que acababan de llegar varios cuerpos, pues los trabajadores iban de un lado a otro empujando camillas cubiertas con sábanas. Yona se quedó mirando un buen rato. No podía creer que estuvieran transportando personas que habían estado vivas alguna vez. Más bien parecían productos anodinos salidos de una fábrica.

Yona sintió frío en la nuca y al rato comenzó a llover. Luck tomó una de las sombrillas que había en la entrada del crematorio y la cubrió con ella como si fuera un paraguas. Era lo suficientemente grande y gruesa para protegerlos a ambos. Nada más ponerse a cubierto, desaparecieron los ruidos del entorno y se hizo el silencio.

—¿Sabes en qué estoy trabajando, Luck?

—Está reprogramando el paquete turístico.

—Puede que se me escape algo, así que, si tienes alguna información que me pueda servir de ayuda, no dudes en dármela. Cualquier información que sirva para programar actividades turísticas en torno al

desastre de Mui me viene bien.

Temió que haber hecho mención del desastre de Mui molestara a Luck. Al fin y al cabo era un nativo de la isla. Sin embargo, su respuesta sorprendió a Yona:

—Pues no lo sé. La verdad es que no sé qué tipo de desastre hubo aquí. Antes de que comenzaran a llegar los turistas, simplemente no había nada. Que no haya nada no es un desastre, me parece.

Yona no supo qué responderle. Mui era pobre, pero quizá lo era solamente desde la perspectiva de la gente de fuera. Podía ser un acto de soberbia clasificar el lugar como área de desastre desde ese punto de vista. Al rato, la lluvia se hizo más ligera, cayeron unas pocas gotas más sobre la sombrilla, produciendo un repiqueteo como de aleteo de pájaros, y se detuvo por completo.

El sol se estaba poniendo y teñía el cielo de rojo. Las palmeras que recibían los últimos rayos del día parecían tótems, o quizá calabazas de Halloween con los ojos, la nariz y la boca encendidos.

—¿Cuál es el lugar de Mui que más miedo te da? —preguntó Yona, cuando Luck le preguntó cuál quería que fuera su próxima parada.

Luck se decidió por un sitio. La noche caía con rapidez en la isla. Mientras todo se iba deteniendo, apareció ante ellos el último destino del día. En ese lugar había árboles gigantescos que no paraban de crecer. Tenían una fuerza tan sorprendente que había que inyectarles inhibidores de crecimiento. Los llamaban higueras estranguladoras. El salvajismo serpenteante de estos árboles hacía que hasta las rocas se desplomaran. Los trozos de roca que estaban en el suelo parecían cabezas cortadas.

—Ya conozco estos árboles. Los vi en las ruinas de Angkor Wat. Son capaces de devorar edificios enteros —dijo Yona, elevando la vista hacia ellos.

—Este ejemplar es diferente. Es único porque hay una leyenda sobre él. Cuando era pequeño, mi madre me decía que vería fantasmas si me detenía frente a él. Por eso, cuando me portaba mal, amenazaba con colgarme cabeza abajo de sus ramas —contó Luck, dándole golpecitos al árbol.

—¿Y qué hacías cuando te portabas mal?

—Nada grave, me peleaba a golpes con mi hermano y cosas así. Entonces mi madre nos decía: «¡Os voy a colgar a los dos de ese árbol!». Bastaba que dijera esa amenaza para que nos quedáramos quietecitos.

—¿Todavía hay niños que se asustan con esas cosas?

—Ahora es un poco diferente. Nadie dice que se ven fantasmas. En lugar de eso, dicen que te encuentras con tus propios miedos. Que si te pones delante de él en mitad de la noche, ves las cosas que más temes.

Rodearon el árbol. Extendieron cuanto pudieron los brazos, pero no pudieron abarcar el grosor de su tronco.

—¿A quién has visto tú?

—De pequeño veía a mi madre. Me parecía muy extraño porque ella estaba viva. Se puede entender desde la perspectiva actual, ya que entonces a quien más temía era a ella. A mi padre, en cambio, lo empecé a ver después de que muriera. Pero no creo que lo viera porque se convirtiera en un fantasma.

—Quizá pensaste mucho en él después de su muerte.

—Sí, sentía que, aunque yo no pudiera verlo, él siempre me estaba mirando, y eso me daba miedo.

—¿Sigues viendo a tu padre?

Luck contempló con detenimiento el árbol. Una bandada de pájaros salió volando y las hojas se sacudieron con estrépito. Después de que saliera otra bandada de aves como un torbellino, Luck miró a Yona a los ojos.

—¿Nos vamos? Se ha puesto muy oscuro —repuso Yona.

Luck echó a andar a paso rápido, así que Yona corrió y se colocó delante de él.

—Por favor, me da miedo. ¿Podrías caminar detrás de mí? Me asusta no tener a nadie a mis espaldas.

Luck empezó a andar más lento. Con él detrás como si fuera su sombra, Yona le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés.

—¿Y cuántos años me echas a mí?

—Veintitrés.

—¡Mentira!

—¿Cuántos años tiene entonces?

—Veintitrés…

En realidad, Yona se sentía como si tuviera esa edad, como si los últimos diez años de su vida se hubieran evaporado. A esa hora en la que la luz del sol no se había apagado aún del todo pero ya dominaba la noche, las siluetas negras de las palmeras parecían animales. Los dos caminaron en dirección a esos animales de pelos erizados, piel brillante y cuerpos largos y cimbreantes.

El contenido del paquete turístico que Yona estaba programando era el más interesante de todos los que había hecho o conocido en los últimos diez años. Sus actividades favoritas eran la de acampar una noche en el desierto y la de observar el cielo, como se mira por un telescopio, a través de un pequeño agujero de una higuera estranguladora. Le resultaban atractivas porque eran diferentes a las catástrofes ocurridas en el pasado. El único punto flaco del programa era que no tenía cabida dentro de los límites de lo que Jungle definía como «viaje a una zona de desastre». Lo que ocurriría sería considerado un desastre natural, aunque no lo fuera; y, aunque fuera reconocido como un error humano, tampoco lo era del todo. No era ni más ni menos que una manipulación intencionada. Por supuesto, nadie debía descubrir ese pequeño detalle.

Eran solamente tres las personas que conocían de cabo a rabo ese plan: el gerente, el escritor y Yona. Pero si se contaba a las personas que habían cavado los agujeros y a los que darían su testimonio directo o indirecto del desastre, se podía decir que eran cientos los que estaban enterados. Así y todo, el gerente podía estar seguro de que nadie hablaría si el escritor y Yona mantenían la boca cerrada porque, debido al sistema de división de trabajo utilizado, todos estaban implicados de una manera muy parcial. Es decir, las personas que habían cavado los agujeros lo habían hecho sin saber para qué se iban a emplear; los que guardaban los cadáveres en los congeladores del crematorio creían que

solo hacían su trabajo; los que iban a conducir los camiones con los cuerpos se enterarían de su destino ese mismo domingo de madrugada; y los testigos solo tenían que ocuparse de memorizar su discurso. Todos los propósitos y los nombres de las tareas que debían llevar a cabo eran diferentes.

Lo mismo se aplicaba para Yona. Solo hacía su trabajo: programar el viaje. Cuando el escritor le leía algunas partes del guion que estaba escribiendo, sentía lo mismo que cuando leía un libro o veía una película muy triste. Todo le parecía tan remoto que no podía siquiera figurarse que pronto aquello se haría realidad ante sus ojos.

No obstante, el hecho de que aún no había llegado su permiso de estancia era muy real. El gerente le dijo que no se preocupara, que a veces el documento se retrasaba cuando se le acumulaba el trabajo a Paul, pero eso no hizo más que aumentar su desasosiego:

—¿Qué pasa si no tengo el permiso de estancia?

Ya hacía casi dos semanas que estaba en Mui y faltaba solo una semana para el domingo de la fiesta de los deportes, por lo que el permiso tampoco tendría mucha utilidad ya. ¿No se encontraba perfectamente sin él? Lo importante era que había firmado un contrato que decía que el paquete turístico de Mui se implementaría solo a través de ella. ¿No tenía también el dinero que había recibido como adelanto? Dudaba de que Paul pudiera ejercer algún tipo de poder sobre ella.

—Es una formalidad, pero nunca antes había ocurrido que una persona extranjera se quedara en la isla sin permiso de estancia. Es una cuestión de reglamento, creo yo —respondió el gerente.

—Entonces, entiendo que en estos momentos estoy como ilegal.

—Es pura formalidad, como ya he dicho, así que no se preocupe demasiado. El permiso llegará muy pronto. Que la programación vaya bien es más importante que eso. ¿Me la podría mostrar antes de que esté lista?

Yona le contestó que apenas había terminado de conocer a fondo las zonas señaladas de la isla y que necesitaba hacer más rutas para completar los contenidos más específicos. En realidad, estaba

retrasando a propósito el cronograma. Como en un juego de naipes, había que elegir el momento más oportuno para jugar sus cartas. El gerente era amable, pero no era el tipo de persona que inspira confianza. Le recordaba a Kim en muchos aspectos, de modo que no pensaba mostrarle el paquete turístico antes de que estuviera acabado ni tampoco se dejaría manipular.

También tenía otra razón. Todas las mañanas montaba en la moto de Luck e iba a conocer distintos rincones de Mui. Estas excursiones habían adquirido un significado para ella que iba mucho más allá de un mero recorrido de reconocimiento. La moto de Luck le mostraba el lado de Mui que desconocía. El desierto se convertía en un animal gigante y calmado tendido sobre el suelo, y la arena que traía las ráfagas del viento ya no le escocía la piel. Lo que quería en el fondo, sobre todo, era conocer más a Luck. A través de sus ojos, los paisajes de Mui se veían completamente diferentes. Se enseñaban mutuamente un poco de sus respectivos idiomas, y daban paseos por toda la isla siempre que podían.

Luck sabía muchas historias. Algunas las había oído, otras las había visto y otras las había vivido. En Mui existían muchas callejuelas vacías debido a que los lugareños se habían marchado o porque había desaparecido la calle en sí. Recorrieron despacio esas callejuelas muertas. Deteniéndose en una casa con un portal verde, Luck le dijo:

—Aquí vivía Chori, pero ahora ya no queda nadie. Murió hace tres años, cuando solo tenía nueve. Era la época de mayor esplendor de Mui. Los turistas llegaban en oleadas y Chori, como la mayoría de los niños, trabajaba en la zona turística. Lo hacía muy bien porque era fuerte, así que ganaba bastante dinero cargando los bártulos de la gente durante su excursión al desierto. Trabajaba todo el día. Lo hacía incluso cuando no se sentía del todo bien. Esa obligación hizo que muriera aplastado por el equipaje de unos turistas. Fue una muerte sin sentido. Ese día transportaba una carga de casi sesenta kilos, que era más bien poco comparado con lo que estaba acostumbrado a cargar. Los bultos que aplastaron a Chori contenían ollas a presión, parrillas, envases de gas propano y utensilios de este tipo. Todos eran necesarios para la

actividad de comer el tradicional caldo de pollo y la panceta de cerdo a la brasa en medio del desierto. Chori se desplomó y el guía pidió disculpas a los turistas por el inconveniente surgido en el desarrollo del programa. Chori terminó muriendo después de que los turistas se marcharan.

Luck siguió contándole historias. Se sucedían unas a otras, más rápidas que la velocidad a la que caminaban y más largas que sus pasos. Tres años atrás, un pescador quiso salir al mar, como era habitual, pero volvió a su casa hundido. Le denegaron el paso a la costa porque se había inaugurado el complejo turístico y solo los turistas podían disfrutar de la zona. De un día para otro, un niño pequeño que solía llorar a lágrima viva fue «seleccionado» para que lo llevaran al set de las casas lacustres. El niño no hacía más que sollozar todo el día y los turistas le sacaban fotos. Sin embargo, al crecer, ya no estaba por la labor. Como era de esperar, lo echaron del lugar.

Luck le habló también de un pintor que usaba pantalones de la talla XXL y de su novia, que era mayor que él. Como tenía sobrepeso, al pintor le costaba pintar la parte baja de las paredes, así que siempre iban juntos a todas partes. Él pintaba la parte superior, y su novia, la inferior. Solo podían terminar de pintar una pared si trabajaban juntos. La muerte también les llegó al mismo tiempo, cuando se les desplomó encima la pared que pintaban. En ese instante, sus miradas se cruzaron y sus corazones se detuvieron antes de que pudieran cerrar los ojos. Así fue como quedaron sepultados bajo la casa en la que trabajaban.

Era la historia de los padres de Luck. Hay gente que sobrevive al derrumbe de una aldea, pero los padres de Luck murieron dentro de una casa. Como una película gastada de tanto proyectarse, Luck recordaba mejor esa escena que la cara de sus padres, por eso podía contarla con calma. La casa desplomada se conservaba tal cual. Con un lado totalmente abierto y sin techo, parecía el escenario de una obra teatral. La causa del repentino derrumbe había sido la construcción de la torre en el desierto de arenas rojas. Por alguna razón desconocida, las viviendas aledañas a la obra de construcción se habían desmoronado. Como ocurrió en otras partes, también se produjo una

avalancha de tierra rojiza en esa casa. Yona entró en la vivienda siguiendo a Luck. El viento cargado de arena también se coló con ellos.

Una parte de Mui se estaba desertizando, mientras que la otra se urbanizaba. La superficie del desierto aumentaba sin cesar, a la par que la de la ciudad. Pero todo quedaba en suspenso cuando uno se detenía en medio del desierto. Por el tamaño que tenía, podía abarcarse toda su extensión con la vista. Nada parecía moverse sobre su superficie. Los cactus plantados aquí y allá parecían postes de advertencia. Solo se veía la humareda de polvo que levantaban los vehículos que pasaban cada tanto y el viento del desierto que movía la arena incansablemente.

La moto estaba detenida delante del desierto, pero este no se terminaba. Luck estaba ocupado en quitar la arena que se había amontonado bajo sus pies. La base de la moto tenía varios agujeros pequeños por los que se podía retirar la arena acumulada usando un cepillo. Sin embargo, como el viento no paraba de traer arena, los esfuerzos eran totalmente inútiles.

El desierto no lo era todo en Mui, pero los isleños respiraban la arena del desierto que transportaba el viento. También había arena en la costa donde pescaban todas las madrugadas, en las calles y, seguramente, debajo de los sofás y las camas de todos los hogares. El desierto era la médula de Mui y en ese lugar medular comenzaría la vorágine.

A las 8.11, cuando se abriese el primer agujero, se desplomaría el suelo. Con el desmoronamiento arrastraría consigo todos los adornos y regalos dispuestos para la fiesta de los deportes que iba a celebrarse. También caerían dentro algunos puestos ambulantes y personas que estuviesen preparando el evento. A las 8.15, se abriría el segundo socavón y se desplomarían, como granos de arena, los demás puestos ambulantes. Sonaría la alarma. En un abrir y cerrar de ojos, un número incontable de personas caería por los agujeros. Entre estas oraciones habría algunos que actuarían como puntos y comas. Eran los que tendrían el importante papel de rellenar los vacíos y unir las acciones.

Algunos darían órdenes, otros se arrojarían a los agujeros, algunos se lanzarían conduciendo vehículos, otros harían sonar las alarmas, algunos tomarían fotografías de todas esas situaciones y otros morirían.

A Yona todavía le costaba ser consciente de la distancia que había entre leer esas frases y que ocurriesen de verdad. Cada vez que se acordaba del guion que estaba redactando el escritor para ese domingo se mareaba. Sin embargo, cuando contemplaba el escenario desde la cima de la torre, le parecía vago y remoto que pronto fuera a ocurrir un terrible incidente en ese lugar. La vida diaria continuaba allí abajo a cierta distancia, equivalente a la altura de la torre.

Sin embargo, cuando descendía por la escalera de caracol hasta la base de la torre y se detenía en el suelo ondulante de arena, todo se le hacía tan real y cercano que sentía que podía tocarlo con las manos. Entonces tomaba conciencia de la realidad, de que estaba en el centro de la vorágine que se aproximaba.

Desde que había emprendido este viaje que no era de placer ni de trabajo, no conseguía conciliar el sueño. Se dormía a duras penas después de interminables cavilaciones, que volvía a retomar antes de despertarse del todo. Cuando salía el sol, recuperaba un poco el optimismo. «Esta gente necesita de los turistas», se decía. Lo mismo se podía decir de Jungle y, sobre todo, de ella. Si aprobaban su trabajo sin inconvenientes, no solo recuperaría su puesto, sino que hasta podría ascender a uno de igual categoría que el de Kim, o a uno en el que él no pudiera molestarla. Al menos mientras duraba la luz del día, se animaba con esos pensamientos esperanzadores.

Pero, a veces, incluso antes de que cayera el sol, llegaban a sus oídos historias de cocodrilos que irrumpían en la playa del complejo turístico y morían atropellados por un camión. El nuevo programa de viaje no traería tantos beneficios a la gente de Mui como creía Yona y sostenía el gerente. Más bien era todo lo contrario. Fue el gerente quien convenció a los isleños, a quienes no les interesaba en absoluto que hubiera turismo, de que debía construirse el complejo turístico. Cuando se terminó y comenzaron a llegar los turistas, fue una gran sacudida para toda la isla. Sin embargo, no duró mucho. Con el tiempo, las

consecuencias fueron diferentes a las esperadas. Algunos confiaban en que podrían disfrutar de mayor abundancia si la isla se convertía en un lugar turístico, pero la vida no mejoró y solo se multiplicaron las restricciones. La playa más hermosa de Mui se volvió de uso exclusivo para los clientes del hotel, de modo que se les prohibió la entrada a los lugareños. Bañarse en el mar y la pesca se permitieron solo en las zonas autorizadas. Si un turista venía a la isla y gastaba cinco mil dólares, apenas llegaba a manos de los isleños el uno por ciento de esa cantidad. El único cambio consistió en que los niños de cuatro y cinco años tuvieron clientes a quienes venderles las pulseras y las flautas que sus padres hacían en casa, pero ahora ya casi no había turistas. Yona se preguntaba a menudo si la solución para la isla era realmente generar un nuevo impulso turístico.

Por fin pudo terminar de dibujar en su cabeza el auténtico mapa de Mui. Lo que había visto en el viaje de seis días y cinco noches era solo una parte de la isla. En las fotos de su cámara todo aparecía de manera continuada, pero entre las que había sacado al principio y las de después había una brecha invisible. No obstante, la verdadera catástrofe no aparecía en ninguno de esos dos tiempos. La catástrofe de Mui no estaba en el pasado ni en el futuro, sino en el presente, y bajo una forma que no podía capturar ninguna cámara. Yona nunca había reflexionado sobre ese tipo de desastres hasta ahora.

La última de las fotos era de Luck. La había sacado en el desierto. Había salido desenfocada, pero no la había borrado. Se quedó mirándola durante un largo rato; parecía que la expresión de Luck se movía ligeramente en la pantalla.

Todavía no había llegado su permiso de estancia, pero estaba claro que Yona ya no era una extranjera. Si no fuese así, era imposible que tantos camiones se dejasen ver ante ella. Los más numerosos eran los camiones amarillos con el logo de Paul.

A veces esos camiones repartían el correo, otras veces transportaban carga y, de vez en cuando, provocaban accidentes de tráfico. Sus

conductores vestían chalecos amarillos y gorros como los que llevaban los que trabajaban en el crematorio. En una ocasión, Yona pudo escuchar el diálogo que mantenían dos hombres que se habían bajado de esos camiones. El contenido de la conversación fue tan natural que no se le había borrado de la mente:

—Me gustaría no tener que trabajar de noche, pero me pongo nervioso cuando no hay trabajo.

—Hay que quedarse pegadito al suelo como una hoja seca mojada por la lluvia, así no te vuelas aunque haya viento.

—¿Como una hoja mojada por la lluvia? No es mala idea, aunque nunca he visto hojas secas por aquí, ja, ja, ja.

Después de que los dos hombres se subieran a los asientos de conductor y copiloto, el camión amarillo salió a toda velocidad. Esa noche le llegaron noticias de dos accidentes de tráfico ocurridos en la carretera de circunvalación de las inmediaciones del hotel. Los habitantes de la isla comentaban lo frecuentes que eran los accidentes de tráfico allí, pero no todos eran fortuitos. Era fácil darse cuenta de ello si se les prestaba un poco de atención, por eso Yona trataba de no involucrarse demasiado.

La llamada de Kim llegó cuando el nuevo programa de viajes de Mui ya estaba casi listo. Dijo que acababa de recibir el informe de lo ocurrido a través de la guía, Lou. Yona estaba segura de haberle contado por teléfono que se había quedado separada del grupo durante el viaje de vuelta, pero Kim le preguntó si se encontraba bien, como si se hubiera enterado de todo en ese mismo momento.

—De todos modos no renovaremos el contrato con Mui, así que será mejor que dejes todo y vuelvas a Corea cuanto antes. ¿Se puede saber qué estás haciendo allí? —preguntó Kim con aire de cansancio.

—Mi escritorio sigue en su sitio, ¿verdad?

Se lo había dicho en tono de broma, pero Kim se enfadó:

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Las cosas no están bien en la compañía. Es por culpa de Paul, así que vuelve rápido. Quiero imaginar que has hecho algo más que descansar. Tendrás que venir con alguna idea nueva.

Las casas de los alrededores del desierto de arenas rojas, las callejuelas derruidas, las caras inexpresivas de los habitantes de Mui detenían a Yona, pero Kim venía tras ella. La llamada le sonó amenazante y volvió a recordarle la razón original por la que decidió quedarse en la isla. Después de esa conversación, trabajó a toda velocidad para terminar el paquete turístico que estaba preparando. Se prometió a sí misma que no dejaría que nadie se lo quitara. Por fin, decidió el nombre del viaje: «Mui en domingo». Era un viaje de siete días y cinco noches.

Allí, en los confines del mar, algo negro flotó ondulante y después se sumergió.

6

A LA DERIVA

Bañarse en el mar era algo totalmente nuevo para Yona, ya que, hasta entonces, solo había nadado en piscinas desinfectadas con cloro. Sin embargo, se quitó de un tirón la camiseta y se zambulló en el mar nocturno. Luck estaba un poco más adentro, contemplando en silencio la cabellera de Yona dividida en gruesos mechones mojados. Parecían crines de caballo, y la luna los peinaba con luz suave. De pronto, ella se acercó a Luck, nadando con la placidez de un animal marino. Avergonzado por haberse quedado mirándola, cerró los ojos.

—Tienes los párpados cerrados… —dijo Yona, tocando los ojos de Luck en el instante en que la noche alcanzaba su punto culminante—. ¿Quiere decir «No molestar»?

Los dedos mojados resbalaron de los párpados de Luck a sus mejillas y labios.

—¿De verdad significa eso? —insistió Yona.

Luck continuaba en silencio.

—Vamos, dime, ¿por qué tienes los ojos cerrados?

—Porque si los abro te veré muy de cerca.

En el momento en que iba a abrir los ojos, Yona posó sus labios sobre sus párpados. Fue un roce ligerísimo y ella se apartó levemente enseguida. Luego fueron los labios de Luck los que se posaron por un instante en su cuello para apartarse enseguida. Así estuvieron durante un tiempo, sin poder abrir los ojos ni cerrarlos, sin poder besarse con detenimiento. Yona anhelaba abrazar con fuerza el cuerpo mojado de Luck y responder a sus labios ásperos y a su lengua tímida. La

respiración de ambos se hizo cada vez más rápida y jadeante, pero las olas ocultaron la escena. Se quedaron quietos y lo único que se agitó a su alrededor fue el mar.

Luck se marchó después de que Yona entrara en su bungalow y se apagaran las luces. Ella se quedó pensando en la habitación a oscuras. Recordaba la respiración agitada de Luck cuando se había pegado contra él, cuando le había transmitido todo el peso de su cuerpo. Quizá Luck estuviese sentado en ese momento en algún sitio desde el que contemplara su habitación. Decidió encender de nuevo las luces del bungalow. Apretando el botón del mando a distancia, hizo que los párpados se abrieran. Un rato después, oyó que alguien llamaba a su puerta. Era Luck. El trocito de vista al mar que se veía desde el complejo turístico endulzó la charla que tuvieron con el sonido de las olas como telón de fondo. Las olas iban y venían con el ritmo de una canción de cuna.

Las cortinas del bungalow se mantuvieron cerradas hasta la mañana siguiente. Yona se durmió profundamente con la señal de los párpados cerrados, como si quisiera quedarse en ese estado para siempre. Cuando se despertó sintió un apetito voraz.

—No me lo esperaba de usted, Yona —le manifestó con ironía el escritor cuando se lo encontró en el restaurante del hotel—. El muchacho ese está despedido.

Haciendo caso omiso de sus palabras, Yona caminó hacia el vestíbulo.

—Ha abusado de una mujer coreana; esto no puede quedar así.

—¿Se puede saber de qué está hablando?

—Lo vi todo con mis propios ojos. Fue por pura casualidad. Estuve a punto de irrumpir en su habitación, pero no lo hice porque me pareció que era consentido. Como sea, será mejor que lo pare ya.

—Él no abusó de mí.

—Entonces ¿usted le pagó? ¿Ese tipo lo hizo por dinero?

—¿Hay algún problema con que dos enamorados estén juntos?

—¿Enamorados?

—Una mujer de Seúl y un hombre de Mui… ¿Hay alguna ley que

diga que solo pueden hablarse? Las noches de Mui son aburridas, ¿qué problema hay con que dos enamorados pasen la noche juntos? ¿No le parece natural desde el punto de vista de su guion?

El escritor parecía sorprendido. Abanicándose con el manojo de papeles que tenía en la mano, dijo:

—Se ha filtrado mi guion entonces. ¡La seguridad en esta isla es un desastre!

—Señor Hwang, no hacía falta que me engañara a mí también. No me dijo que yo aparecía en él.

—No tengo la obligación de informarle de nada. Quería incluir una historia de amor, pero, como desde arriba se están entrometiendo todo el tiempo en la función de cada personaje, aún tenía algunos papeles que no había podido adjudicar. ¿Cree que lo hubiera hecho si la perjudicara? Aunque la existencia de este guion saliera a la luz algún día, usted tiene un papel casi protagonista; se convertirá en una gran heroína.

Había llegado el momento de entregar el plan del viaje y esa era la mejor manera de certificar su trabajo. Si en el guion del escritor aparecía como la programadora de viajes, era la prueba irrefutable de que ella había elaborado el paquete turístico. Ahora estaba segura de que nadie le robaría el trabajo realizado. Considerándolo desde ese punto de vista, no le perjudicaba en absoluto aparecer en ese guion.

—Las cosas están progresando tal como las escribió. ¿Qué tiene de malo lo mío con Luck?

—Suele ocurrir cada tanto. Me refiero a que, a veces, se confunde la realidad con la ficción en el desarrollo de una actuación. Ese es su caso. Pero ¿por qué precisamente él? ¡No es para usted!

El gerente les pidió a ambos reunirse en su oficina, así que se dirigieron allí. El hombre apenas podía reprimir su desasosiego. La noche anterior se había producido un terremoto de ocho grados en la escala Richter no muy lejos de Mui. No llegó a afectar a la isla, pero sí al ánimo del gerente. Su inquietud se debía a la ayuda para la recuperación de desastres que se otorgaba en la segunda mitad del año. Le preocupaba que esa otra isla, que había quedado en ruinas por el

terremoto, se convirtiera ahora en la candidata con más oportunidades de recibirla.

—Hace tres años ese lugar ya recibió la asistencia del programa de recuperación. Si esta vez vuelve a salir elegido, todo nuestro trabajo habrá sido en vano.

La desgracia ocurrida en la isla vecina fomentaba el espíritu de competitividad de Mui. Cuando el gerente se enteró de que las pérdidas humanas causadas por el terremoto en esa isla ascendían a doscientos muertos, ni siquiera se pudo sentar. Desplegó y cerró repetidas veces el mapa y corroboró varias veces con el escritor y Yona que todo se desarrollaba sin problemas. El plan del primer domingo de agosto era lo único que podría rescatar al gerente de su desasosiego. Volvieron a revisar los detalles entre todos, pero las noticias sobre este nuevo terremoto coincidían en buena medida con lo que habían ideado y, finalmente, terminaron por sobrepasar las dimensiones de sus planes. En comparación con el verdadero desastre ocurrido en la isla vecina, la confabulación ideada por ellos parecía una obra de teatro mala.

El gerente apagó las imágenes del informativo y abrió una botella de whisky. Fuera caía de nuevo una lluvia copiosa y, dentro, el ventilador que colgaba del techo se movía con la regularidad de un péndulo. La luz era ligeramente amarillenta, como chamuscada, y esa luz, junto con el alcohol, los fue emborrachando. Yona estaba sentada debajo del ventilador y enfrente del gerente y del escritor. El gerente estaba nervioso y el escritor, que había parloteado excitadísimo, se quedó callado cuando se le subió el alcohol a la cabeza. En cambio, extrañamente, Yona se sentía tranquila, pues el terremoto desatado en la isla vecina era una manifestación de la verdadera realidad. Comparado con ello, Mui era una sombra de la que nada se podía afirmar. Inmersa en esa sombra, Yona les pidió que no agrandaran las dimensiones del plan.

—Mejor no siga bebiendo —le dijo el gerente, retirándole el vaso—. Tiene que pensar que, así como hay gente que pierde la vida por los socavones, también hay gente que vive gracias a ellos. Y la gente viva supera con creces a los muertos.

Agregó que esto era una especie de bote salvavidas; que no era cuestión de que se quedaran todos dentro del barco que se hundía para que la cosa fuera equitativa, sino que debían salvarse los que pudieran. Por esa razón, siguiendo el típico argumento de las teorías conspirativas, había que sacrificar a la minoría por el bien de la mayoría. Como cuando se recortan los brotes de la patata o se extirpan las balas incrustadas en la carne, había que renunciar a una parte para poder conservar el resto. Sin embargo, ¿quién querría formar parte de esa minoría?

La gente se volvía infinitamente honrada y valiente frente a los desastres del pasado, pero la cosa cambiaba cuando se trataba de aquellos que se desarrollaban en el presente. O bien no tomaban conciencia de que se trataba de una catástrofe, o bien permanecían como espectadores o agravaban la situación a pesar de ser conscientes. El socavón a punto de abrirse no se encontraba en el desierto, sino allí donde no era visible.

Las escenas del atropello cometido por el camión que presenció Yona se repetían en sus sueños. No quería ver la cara del conductor ni del muerto, pero, impelida por una gran presión, no tenía más remedio que levantar la cabeza y mirar de frente tanto al asesino como al cadáver. Sin embargo, en el instante en que estaba a punto de verles la cara, se despertaba de la pesadilla.

—¿Estás bien? —le preguntó Luck.

El cielo nocturno de Mui los envolvía a ambos. Más allá de que la programación del viaje se desarrollara con rapidez y sin contratiempos, un sentimiento de culpa perseguía a Yona todo el tiempo, ya que a veces olvidaba que la Mui que le mostraba Luck era la misma que ella estaba «cocinando». A medida que compartía más ratos con él, empezaba a tener más cuidado con todo lo relacionado con la isla. Solo podía escapar de toda esa confusión cuando estaba con Luck. Fue él quien la llevó al bosque de manglares.

—Es un bosque que cura.

—No me imaginaba que pudiera ser tan grande.

—La entrada es estrecha, pero dentro hay todo un mundo.

Subieron a un bote y entraron en el bosque de manglares. Era el único lugar de la isla a donde no podían llegar los camiones de Paul. Los árboles crecían muy espesos y se asemejaba a un pantano. Lo único que podía desplazarse entre los árboles era una canoa muy angosta. Conversaron y pasaron la tarde allí. Como si fueran a ser devorados por el tiempo si se movían, permanecieron abrazados sin hacer el más mínimo movimiento.

Esa misma noche, cuando Yona regresó al bungalow y acababa de darse una ducha, alguien llamó a la puerta.

—Soy yo.

Abrió preguntándose quién sería. Era una mujer. Llevaba el rostro medio tapado por un sombrero, como si hubiera venido a verla a escondidas. No la conocía, pero su rostro le resultó familiar. La dejó pasar dentro. Despedía un olor misterioso. La mujer le tendió un manojo de papeles, que resultó ser el guion del escritor. ¿Qué sabía ella? Le hubiera gustado ver mejor su rostro, pero solo distinguía su boca por debajo del sombrero. Por alguna razón desconocida, le resultaba desagradable. Le devolvió el manojo de papeles.

—Discúlpeme, pero el guion es dominio del escritor. No es mi trabajo.

La mujer se esforzaba por adivinar la reacción de Yona. Afortunadamente, la habitación estaba un poco oscura y la suavidad de la iluminación ocultaba en gran medida su semblante. La mujer se quedó mirándola fijamente. En sus ojos había nerviosismo y también ansiedad.

—Si no es algo urgente, ¿podríamos hablar por la mañana? Es que ahora estoy muy cansada —se disculpó Yona.

En el instante en que se dio vuelta, la mujer la agarró del codo. Fue un movimiento áspero e invasivo, como las raíces de una higuera estranguladora.

—Todavía no lo ha leído entero, ¿verdad? Léalo, por favor —la apremió.

Yona se volvió hacia la mujer. Pudo ver brevemente sus ojos. Eran grandes y marrones. Y estaban humedecidos.

—Nadie debe saber que estoy aquí, pero tenía que venir.

—¿Qué quiere decirme?

—Si lee el guion, lo sabrá. Esto no es normal. Hay que impedirlo antes de que ocurra. ¿No ve que será una matanza?

—Hable con el gerente.

—Usted tiene que saberlo.

—No la conozco. ¿Por qué debo creerle?

—Esto es una matanza y usted es una de los autores.

Entonces, Yona quiso tirarle lo primero que tuviese al alcance de la mano. Era un almohadón que estaba en la cabecera de la cama, pero pesaba como un saco de piedras y se cayó al suelo antes de siquiera tocar a la mujer. Yona sentía una furia incontrolable. La mujer le resultaba detestable.

—Por lo que tengo entendido, hay gente que se ha ofrecido para hacer todo esto. Y esa gente recibirá una paga por su actuación. Esto incumbe a aquellos que se han ofrecido y a los que los han contratado. ¡No hay nada que nosotros podamos hacer! —exclamó Yona.

—¿A quién se refiere con «nosotros»?

—Me refiero a mí. ¡No hay nada que yo pueda hacer!

Yona miró a la mujer y esta le devolvió una mirada llena de sorna y de desprecio.

—Si lee el guion, se dará cuenta de todo —repitió una vez más la mujer—. Han asignado papeles a personas que no lo habían solicitado, a gente que ni siquiera sabe que tiene un rol en todo esto. ¡Lo que quiero decir es que hay personas incluidas en este maldito teatro aunque no quieran! Desde Cocodrilo 70 hasta Cocodrilo 450, todos morirán como perros. Ni siquiera tienen texto. No tienen que ensayar nada y basta con que simplemente mueran. El papel de todos esos Cocodrilos es simplemente morir, aunque estén vivos. ¿De verdad no entiende qué significa todo esto?

—Son Cocodrilos, ¿cómo van a tener texto?

—¿No sabe quiénes son los Cocodrilos? ¿Todavía no comprende qué

significa esa palabra?

Yona miró hacia otro lado. Por supuesto que sabía quiénes eran los Cocodrilos. Era la gente que vivía más allá del desierto de arenas rojas, en la zona donde estaba el cartel de precaución contra los Cocodrilos; la gente que tanto fastidiaba a Paul. Allí ya no los había, pero se llamaba así a la gente que iba y venía con sus casas lacustres. El gerente manifestó repetidas veces que esa zona necesitaba una reestructuración. Los Cocodrilos llegaban en masa en la época de lluvias ocasionando todo tipo de problemas y cada año eran más.

«Mui es pequeño para acoger a todos los Cocodrilos, como bien sabe. Además, son peligrosos», había dicho el gerente.

Pero el hombre había hablado en inglés, una lengua que no era la suya, por eso Yona de alguna manera se había desentendido. Pero ahora alguien estaba rompiendo el silencio y la obligaba a escuchar la verdad.

—Pero ¿por qué me está diciendo todo esto?

—Usted debe saber cuáles son los planes del gerente, cómo se llevará a cabo esa gran matanza. Tiene que detenerlo.

—No sé de qué me habla.

—Uno de los párrafos dice así: «Tengo entendido que eran alrededor de trescientas las personas que llegaban con las lluvias y se marchaban luego en la temporada seca. Para ellos, Mui debió de ser como su hogar. Es realmente doloroso y lamentable. No me lo puedo creer. Conocía a una niña muy cariñosa que vivía allí».

—¿Qué hace?

—Leo una de las intervenciones. Esos Cocodrilos recibirán trato de personas solo cuando se mueran. ¡Serán sacrificados para crear la terrible tragedia de Mui! ¿No conoce esa parte?

—No, no la conozco. ¿A quién pertenece? ¿Y por qué voy a creerle?

—Es el discurso que se me ha asignado. ¿Ahora me cree?

Los Cocodrilos no tenían texto, eso era todo lo que sabía. No tenía la menor idea de que serían masacrados. En realidad, tenía miedo de llegar a saberlo.

—Lo siento, pero no es algo en lo que pueda inmiscuirme o hacer

algo.

La mujer negó con la cabeza.

—¡Sí que puede!

—¡Por favor, váyase!

—Yona, he tenido que armarme de valor para venir hasta aquí —dijo la mujer, hablando a sus espaldas—. Lo que me disgusta es que soy partícipe de este asunto. Claro que al principio no sabía que llegarían a algo así. Los agujeros que veo ante mí se han ensanchado mucho más de lo planeado y siguen agrandándose sin control. Estoy arrepentida. Espero que usted haga lo correcto, se lo digo de corazón.

Yona empujó a la mujer hacia la puerta, pero, cuanto más la empujaba, más se resistía esta. Logró echarla a duras penas, y se mareó por la iluminación del complejo turístico, que entraba a raudales por la puerta. Cuando se quedó sola, no pudo dejar de pensar en esos agujeros que se agrandaban más de lo planeado y fuera de todo control.

Cuando al día siguiente abrió los ojos, después de pasar casi toda la noche en vela, el ventilador del techo parecía que colgaba unos palmos más bajo. Quiso ir a desayunar cuanto antes y decidir cómo quería los huevos. Últimamente, el escritor casi no desayunaba. Después de comer sola, cruzó el extenso jardín totalmente vacío y volvió al bungalow. Cuando estaba comenzando a convencerse de que lo ocurrido la noche anterior había sido solo un sueño, vio el guion sobre la mesa. Lo cogió y lo tiró al cubo de la basura. Todavía no había visto el plan completo. Solamente sabía cómo terminaba, pero hacía tiempo que el contenido del guion se le escapaba. Cuanto más se daba cuenta de lo poco que sabía, menos quería pensar en ello.

En el plan completo, nadie tenía que acuchillar o empujar a otros a los socavones. Simplemente a los que sacrificarían no contaban con ninguna información. Fuera como fuera, el resultado era que muchísima gente terminaría sepultada en los agujeros. Todos callaban sobre ese punto. Tal como dijo la mujer de la noche anterior, sería una masacre, pero no habría ningún responsable. La división de tareas era

absoluta, por lo que cada uno se concentraba únicamente en la labor que le había sido encomendada. Lo mismo se aplicaba a ella. Al principio le impactó mucho conocer la modificación del plan, pero, cuando transcurrieron unos días, el sentimiento se suavizó. Pensaba a menudo en la trama general del asunto, sin embargo, la conclusión a la que llegaba, para consolarse o justificarse, era que lo único que podía hacer ella era poner en marcha el paquete turístico cuando todo acabara. Si alguien le hubiera pedido que empujara a la gente a los hoyos, se habría negado de pleno y no habría querido saber nada. Sin embargo, como no tenía que hacer nada de un modo directo y concreto, se quedó de brazos cruzados y, al irse acostumbrando, se volvió insensible al alcance que tendría el desastre.

Los sueños la transportaban a otro mundo: al mundo inmediatamente anterior a que todo estuviera listo; al mundo que sería destruido cuando todo sucediera; al mundo en el que el hombre de talla XXL se repartía con su novia la parte de las paredes que podía pintar cada uno; al mundo en el que el perro debajo de la hamaca cabeceaba adormilado, el niño ensayaba su llanto y la vieja moto corría por caminos que no eran caminos.

También sabía que no eran solo sueños. En un rincón de Mui habían fabricado un gigantesco set de rodaje. Era una recreación tan perfecta del mundo real que no parecía tal. Yona se metía en el set. Allí estaban el pintor y su novia mayor que él. Los veía de espaldas y había unas cuantas cámaras detrás de ellos, pero la escena era muy similar a la imagen que había creado en su mente al escuchar las historias de Luck. Era el mundo de Luck, aunque ahora también era el suyo. Ese mundo iba a derrumbarse muy pronto como las fichas de un dominó. Y esa ficha, que al principio creía que no tenía nada que ver con ella, estaba ahora ante sus propias narices.

El guion seguía en el cubo de la basura. Hubiera querido que se esfumara, pero seguía en su sitio sin que nadie lo hubiese tocado. Lo cogió de mala gana y leyó una historia que no se esperaba. Mientras ella volvía a Corea, encontrarían el cuerpo de Luck en el socavón 1. Era el final de Luck, pero también el suyo, que lanzaría un grito

desgarrador tras perder a su amado.

—En mi guion, el amor tiene los días contados. ¿No se lo imaginó? ¿Para qué iba a incluir una historia de amor sin un final trágico? —repuso el escritor con impaciencia.

Agregó también que nunca había escrito una historia con final feliz, simplemente porque jamás se lo habían pedido los que solicitaban sus servicios. Yona quiso retener al escritor con un gesto apremiante.

—Es su guion, así que puede cambiarlo como le dé la gana. ¿Quiere matar a Luck? ¡Estoy segura de que no!

—Yo no soy capaz de matar una mosca. De hecho, ¿quién quiere matar a nadie? Pero soy un escritor contratado. En este sistema de división del trabajo, mi parte termina aquí.

Eran como los eslabones de una cadena alimenticia. Por encima del escritor estaba el gerente y por encima del gerente estaba Paul, oculto.

—En ese sentido, usted tampoco está libre, Yona. Le dije desde el principio que su historia con Luck no era posible, ¿no? Olvídese de él… ¡Eh, Yona!

Esta corrió en dirección a la oficina del gerente. Si por encima del escritor estaba el gerente y por encima de él estaba Paul, era capaz de ir a ver a Paul con tal de salvar a Luck. Pero si Paul le señalaba a otro que estaba encima, ¿tendría que dirigirse a él? ¿Y quién estaba detrás de Paul controlándolo todo? Estaba atardeciendo y el gerente no se encontraba en su oficina.

Divisó a lo lejos a la mujer que la había visitado la noche anterior. No podía ver su cara, pero su mera presencia le intimidaba. Entró a su bungalow y sacó del cajón el documento del paquete turístico que estaba programando. Modificarlo era lo único que estaba en sus manos.

Agregó el bosque de manglares al nuevo programa. Lo dejó dispuesto de tal modo que pudiera clasificarse como una excursión ecológica. No había nadie que conociera mejor el ecosistema del bosque de manglares que Luck y así lo dejó manifiesto.

—¿Luck? ¿El que trabaja en nuestro complejo turístico?

El gerente se mostró algo perplejo ante el inesperado cambio, pero Yona le explicó que todo lo que sabía Luck sobre las viejas leyendas y la naturaleza de Mui era esencial para el nuevo viaje de Jungle.

—Veo que el papel de Luck se ha vuelto muy importante.

Yona bajó la cabeza para que el gerente no pudiera percibir su expresión.

—¿Qué es lo que quiere realmente? —preguntó el hombre, como si adivinara sus intenciones.

Al oír la pregunta, Yona no pudo seguir ocultando sus sentimientos. Pensó que quizá el gerente pudiera modificar el plan y terminó por contarle todo. Le rogó que no tocaran a Luck, que no quería que muriera mientras ella volvía a Corea, que no quería un final así.

El gerente se quedó mirándola durante un buen rato, sorprendido.

—Entonces habrá que cambiar bastante el guion. ¿No le importa?

Yona negó con la cabeza. El ochenta y un por ciento de las calamidades que habían asolado al mundo en los últimos diez años habían sido inundaciones y tifones, pero los que habían provocado la mayor cantidad de muertos habían sido los terremotos. Sin embargo, todo eso no había sido más que trabajo. La mayor catástrofe que se cernía sobre ella en ese momento eran sus propios sentimientos, que notaba a flor de piel, como una bomba a punto de explotar. No quería que el gerente lo descubriera. Mui era una jungla que no se diferenciaba en nada de la que había dejado atrás, pero no le quedaba otra opción.

Ya estaban en la primera semana de agosto, y ya casi había llegado domingo. A medida que se acercaba ese día, el peso de su corazón iba en aumento. Apoyada sobre el tronco de la higuera estranguladora, trataba de aliviarse de la pesada opresión. A medida que se iba haciendo de noche, la pesadez se transformó en un agobio insoportable. La primera vez que estuvo allí con Luck también había sentido miedo debajo del árbol, pero ahora pensaba que, no había sido miedo de verdad; entonces no tenía nada que perder ni que proteger. El miedo que sentía ahora era diferente. Era una especie de tristeza. No era un miedo que le produjera escalofríos en la espina dorsal, sino una tristeza

que le estrujaba con suavidad y sin descanso el corazón. Tal vez había intimado más de lo necesario con Mui.

Lo importante era que Luck estaría lejos del escenario del desastre. El gerente le había prometido que lo enviaría a Vietnam. Ahora podía respirar tranquila. Era como si se hubiera vuelto a abrir la ventanilla de su cabeza.

La moto frenó delante del desierto. Yona le dijo a Luck que su trabajo allí había concluido. La tarea de reconocimiento de la isla ya había terminado y Luck sabía de sobra que llevaban un tiempo volviendo una y otra vez sobre los mismos lugares de la pequeña isla.

—¿Ahora volverás a tu país? —le preguntó Luck.

—Probablemente. ¿Quieres venir conmigo? —le propuso Yona sin darse cuenta. Las palabras salieron de su boca antes de que su cabeza lo permitiese. Por supuesto, eran sinceras. Sin embargo, era muy probable que Luck no pudiera marcharse de Mui.

Solamente habían pasado tres semanas juntos y Yona no estaba del todo segura de lo que quería. Aunque se fueran a Corea juntos, ¿qué harían luego? Tenía miedo. Una lluvia de estrellas se desplazaba por el firmamento. Las palabras que acababa de decir retumbaron en sus oídos como un eco.

La torre sin terminar se elevaba sobre el desierto como un faro. Del mismo modo que la luz de una linterna no llegaba a los pies de la torre alumbrando desde arriba, tampoco alcanzaba la cima alumbrando desde abajo.

—Los científicos han logrado sacar imágenes del cerebro. ¿Las has visto? —preguntó Luck, en medio de la densa oscuridad.

—Me parece que no.

—Yo sí. Cuando pensamos, ocurren muchos cambios en el cerebro. La foto que capturó ese instante muestra algo muy parecido a un árbol de Navidad. Las luces se encienden y se apagan sin cesar. Titilan de un modo deslumbrante.

—¿Has visto alguna vez un árbol de Navidad? Mui es un lugar

demasiado caluroso para festejarla.

—¿Y dónde no existe la Navidad? —dijo Luck riéndose—. En realidad, la primera vez que vi uno fue cuando se abrió el complejo turístico. Lo que sí he visto a menudo son las estrellas. Ahora que lo pienso, la imagen del cerebro se parece mucho a este cielo nocturno sobre nosotros. Es como infinitas estrellas blancas refulgiendo sobre un fondo oscuro.

Yona alzó la mirada hacia Luck y se le llenaron los ojos de lágrimas cuando le oyó decir con voz temblorosa:

—Cuando te recuerde, Yona, las estrellas brillarán de ese modo dentro de mi cabeza. Ni tú ni yo podremos verlas, pero seguro que resplandecerán de esta manera.

Era una madrugada silenciosa en la que millones de cactus, erectos en áspero relieve según el ángulo de la luz, elevaban sus brazos hacia el cielo cargado de estrellas. Luck extendió la mano para coger su camiseta y la manta que los cubría se cayó al suelo. Metió la cabeza en el cuello de la prenda. En ese breve instante en que su rostro quedó oculto, sus ojos se llenaron de lágrimas. Al despuntar la mañana, su cara se tiñó de azul. En un murmullo apenas inteligible, le dijo a Yona que la echaría de menos.

Así comenzó el día en Mui. Fue la última vez que estuvieron juntos.

En Mui, las cosas se desarrollaban de acuerdo con el plan. Como si la tensión se hubiera contagiado a la tierra y al mar, las redes atrapaban cantidades insólitas de peces. Sorprendidos por la inesperada bonanza, los pescadores lo festejaron. Hasta las calles se llenaron de bullicio por la gente que iba de aquí para allá empujando carretillas repletas de pescado. Además, se veían personas instalando cámaras de circuito cerrado en la torre del desierto y en algunos tramos de la carretera como si fueran adornos navideños. También se multiplicaron los dispositivos de alarma. Si bien todo se desarrollaba según lo planeado, surgieron algunos problemas menores debido a que habían desaparecido varias personas. Nadie sabía qué había pasado con ellas,

si se habían muerto o marchado de la isla. Quedaron entonces vacantes los roles del Hombre 11 y las Mujeres 15 y 16. Pero, como no era una maquinaria que se fuera a detener porque faltaran algunos engranajes, otros ocuparon esos lugares vacíos enseguida.

Yona fue testigo de varios accidentes de tráfico más, pero ya no le impactaban tanto como la primera vez, excepto por el hecho de que las caras de las víctimas le eran familiares. La mujer que había ido a verla al bungalow y había insistido sobre los Cocodrilos estaba entre ellas. Incluso después de presenciar cómo la atropellaba un camión amarillo, no podía afirmar si había sido un sueño o algo real. Pero su silueta dando vueltas se había dejado de ver por el complejo turístico, por lo que sin duda había desaparecido.

Esa mujer tenía permiso para frecuentar la habitación del gerente por las noches, pero otra persona cumplía ese rol ahora.

«Es cuestión de soltar a los Cocodrilos. Con un buen cebo, seguro que se reunirán todos. ¡Claro que lo harán! Ellos solo quieren una cosa: el permiso de estancia», le había dicho el gerente. Y eso era lo que quería averiguar la mujer: cómo atraerían a los Cocodrilos a la muerte.

Todo lo que el gerente le comunicaba iba tomando la forma de un enorme rompecabezas en la mente de Yona. Se esforzaba por desentenderse del contenido de ese guion, pero el primer domingo de agosto se le aparecía constantemente en sueños. Soñaba que, al congregarse los Cocodrilos dos horas antes de la fiesta de los deportes, excitados porque les iban a dar por fin el permiso de estancia, el suelo bajo sus pies se hundía como si cayeran al infierno.

Pero no era una pesadilla, sino una realidad que ocurriría en pocos días.

El único momento en que podía aligerarse del peso de esa realidad era cuando pensaba en Luck. Por supuesto, no era un alivio perfecto, ya que cuando se acordaba de él también le venían a la memoria los Cocodrilos.

Yona se tranquilizó mucho el día que el gerente le comunicó a Luck que iría a Vietnam. Luck volvería cuando todo hubiera acabado. Sin embargo, la paz no le duró mucho. Como si fuera el reemplazo de un

engranaje faltante, le llegó una carta, pero no era el permiso de estancia que tanto esperaba. Dentro del sobre de fondo amarillo y logo blanco de Paul, encontró una frase totalmente inesperada: «Ha sido contratada como Cocodrilo 75. No le corresponde ningún discurso. El pago de trescientos dólares por su trabajo le será depositado en su cuenta cuando ocurra el incidente».

Yona revisó de nuevo el contenido del sobre. No había nada más aparte de esa frase y no había duda de que la destinataria de la carta era Yona Ko. El corazón le dio un vuelco. ¿Qué significaba que fuera Cocodrilo 75? ¿Era un papel como Mujer 1, 2 o 3? Entonces recordó lo que le dijo la mujer que fue a verla al bungalow:

«Desde Cocodrilo 70 hasta Cocodrilo 450, morirán como perros. Ni siquiera tienen texto. No tienen que ensayar nada. Basta con que simplemente mueran».

Había un error. Era indudable. No estaba esperando un contrato de empleo, sino el permiso de estancia. Su trabajo valía mucho más que trescientos miserables dólares. Y más aún su vida. Como las fichas de un dominó gigantesco, el tiempo se desplomaba en dirección a Yona.

Salió de su bungalow con el sobre y corrió sin paraguas bajo la lluvia. Necesitaba acudir a alguien. Le parecía que todas las personas con las que se encontraba cuchicheaban por lo bajo: «Ella es la Cocodrilo 75». Fue en busca del gerente, pero no estaba en su oficina. La puerta del bungalow del escritor estaba cerrada con llave. Había varias pintadas con insultos en la puerta. Parecía que las personas descontentas con su papel o arrepentidas por el miedo habían ido a buscarlo antes que ella. Era imposible que el escritor le hubiera dado ese papel. ¿Acaso no eran compatriotas? Tenía que haber un error. Ella tenía otro papel y con el nombre de Yona. ¿Cómo podía ser Cocodrilo 75? Llamó a la persona que le encargaba ese rol, cuyo número figuraba en la parte inferior del sobre. Era el Hombre 34 y consiguió contactar rápidamente con él, pero lo que le respondió no le aclaró nada:

—Solamente he recibido la orden de transmitirle su papel. Esa era mi tarea. ¿Que por qué se lo han dado? Eso no lo sé. No es mi trabajo saberlo. Sobre ese plan completo del que me habla, la verdad es que no

tengo idea.

Seguramente todos los que vestían el chaleco amarillo y el gorro con el logo de Paul decían cosas parecidas:

«De lo que ocurre después, no tengo idea. Mi trabajo termina aquí».

«Eso no es de mi incumbencia. Yo solo me encargo de esto».

—¿Hola? ¿Sigue ahí? Le voy a pasar con mi superior.

Pero, de pronto, no le pasaron con Paul, sino con el centro de atención al cliente de Jungle.

«Lo que yo estoy esperando es mi permiso de estancia. Si no me lo quieren dar, me vuelvo a Corea y ya está. ¿A qué viene que me contraten como Cocodrilo 75? ¡Nunca pedí ese papel!». Era lo que pensaba decir, pero todo lo que pudo pronunciar fue:

—¡Quiero volver a Corea!

El ágil golpeteo de unos dedos sobre el teclado de un ordenador se oía al otro lado de la línea. También sonaba el rítmico traqueteo de un datáfono cuando imprime un recibo. De algún modo, todos eran ruidos que serenaban su ánimo. Mientras tanto, la voz al otro lado del altavoz le dijo:

—Como habrá leído en las cláusulas del contrato, no puede interrumpir su viaje.

—A mí no me interesa que me devuelvan el dinero. No necesito nada, simplemente le pido que me ayude a volver.

—Yo tampoco le estoy hablando de la devolución del importe. Lo que le digo es que no puede interrumpir su viaje. Tiene que quedarse allí hasta la fecha que eligió.

—Pero… ¿por qué?

—Porque así lo dicen las cláusulas.

El sonido de las máquinas al otro lado del teléfono le era familiar y al mismo tiempo desconocido.

—Pero, si yo enfermo o surge cualquier otro problema, ¿no puedo suspender el viaje y volver a Corea?

—Usted ha contratado el paquete turístico bajo términos diferentes a los de un cliente corriente. Por lo que veo, está allí en concepto de viaje de trabajo. No ha pagado el importe del viaje. Desde el punto de vista

de la compañía, está trabajando, por lo que no puede interrumpirlo.

—Por favor, ¿puede pasarme con el jefe de equipo Jogwang Kim? Hablaré directamente con él.

—Ha dejado la compañía.

Se quedó en blanco. Lo corroboró una y otra vez, pero la respuesta no dejaba de ser la misma: Kim había dejado la compañía. En cuanto a las razones, no podía informarle sobre ese tema. Se apresuró a preguntar por Lou, la guía, pero estaba trabajando y no podían contactar con ella. Como si se le hubiera caído encima la última ficha de dominó y le hubiera golpeado la sien, declaró a modo de rendición:

—Entonces, yo también dejo la compañía. Renuncio y de ahora en adelante haré lo que yo quiera.

—El reglamento dice que la única manera de dejar la compañía durante un viaje de trabajo es por defunción.

—¡No, por favor!

—Verificaremos las cláusulas para ver si existe otra posibilidad y contactaremos con usted.

Así terminó la llamada. Yona sabía de sobra que no verificaría nada.

Cayó rendida sobre el sofá. Contempló de nuevo el ventilador de techo que la acechaba desde lo alto con sus ocho patas abiertas. Cogiendo el mando a distancia, apretó el botón de «No molestar». Sin embargo, los ojos del bungalow no se cerraron. Apretó varias veces más, pero el control remoto no funcionaba. Ahora los ojos transmitían otra cosa, algo completamente ajeno a sus deseos.

Se quedó contemplando los confines del cielo mientras anochecía. Quizá su vista estuviera empeorando o quizá fuera su estado de ánimo, pero cerró y abrió varias veces los ojos, tratando de leer algo que parecía escrito en el firmamento. Al mirar con más atención, vio que las letras, de por sí confusas, estaban invertidas, como reflejadas en un espejo. Si realmente había algo escrito, no era para que ella pudiera leerlo desde ese lado.

Contemplando esos signos imposibles de leer, empezó a pensar en todo lo que se habían trastocado. La trágica pareja de enamorados del guion era una de ellas. «¿Mi destino cambió cuando le confesé mis

sentimientos al gerente? ¿Era esto a lo que se refería cuando me preguntó si no me importaba que se modificara el guion?», se preguntó, pasándose la mano por el vello erizado del brazo. Sintió un escalofrío en la nuca. El escritor le había dicho que Paul quería una historia de amor trágica. Ella había rogado que no mataran a Luck. «Entonces ¿me eligieron a mí para hacer realidad la tragedia? ¿La decisión que tomaron fue matarme a mí en lugar de a él?». Barajó las numerosas posibilidades en su cabeza. Pero el esfuerzo de alejar todos esos malos pensamientos se vino abajo de golpe cuando la pantalla de la página web que calculaba el día de la muerte apareció en su mente.

En ese preciso momento su vida se estaba acortando. Eso era igual para todos, sin excepciones. Pero ¿cómo podía ser Cocodrilo 75? Le pareció que alguien llamaba a la puerta y el alma se le cayó a los pies. Se acercó y trató de adivinar quién era, pero la persona detrás de la puerta no decía nada.

—¿Luck? ¿Eres tú, Luck?

Sabía que él estaba de viaje, pero de todos modos deseó fervientemente que fuese él. ¿Había abierto ella la puerta o se había abierto sola? No había nadie ante la puerta o quizá estuvieran todos allí. Echó a correr y llegó hasta los pies de la higuera estranguladora. Vio que algo colgaba de sus ramas. Era el zapato supletorio que le había quedado desparejado y había tirado. No entendía cómo había podido llegar hasta allí. Después vio el bloc de dibujo de la niña, los dibujos que había hecho la hija de la maestra. Cuando el viento fue pasando las hojas, le pareció el *storyboard* de una película de animación. El perro viejo que solía estar tumbado, sin fuerzas, se levantaba de pronto y comenzaba a correr. Siguiendo su olfato, se precipitaba por uno de los socavones y luego lo encontraban muerto. Durante mucho tiempo lo recordarían como un animal leal que se lanzó al agujero para salvar a su dueño. Todo se desarrollaba en el bloc de dibujo de la niña como si fuese real. Alguien con el gorro de Paul calado hasta los ojos cerró de golpe el bloc. Cuando levantó la cabeza, vio que debajo del gorro tenía una boca, una nariz y unos ojos iguales a los suyos, tan iguales que le parecieron ajenos. Los párpados con

pliegues, las pupilas marrones y los ojos humedecidos… Ni siquiera pudo pegar un grito. El miedo de verse a sí misma era tan grande que no se percató de lo mucho que temblaba.

—Pregúntale a Paul —dijo una Yona—. Pero sabes que Paul no existe, ¿verdad?

Entonces, a la otra Yona se le aflojaron las piernas y se cayó sentada al suelo. Una Yona se puso a correr entre los árboles y lo mismo hizo la otra Yona. Si no corría, la otra la atraparía. Mientras Yona corría, cientos de cangrejos negros subieron por la playa y los pájaros levantaron el vuelo de los árboles como si salieran despedidos. De pronto, Yona dejó de ser la perseguidora para convertirse en la perseguida. Todo el mundo la miraba. Siendo testigos las palmeras tan altas como postes, los pájaros que se alejaban volando y las bestias que aullaban ocultas, dos pupilas incandescentes arremetieron contra Yona. Lanzando un estruendo ensordecedor, la atropelló con su voluminosa masa. El golpe fue suficientemente fuerte para tirarla al suelo. Cuando las dos pupilas dieron marcha atrás y se abalanzaron de nuevo, Yona consiguió levantar la cabeza, pero lo único que pudo ver fueron dos enormes faros encendidos y llenos de furia. Abrió mucho los ojos y miró al conductor, pero la masa de hierro pasó por encima de su delgado cuello.

El tiempo se detuvo por un instante. Delante de Yona aparecieron dos ventanillas semicerradas que dejaban entrar la luz de la madrugada al interior del avión. Eran dos ojos con los párpados semicerrados, o quizá semiabiertos. Extendió la mano hacia las ventanillas. Estas se alejaron y luego se volvieron a acercar. Yona pensó: «¿En qué punto se torcieron las cosas?». Corría de nuevo por la calle donde colgaban, como pentagramas, los gruesos cables de electricidad. Si trepaba por esos cables que parecían masas de cabellos enredados, atravesaba las callejuelas de Mui y cruzaba el mar, quizá pudiera repetir en sentido inverso el recorrido que había hecho hasta entonces. Tanteaba en su mente en busca de ese punto en el que todo había empezado a ir mal.

Sin embargo, el presente era la continuación de incontables momentos y era imposible encontrar el punto de inflexión. Después de susurrar que ese no era su papel, encontró una inexplicable sensación de alivio al final de toda esa injusticia. Era una suerte que al menos Luck pudiera vivir. Antes no estaba segura, pero ahora ese hecho la calmaba. Sus párpados se cerraban. En algún espacio entre el país extranjero y su propio país, sus párpados transmitían de manera confusa sus deseos. ¿Quería decir que ya estaba preparada para irse y pedía que limpiaran las huellas que había dejado? ¿O quería decir que todavía no se había despertado del todo y la dejaran dormir?

Parpadeó con fuerza, cerrando y abriendo los ojos. El viento cargado de arena soplaba sobre sus mejillas. Así murió Cocodrilo 75.

7

EL DOMINGO DE MUI

El escritor salió de la oficina del gerente, que era el único lugar del complejo turístico donde había conexión a internet. Cuando terminó de escribir el guion durante la noche, lo envió por correo electrónico y comprobó que el pago había sido ingresado en su cuenta. Era viernes. Después volvió a su bungalow pasando de largo por las decenas de pintadas de insultos, bajó los párpados de la puerta y se durmió enseguida. Hacía muchísimo tiempo que no disfrutaba de un descanso reparador. Los dos vasos de whisky que se había bebido antes le ayudaron a conciliar el sueño.

La mañana del sábado, el escritor desayunó en el restaurante, pero no vio a Yona. Al no encontrarla por ningún lado en todo el día, empezó a pensar que algo iba mal. Los párpados estaban cerrados en la puerta de su bungalow y las cortinas estaban corridas. Solo el silencio imperaba en los alrededores, como si todo se hubiera detenido durante la noche. Sin embargo, si se prestaba atención, se podía percibir que todo estaba en movimiento. En la playa había peces fuera del agua por doquier, sin la menor idea de lo que hacían en tierra firme. Los cangrejos negros continuaban subiendo sin descanso a la playa. La línea de la costa se había alejado durante la noche y el fondo del mar había quedado al descubierto de un modo vergonzoso, como si mostrara sus partes íntimas. Por supuesto, hacía tiempo que las olas habían borrado por completo las pisadas estampadas en la arena. El sol brillaba con fuerza y todo lo ocurrido durante la noche anterior se había desinfectado.

Al caer la tarde del sábado, el escritor cerró las cortinas, bajó los párpados del bungalow y comprobó que no se dejaba nada. Salió a escondidas del complejo turístico en la oscuridad de la noche. Fuera lo esperaba un chico que conocía a la perfección la geografía de la isla. Iba a marcharse de allí el domingo por la mañana nada más salir el sol, es decir, dentro de unas horas, a bordo de un bote dispuesto por el Belle Époque. Estaba previsto que los pasajeros fueran dos, pero Yona había muerto la noche anterior en un accidente de tráfico. No le cabía la menor duda de que su muerte no había sido accidental. La muerte de Yona no figuraba en el guion que había escrito, ni estaba planeado utilizar su cadáver como maniquí. La historia se desarrollaba por su cuenta, e iba mucho más lejos que lo que él había escrito. Yona había muerto y Luck lanzaría gritos de dolor. De esa manera, se completaría la trágica historia de amor que Paul quería, aunque no como lo había dispuesto el escritor. En el guion que había enviado solamente figuraba la separación de los enamorados en el desierto:

> Era una madrugada silenciosa, en la que millones de cactus, erectos en áspero relieve según el ángulo de la luz, elevaban sus brazos hacia el cielo cargado de estrellas. Luck extendió su mano hacia su camiseta y la manta que los cubría se cayó al suelo. Metió la cabeza en el cuello de la prenda. En el breve instante en que su rostro quedó oculto, sus ojos se llenaron de lágrimas. Al despuntar la mañana, su cara se tiñó de azul. En un murmullo apenas inteligible, le dijo que la echaría de menos.
>
> Así comenzó el día en Mui. Fue la última vez que estuvieron juntos.

Sin embargo, Yona se había salido del guion. Después de ese último encuentro, Yona y Luck volvieron a verse una vez más. Se acercaba la hora de que él se marchara de viaje y el nerviosismo de Yona iba en aumento. Quizá no tendría otra oportunidad de hablar con él. En su cabeza se encendieron luces brillantes como las de un árbol de Navidad o como las de las estrellas en la oscura bóveda celeste, y el mismo fenómeno se produjo en ese instante en la mente de Luck. Fue invisible a los ojos, pero así ocurrió. Por fin, Luck llamó a la puerta de Yona. Los párpados del bungalow estaban cerrados, pero ella supo que era él y le

abrió la puerta. Luck le dijo que la esperaría en Ho Chi Minh cuando terminara su trabajo, que la acompañaría a coger el avión a Corea, que no estarían separados mucho tiempo.

Después de hacerle la promesa y darle un beso que de verdad parecía el último, iba a salir corriendo, pero Yona lo detuvo. Tenía que decirle algo más, no solamente que lo amaba. Tenía que decirle por qué lo amaba.

El escritor no tenía idea de cuánto del plan le había contado Yona a Luck ni por qué había tomado esa decisión. Lo que sí estaba claro era que la persona que había revelado el secreto estaba muerta y eso era, sin lugar a dudas, amenazador. Lo mejor que podía hacer era marcharse cuanto antes de Mui. Ya habían ingresado el pago en su cuenta, así que era el momento más adecuado.

Llegó la víspera del domingo. El Hombre 1 cargó las cantidades estipuladas de fardos precintados en la parte trasera de los camiones. No sabía lo que había dentro ni tenía ganas de saberlo. Tampoco le convenía enterarse. Era la carga que le había entregado la Mujer 7 y su trabajo consistía en llevársela a los conductores de los camiones.

El Hombre 12 subió al volante de uno de los cinco camiones, los cuales tenían destinos ligeramente diferentes. El Hombre 12 debía ir hasta el hoyo número 1 del desierto de arenas rojas. No sabía qué transportaba en el camión, pero se alegraba de tener trabajo en temporada baja. Su trabajo consistía en descargar los fardos dentro del hoyo. No sabía dónde estaba, pero le dijeron que se lo indicarían en la entrada. Eran las dos y media de la madrugada. La carretera sin farolas estaba oscura, pero el trayecto hasta la entrada del desierto no era difícil. El desierto de arenas blancas, que se encontraba antes del desierto de arenas rojas, lo iluminaba todo. Además, la luz de la luna era particularmente clara esa noche.

Detrás del Hombre 12 conducía el Hombre 16. Este también se dirigía al desierto de arenas rojas, pero se sentía incómodo. Le habían dado demasiado dinero. Le pagaban mucho más de lo normal por

transportar carga hasta la obra de construcción y eso lo puso nervioso. No sabía qué llevaba en la parte trasera. Solo tenía que subir a la hora indicada al camión asignado y conducir el vehículo hasta su destino. El hecho de que varios conductores se dirigieran por la misma carretera que él aumentaba su nerviosismo. ¿Habría estallado la guerra? Le asaltaron todo tipo de pensamientos inquietantes. Al parecer, él y el Hombre 12 conducían hacia el mismo sitio. De repente, el camión del Hombre 12, que iba delante, desapareció de su vista. Luego lo vio volar por los aires y un instante después impactó contra su vehículo. La carretera se despegó y se levantó como si fuera de plástico. Un pitido estridente que rompía los tímpanos comenzó a oírse en todas partes. Era la alarma de emergencia. Nunca antes la había oído. Antes de cerrar los ojos, el Hombre 16 vio cuerpos que se precipitaban como una ola desde el compartimento de carga, pero no supo si provenían de su camión o del camión del Hombre 12. Fue un instante brevísimo, pero vio que esos cadáveres tenían expresiones. Los cuerpos caían como piedras. Pertenecían a personas que quizá había visto hacía mucho tiempo, a algunas que seguramente conocía de algo y a otras que desconocía por completo. Algunos rompieron los cristales del camión y cayeron dentro de la cabina.

Los dos camiones rodaron al mismo tiempo. La carretera por la que iban se desdibujó y las olas se abalanzaron sobre la tierra. El Hombre 2, que aún dormía en el pueblo, se despertó sobresaltado por la alarma. Miró el reloj colgado en la pared. Eran las tres de la madrugada. Todavía faltaban varias horas para la fiesta de los deportes. Trató de volver a conciliar el sueño, pero fue incapaz de dormir. Estaba excitado, sentía una mezcla de tensión y miedo.

Desde que había recibido su papel, el Hombre 2 no dejó de reflexionar un solo momento sobre si era bueno o no saber cuándo iba morir. Su padre había fallecido después de estar enfermo toda su vida y su madre estaba recorriendo el mismo camino. Morir por falta de dinero para comprar medicamentos parecía ser la maldición hereditaria de su familia. Sabía que dentro de unas horas moriría sepultado, pero no estaba seguro de si ese era su destino o lo que él mismo había

elegido. Solicitó ser una de las víctimas porque tenía una buena razón para morir. No tenía otra alternativa, así que quizá ese fuera su destino desde el principio. Le ingresarían cuatro mil dólares en su cuenta cuando comenzase la fiesta de los deportes. Era mucho más de lo que daban cuando alguien se moría en un accidente de tráfico. De hecho, aquel era el papel mejor pagado de todos los asignados. Con ese dinero, el resto de la familia podría poner fin al historial familiar de muerte por falta de medicamentos. Al menos, su madre y sus hijos, porque su esposa se había marchado hacía tiempo a un país extranjero y no sabía nada de ella. Si ella estuviera a su lado, quizá las cosas habrían sido diferentes, pero no tenía ningún sentido hacer ese tipo de suposiciones.

El Hombre 2 comenzó a afeitarse. Su papel requería de cierto grado de actuación, pues, instantes antes de morir, su imagen quedaría grabada en las cámaras de circuito cerrado que había en las inmediaciones de la torre. Quizá era por eso que la muerte no le parecía tal, sino solo un juego. Se sintió invadido por sentimientos encontrados. Dejó de afeitarse y, mirándose al espejo, hizo un recuento de lo que debía hacer dentro de unas horas. Su misión consistía en lanzarse al socavón número 1 del desierto de arenas rojas al volante de un vehículo todoterreno. El agujero era tan grande y profundo que las probabilidades de morir si caía dentro, incluso conduciendo una gran máquina como la suya, eran altísimas. Sin embargo, podía ocurrir que sobreviviera de milagro. Si tenía semejante suerte, podría seguir viviendo, además de recibir los cuatro mil dólares. En ese caso, le correspondían varias líneas de diálogo. Trató de repetirlas, pero al no acordarse bien, se enfadó consigo mismo. ¿Cómo podía haberse olvidado de lo que tenía que decir si sobrevivía? Era incomprensible y se puso furioso.

Ese trabajo era una gran oportunidad. Si no hubiera sido porque era amigo del gerente del complejo turístico, ni siquiera se habría enterado. Era lo que había elegido, así que no comprendía la sensación de injusticia que lo invadía. A lo lejos seguía sonando la alarma. Era muy extraño, ya que el evento escolar estaba programado para las ocho de la mañana. Puso la mano sobre el pomo de la puerta para salir de su

casa, pero algo la abrió antes que él. También se abrieron sus ojos, su nariz, su boca y todos los agujeros de su cuerpo porque una gigantesca masa de tierra, o quizá de agua, le entró por esos orificios. Un ruido atronador como de chatarra, o quizá una ola o quizá el viento, apagó el alarido que lanzó el Hombre 2.

Los gritos resonaban desde todas las casas como ecos. Al derrumbarse los techos y hundirse los suelos, las viviendas se precipitaron bajo la línea del horizonte.

La Mujer 5 pasaba la aspiradora. No era normal que pasara la aspiradora a las tres de la mañana, pero ese día no era un día cualquiera. Había decidido dejar marchar a su hijo, que estaba en estado vegetativo. Hacía ya cuatro años que habían intercambiado el último diálogo. «Hasta luego», le había dicho él, y ella le había respondido: «Sí, vete ya, que llegas tarde». Eso fue todo. Salió para la escuela, pero cuando lo volvió a ver fue en la cama de un hospital. Nunca había despertado en todo ese tiempo. Debería haber pedido que le quitaran el respirador artificial mucho antes. En el hospital le dijeron que habían hecho todo lo posible y le pasaron la factura de los gastos. Hoy iba a tirarse al socavón número 2 con el chico en brazos. Cuando lo hiciera, depositarían el pago en una cuenta que pertenecía a una vecina y amiga de toda la vida. Ni ella misma podía explicarse por qué estaba pasando la aspiradora cuando su vida iba a terminar muy pronto.

La bolsa de polvo de la aspiradora se ensanchó y se encogió como siempre, pero no pudo aspirar nada. Cuando se dirigía al salón con la potencia del aparato al máximo, los cristales de la ventana se rompieron en mil pedazos y se cayeron dentro de la casa. No oyó nada, solo le pareció ver que entraba una luz muy brillante, pero no pudo comprobarlo. Algo de proporciones descomunales y de color ceniza invadió la casa. El cuello de la Mujer 5 se rompió con facilidad bajo esa masa colosal. Lo único que se salvó fue la aspiradora, que se quedó boqueando y haciendo un ruido como de carraspeo, como si tosiera para despejar su garganta obstruida.

Al sonar la alarma de emergencia, el Hombre 4 encendió el motor de

su moto. Faltaba mucho para la hora acordada, así que se extrañó. Llamó a la persona que le había encargado la tarea, pero no atendía el teléfono. Era la Mujer 21 y parecía estar durmiendo todavía. Cuando volvió a oírse la alarma, fue a esperar al camión. Le habían dicho que la alarma sonaría cuando este estuviese cerca y que sucedería alrededor de las ocho. Su trabajo consistía en apretar el interruptor cuando eso ocurriese. Sin embargo, el orden se había trastocado por completo. El camión no llegaba y la alarma se había adelantado, por lo que dudaba sobre lo que tenía que hacer, pero esa alarma, que nunca había sonado antes, era una señal incuestionable. Tenía que apretar el interruptor conectado con el socavón número 2. No sabía qué ocurriría exactamente cuando lo hiciera, pero recibiría una paga a cambio esa misma mañana. No tenía la menor idea de dónde se encontraba el hoyo ese. Solamente debía apretar el botón marcado con el número 2 que estaba en la parte inferior de la torre. Más fácil imposible. Sospechaba que había algo raro, pero la curiosidad estaba de más en ese trabajo.

Ya había varias personas al pie de la torre. Todos parecían desconcertados, como él. Cuando la alarma sonó de nuevo, se inquietaron aún más y no supieron si tomárselo como la señal convenida o como un error. Les habían dicho que sonaría a las 8.11, de modo que no confiaban en esa alarma que había empezado a sonar varias horas antes. Sin embargo, como su sonido continuaba amplificándose por toda la isla, sus cuerpos ansiaban actuar por acto reflejo. Iban y venían, sin saber si tirar de la cuerda y apretar el interruptor, o si esperar hasta la hora convenida. La Mujer 8 se asomó desde lo alto de la torre. Su cara también reflejaba confusión. Cuando alguien sugirió que fueran al complejo turístico a preguntar lo que debían hacer, los Hombres 20 y 4 levantaron al mismo tiempo las manos. Al final se acordó que el Hombre 4 iría al complejo turístico y que el Hombre 20 se quedaría donde estaba. Todos tenían un rol y una retribución, así que no debían abandonar su puesto. Era lo lógico, pero el Hombre 20 no podía librarse de la fuerte presión que le atenazaba el pecho. Al igual que muchos otros, se había ofrecido para morir porque necesitaba más el dinero que la propia vida, pero al parecer no todos

iban a darla como él. Seguro que recibirían menos dinero, pero de todos modos sintió unas ganas imperiosas de seguir viviendo. La muerte ya no le parecía tan simple. Quería escapar, alejarse de ese sitio con la excusa de ir al complejo turístico a averiguar qué estaba pasando. Le producía un miedo terrible quedarse esperando a que comenzara el suceso que lo llevaría a la muerte.

Cuando el Hombre 4 se marchó en su moto, al Hombre 20 le flaquearon las piernas y se cayó de bruces. Al examinar las expresiones de los demás, su miedo fue en aumento. Llevaba objetos en los bolsillos que probarían su identidad, así como la foto de su esposa, lo que certificaría su conmovedora historia. Naturalmente, la foto era falsa. Todavía no había venido la Mujer 10, que tenía el papel de su esposa. Juntos formarían una pareja desdichada que moriría a los tres meses de casados. Sin embargo, lo cierto era que apenas se conocían. Habían hablado solo tres veces y las tres se dieron después de que les asignaran los papeles. Los únicos momentos que tuvo para conocerla habían sido la reunión general y los ensayos, pero ya pensaba en ella como si fuera su auténtica esposa. Por supuesto, el sentimiento no era compartido, sino exclusivamente suyo, pero, así y todo, sentía el deseo sincero de tomarle las manos, darle un beso y hacerle mil promesas. Ambos tenían mucho en común, tanto por las condiciones de su vida pasada, como por la elección presente y la historia futura que compartirían.

El Hombre 20 se puso todavía más nervioso porque la Mujer 10 no llegaba. Como la alarma seguía sonando, alguien puso en marcha los acontecimientos y activó el interruptor a pesar de que no había vuelto el Hombre 4. El socavón número 1 comenzó a desmoronarse, en el mismo momento en que empezaban a oírse ruidos en el socavón número 2, que estaba un poco más lejos. Los puestos ambulantes, las carretas, es decir, toda la escenografía que habían montado comenzó a precipitarse. Se levantó una nube de polvo como si el socavón gritara, y la arena se removió como si convulsionara. El Hombre 20 tenía que lanzarse con fuerza a una especie de pantano que había entre ambos agujeros, y esa parte se hundiría sin remedio en cuanto pusiera los pies en ella. Sin embargo, no pudo moverse. Antes de que su mente tomara

una decisión, su cuerpo ya estaba corriendo en dirección opuesta al tumulto. El agujero número 2 debía hundirse después del número 1, pero lo que se estaba desmoronando era el cielo. La torre se desplomaba como una sombra en la misma dirección que en la que corría el Hombre 20. Pero tampoco podía decirse que fuera solo eso lo que estaba sucediendo exactamente, puesto que antes de que las piedras se precipitaran desde la torre, el desierto entero se había revolcado y había estallado. La torre, el desierto… todo se había venido abajo en un amasijo indiscernible.

Alguien en la parte superior de la torre gritó que todo estaba bien, que no debían perder la calma. Tenía una cámara en las manos. Su cometido era sacar fotos, pero primero fue arrastrada su cámara, y luego su cuerpo. Todos vieron cómo se deslizó en las entrañas de la tierra. La parte superior de la torre se rompió y cayó en una grieta de la arena, destruyéndose como si fuera de sal.

Antes de que el Hombre 4 llegara al complejo turístico en su moto, antes siquiera de que dejara atrás el desierto, vio cómo se deformaba todo detrás de él y se confundían el abajo y el arriba. La moto se perdió en el camino y desapareció. Lo que llegó al complejo turístico fueron el viento y el tsunami. En el Belle Époque, todos estaban despiertos aunque fingieran dormir como cualquier día normal. En uno de los bungalows se estaban preparando para transferir los pagos; en otro, verificaban las cámaras de circuito cerrado; y en otro, estaban listos para acudir corriendo en cuanto los llamaran. Entonces comenzaron a sonar las alarmas de emergencia como alaridos. Era un pitido agudo que helaba la sangre, como si los altavoces se fueran a desgarrar. La gigantesca ola de tsunami se tragó a la gente, las casas y los libros. Asustadas, las letras impresas saltaron como peces de las páginas. Un rato después, todo quedó en un silencio sepulcral.

La electricidad, los sonidos, los movimientos… Todo se detuvo y lo único que se oía y se movía era la noche. Fue la propia noche la que llamó a la puerta del gerente diciendo: «Ha llegado el invitado VIP».

Cuando el gerente levantó la cabeza, lo vio ante él. El invitado VIP había llegado sin que lo invitaran. Después de vagar durante mucho

tiempo por el mar, apareció sobre una ola gigantesca como una montaña, se desperezó un poco y se desplomó allí mismo delante del gerente. Este quiso salir corriendo hacia la escalera de emergencia, pero el suelo temblaba. Allí donde ponía el pie, el suelo se abría como en el milagro de Moisés. Se podían ver gruesas raíces de árboles a través de las grietas y la más antigua de todas se enroscó en sus piernas. En cuestión de minutos ocurrieron cosas que solían tardar siglos en suceder y, de repente, se hizo el silencio.

Abrazando en su seno la isla de desperdicios, el gigantesco tsunami cruzó las dunas del desierto y se abalanzó sobre la población. Fue a las tres de la mañana cuando la masa de basura extranjera que erraba por los mares sin fronteras llegó a Mui. Su volumen se había multiplicado al absorber los desechos que flotaban en el océano Pacífico. No tardó ni tres minutos en sumir la isla en el caos más absoluto. Por una increíble casualidad, ocurrió el primer domingo de agosto. Algunos pensaron que se había adelantado el suceso previsto y cumplieron fielmente con sus papeles. Otros se dieron cuenta de que no tenía nada que ver con los planes, pero saberlo no los ayudó a sobrevivir.

A las ocho de la mañana, a la hora prevista, el sol se asomó sobre el horizonte, iluminando lo ocurrido durante la noche. Había muchísima gente con los ojos cerrados tirada en el desierto, en la carretera, en el complejo turístico y en la playa. Reinaba la equidad. Sin distinción de tribu, clase o zona, estaban todos mezclados y mudos. El espectáculo inconcebible que se desplegaba a la vista hizo que los que aún se mantenían sobre sus pies cerraran también los ojos.

Desde lejos, no se podía diferenciar a los seres humanos de la basura que lo llenaba todo. El lugar más dañado fue el complejo turístico, que era la zona de la isla que tenía la playa más amplia. Los ejemplares del guion que no pudo llegar a interpretarse estaban desperdigados por todas partes. El viento soplaba con fuerza, como queriendo desgastar las letras; y las olas se arremolinaban sobre las hojas, como queriendo borrarlas de un plumazo.

Encontraron a la mayoría de los supervivientes en el bosque de manglares. Los que tenían buena vista habían visto que muchísimos Cocodrilos se desplazaban allí después de la caída del sol; que una larga hilera de casas construidas sobre los botes cruzaba el mar. Eran los que no podían pagar los impuestos, los que vivían en Mui y no tenían permiso de estancia, pero, sobre todo, eran los que iban a desaparecer de un soplo cuando clarease el día.

El lugar a donde se habían dirigido era el bosque de manglares. Había sido idea de Yona. Ese bosque podía ocultar muchas cosas.

La madrugada en que se despidió de Yona, Luck fue corriendo a las casas lacustres. Avisó a los Cocodrilos de que el permiso de estancia era una trampa y los instó a que el sábado por la noche se trasladaran a escondidas al bosque de manglares. Algunos desconfiaron de Luck y no le creyeron, pero él hizo todo lo que pudo para convencerlos.

Su viaje de trabajo a Vietnam duró cuatro días. No rechazó el repentino encargo porque pensó que podría ver a Yona en Ho Chi Minh cuando ella cogiese el avión a Corea. Después de quedarse un rato contemplando en silencio la casa derrumbada de sus padres, se dirigió al embarcadero. Había quien el sábado por la noche se había desplazado obedeciendo sus consejos y quien no pudo hacerlo. Los que decidieron trasladarse allí atravesaron el mar escondiendo sus cuerpos en el agua como verdaderos cocodrilos y aguantaron la noche en el interior de los manglares. Fueron ellos los que se percataron de que el permiso de estancia entrañaba algún peligro. Lo hicieron para evitar la vil conspiración que se tramaba contra ellos por la mañana. Sin embargo, todo se estremeció antes de que saliera el sol. Mientras el tsunami sacudía a Mui, los manglares, que habían resistido durante siglos, los abrazaron y protegieron con sus raíces. Cuando despuntó el alba, los que se salvaron eran en su mayoría Cocodrilos. Estos supervivientes no tenían discursos que recordar. Tampoco historias especiales. No tuvieron que ensayar ni recibieron paga alguna, pero sus historias se derramaron en el mar, como la sangre que mana de una cabeza hecha pedazos.

EPÍLOGO

EL BOSQUE DE MANGLARES

Hacia el norte se desplazan el centro de baja presión, las lluvias monzónicas y los obituarios.

Hacia el sur se desplazan las huelgas, la basura y las historias.

Las historias…

Las noticias que se transmitieron a mayor velocidad durante la semana pasada fueron las relacionadas con las muertes, que son las más rápidas porque caducan pronto y pierden vigencia tras los funerales.

El epicentro de la tragedia fue Mui, una isla desconocida para la mayoría. Una noche se quebró de repente la rutina de ese lugar bajo un gigantesco tsunami y todo quedó reducido a puntos aislados e inconexos. La isla de desperdicios que encalló en la costa de Mui quedó también completamente desperdigada y reducida a meros puntos discontinuos. Como una tripulación náufraga, rodaban desordenadamente sobre la playa plásticos que tenían estampadas palabras coreanas.

La isla de basura, que había incrementado su masa después de partir de la costa sur de la península coreana, se salió de su derrotero durante la noche y se cernió sobre Mui. Los que hacían pronósticos de su itinerario rastrearon el recorrido que había hecho, pero no pudieron encontrar ninguna razón que aclarara lo sucedido. La única explicación posible era que se hubiera generado en las entrañas de la tierra un

viento o una corriente de proporciones gigantescas que hubiera cambiado repentinamente el derrotero de la isla de desperdicios. Como fuera, el espectáculo de toda esa basura familiar desperdigada en las costas y los caminos de un país extranjero fue más que suficiente para atraer la atención de los coreanos.

Los más diligentes descubrieron las huellas de los socavones en el desierto. Los especialistas explicaron el fenómeno de esta manera: habían ido demasiado lejos con la construcción de la torre en el desierto de arenas rojas y eso había debilitado los cimientos de la isla; lo que, sumado a las lluvias torrenciales y la sequía, habría causado la formación de los socavones. Era exactamente la explicación que había previsto el escritor. Sin embargo, debido al colosal tsunami que se abatió sobre la isla, los hoyos casi habían desaparecido. El escritor nunca se enteró, pues se encontraba entre los más de quinientos muertos que se hallaron en la isla. Descubrieron su cuerpo junto a los ceniceros del embarcadero. Quizá la decisión de fumarse un último cigarrillo antes de partir fue lo que decidió su destino.

El fajo de papeles que se encontró en la maleta del escritor estaba intacto. Era el guion, estaba firmado con su nombre y, como se desarrollaba en Mui y en agosto, llamó la atención de la gente. En lugar de que los socavones se abrieran, un tsunami había abatido la isla el primer domingo de agosto; las circunstancias eran tan parecidas que resultaba difícil determinar si era ficción o realidad. Una de dos: o bien se trataba de la increíble crónica de una supervivencia, o bien de una ficción que ponía la piel de gallina.

La atención de la gente se centró en la mujer coreana que aparecía en el guion. Su nombre era Yona Ko. Era la empleada de una agencia de viajes que moría en un país extranjero a causa de un desastre natural. Al descubrirse algunas de sus pertenencias entre las ruinas del complejo turístico, el interés en ella creció todavía más. Si bien no se encontró su cuerpo, algunos consiguieron copias del guion y se pusieron a investigar sobre el resto de los personajes.

Había muchísimas personas que llamaban a Jungle y preguntaban por Yona, en su mayoría medios de comunicación. La persona que la había reemplazado en el puesto apenas recordaba la cara de ella y lo que más le costaba era contestar de tal manera que lo que dijera se aproximara a las respuestas correctas. Querían datos sobre la vida personal de Yona. Sin embargo, la sustituta no sabía nada de su vida privada. Aunque el hecho de que la compañía no respetaba los límites de lo público y lo privado era evidente, casi no conocía anécdotas o episodios relacionados con ella. O bien era una persona a la que no le gustaba dejar rastros de sí misma, o bien ya la habían olvidado. Gracias a los datos inconexos que aportaron unos pocos, se pudieron conocer algunos aspectos de su vida. Por ejemplo, que perdió un par de zapatos y que le había quedado el derecho supletorio; y que últimamente se había sentido muy frustrada porque la habían desplazado de un proyecto al que le había dedicado mucho tiempo. También decían que se perdió durante el viaje de trabajo a Mui y otros aseguraban que fue ella misma quien solicitó quedarse en ese lugar. Se contaban anécdotas que ni ella misma hubiese recordado si estuviera viva; y otras que no ocurrieron jamás.

Su sustituta dirigió el proyecto de Mui del mismo modo que se maneja una necrología con una fecha de caducidad muy corta. No fue difícil abrir el correo electrónico de Yona. De alguna manera su proyecto del paquete turístico había llegado a Jungle y se había convertido en el más dinámico de los viajes que había programado Yona. Por supuesto, necesitaba pequeños ajustes. El volcán, las termas y los socavones del desierto habían quedado totalmente arruinados, así que hubo que sustituirlos por otros sitios igualmente atrayentes. El más impresionante de todos era la torre partida en dos del desierto de arenas rojas. La torre de Paul se había quebrado debido al tsunami, pero ahora un enorme árbol la atravesaba, como si hubiese anidado un pájaro. Había muchas higueras estranguladoras en la zona y, como sus raíces habían envuelto la torre sin dañarla, se había creado un espectáculo digno de verse. El árbol parecía un parásito y la torre el huésped. Esta imagen fue la que ilustró la portada del folleto

publicitario del nuevo paquete turístico.

Independientemente de esa foto, que se convirtió en la imagen más conocida del desastre de Mui, creció una polémica sobre si se debía demoler o no la torre. Mui obtuvo la ayuda del programa de recuperación de desastres, pero eso no contribuyó a que se pusieran de acuerdo. Algunos defendían que había que dejarla porque constituía una lección ejemplar, mientras que otros decían que había que retirarla porque recordaba el doloroso incidente. La polémica siguió su curso al mismo ritmo que la precaria convivencia entre la torre y el árbol durante toda una temporada.

Los viajes comenzaron cuando la torre partida en dos todavía seguía en su sitio, antes de que la historia de Mui se olvidara por completo. La estación seca en la isla acababa de empezar, así que era la mejor época para el turismo. Algunos iban a Mui en busca de una lección o de algo que los impactara, o bien para hacer trabajos voluntarios y tranquilizar su conciencia. En la tercera página del folleto, se daba el nombre y se presentaba la historia de la programadora de viajes que había muerto durante el viaje de trabajo a Mui. El efecto publicitario era tan grande que era imposible omitir el nombre de Yona. La publicación de unas memorias que escribió la guía Lou sobre Yona Ko y el escritor Hwang contribuyeron a darle todavía mayor publicidad a la isla.

Muy temprano por la mañana, antes de que saliera el sol, las cámaras de fotos hacían su aparición en la zona del bosque de manglares. La vitalidad de estos árboles, que habían sobrevivido al gigantesco tsunami, despertaba la admiración y el asombro de los turistas. Las casas lacustres ancladas allí no se trasladaron a otro sitio. Uno de los moradores se sentaba con un gran libro delante de su casa. El libro, que le protegía la cara como un escudo, tenía en su portada el nombre de Yona Ko. Los turistas se ponían detrás de él para ver su contenido. De un lado del libro abierto, se veía el dibujo de una cámara grande; y del otro lado, el símbolo de un dólar. Entonces la gente pagaba un dólar para poder sacarle una foto.

Luck estaba entre los supervivientes. Había conseguido evitar la catástrofe del primer domingo de agosto porque se encontraba en tierra

firme. Sin embargo, se derrumbó cuando volvió a Mui y se enteró de que Yona no había podido volver a Corea. No había podido reunirse con ella en Ho Chi Minh, pero creyó que había sido por un pequeño desajuste en los horarios. Cuando supo que Yona había muerto, lanzó un grito desgarrador en dirección al mar y se desplomó. Algunos pretendían averiguar dónde estaba e iban a buscarlo. Otros querían sacarle fotos y que les contara la historia de amor con Yona. También había quien le ponía delante una cámara o un micrófono.

«Un poco más allá ondeó al viento su falda roja. Cuando llegó más o menos a la mitad de la torre, vi aparecer esa falda roja entre los resquicios de las piedras como un semáforo que se enciende y se apaga. Sentí un mareo. Así comenzó nuestra historia».

Esas eran las líneas de Luck en el guion que había escrito Hwang. La gente esperaba oírle decir algo semejante, pero Luck no decía nada. No lo dejaban tranquilo a pesar de su silencio debido al archivo de fotos de la cámara de Yona. Una de las fotos era una imagen fuera de foco de Luck y otra era de Luck y Yona acostados en el bote. Dieron pábulo a la teoría de que el guion del escritor Hwang no era del todo ficción. La única persona que no pudo ver esas fotos fue Luck.

«¿Qué relación tuvo con Yona? ¿Eran amantes?».

«¿Cuándo vio a Yona por última vez?».

«¿Sabe dónde puede estar el cuerpo de Yona?».

«Según aparece escrito, usted era el amante local de Yona, ¿no es cierto?».

Las preguntas de la gente eran maleducadas y triviales, pero con el tiempo se hicieron más espaciadas y menos hirientes. Al verlo tan callado, la gente llegó a preguntarle si realmente había conocido a Yona.

Luck contestaba que no con tono indiferente y se alejaba de la gente. Solo la mentira podía salvarlo.

«El único lugar que hay para esconderse es ese bosque, el bosque de manglares…».

El lugar que había pensado Yona para salvar a los Cocodrilos era el único lugar donde Luck podía ocultarse ahora que ella ya no estaba.

Echó a andar hacia el mar, que estaba ahora un palmo más cerca de la costa que antes. Caminó hacia las aguas mientras pensaba que la arena que acababan de peinar las olas se parecía a la piel de Yona; y que de ningún modo iba a entregarle a toda esa gente ni el cuerpo ni la historia de Yona. En la playa todavía estaba desperdigada la basura que había llegado flotando del país de su amada. Cada tanto aparecían palabras que podía entender y otras que no. Se internó en el bosque de manglares, tan profundamente que nadie pudo seguirlo. El sendero era tan estrecho que no entraban los ruidos del obturador de las cámaras, ni los periódicos ni las noticias. Mientras se internaba por ese camino, en su cabeza titilaban miles de pequeñas luces invisibles a los ojos, como estrellas contra la oscura bóveda celeste.

En algún lugar lejano se oían los ruidos de las obras para echar abajo la torre. Si las raíces del árbol no oscilaran como el péndulo de un reloj cada vez que soplaba el viento, quizá lo hubieran dejado como estaba para siempre. Pero, al final, acordaron retirar el árbol y derribar la torre por cuestiones de seguridad. Lo discutieron durante meses, pero no tardaron ni diez minutos en llevarlo a cabo. Cuando quitaron el árbol de la torre, se precipitaron al suelo varios cuerpos como frutas maduras. Ninguno de ellos era el de Yona.

«Sobria pero provocadora, Ko-eun ofrece una sátira perspicaz [...] que combina hábilmente lo absurdo con el horror absoluto. Fascinante y catastrófica».
Publishers Weekly

Con una tranquilidad admirable y prácticamente quirúrgica, Yun Ko-eun cuenta la historia de Yona, una trabajadora de una agencia de viajes llamada Jungle centrada en viajes descabellados a sitios en los que se ha producido un desastre natural (cuanto más calamitoso y mortal, mejor). Tras un pequeño incidente con su jefe, la empresa la manda a Mui, una isla aislada y supuestamente paradisíaca del sudeste asiático, para que la convierta en destino interesante y sobre todo... rentable.

Desde un cinismo y una sutileza impresionantes, este eco-thriller feminista y distópico no tiene piedad con sus personajes ni con el lector. *La turista* es una novela-bisturí, un artefacto tan inofensivo que parece imposible que corte tan profundo, y que pone sobre la mesa una nueva voz inquietante, sobria, retorcidamente divertida, provocativa, desconcertante, compacta y amoral. Atrévete a leerla y sentirás cierto alivio si no tienes ningún viaje programado próximamente.

La crítica ha dicho:

«Un relato asquerosamente oportuno sobre la complicidad y la negación».
Madeline Leung Coleman, *The Atlantic*

«Una historia extravagante, inteligente e imprevisible que camina por el filo de la comedia y el terror. [...] *La turista* plantea la vida contemporánea como un teatro de lo absurdo».
Esther Kim, *The White Review*

«La experiencia turística y su hipocresía al desnudo. [...] Cualquiera que haya viajado se sentirá incómodo».
Siel Ju, *Los Angeles Review of Books*

«Única, misteriosa y absorbente».
Karla Strand, *Ms. Magazine*

«Fresca y afilada, [...] ingeniosa y absurda, una historia llena de suspense e incluso de terror que pretende esclarecer el modo en que el cambio climático está inextricablemente ligado a las presiones del capitalismo global».
Saba Ahmed, *The Guardian*

«Astuta, sin sentimentalismos, cruda y tristemente creíble».
Arianna Rebolini, *BuzzFeed*

«Esta novela-petardo no podría ser más pertinente».
Sarah Neilson, *Shondaland*

«Distópica, corta y feroz: de las mejores obras internacionales que he leído».
S. Stewart, *Asymptote Journal*

Yun Ko-Eun (Seúl, 1980) estudió escritura creativa en la Universidad Dongguk e hizo su debut literario en 2004 con *Pieosing*, que ganó el segundo premio literario Daesan para estudiantes. En 2008 publicó su primera novela, *The Zero G Syndrome*, y ganó el 13º Premio Literario Hankyoreh. Además, es autora de tres colecciones de relatos: *Table for One* (2010), *Aloha* (2014) y *The Old Car and Hitchhiker* (2016). También ha recibido el Lee Hyo-seok Literary Award y el Kim Yong-ik Literary Award. *La turista* (Reservoir Books, 2024) es su segundo libro traducido, ganador del premio Dagger en 2021. Vive en Seúl.

Título original: 밤의 여행자들

Primera edición: junio de 2024

© 2013, Yun Ko-eun
Todos los derechos reservados. Esta edición en lengua española se publica por acuerdo con Yun Ko-eun a través de Agency Soseol, Inc.
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Sunme Yoon, por la traducción
La traducción y la publicación de esta obra se realizó con el apoyo de la Fundación Daesan

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del diseño original de Sinem Erkas
Imagen de portada: © Plainpicture / Jasmin Sander

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19940-46-9

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks

Facebook: ReservoirBooks
Twitter: @ReservoirBooks
Instagram: @reservoirbooks
Youtube: Penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La turista

1. Jungle
2. El socavón del desierto
3. El tren cortado
4. Dentro de tres semanas
5. La isla de los maniquíes
6. A la deriva
7. El domingo de Mui

Epílogo. El bosque de manglares

Sobre este libro

Sobre Yun Ko-eun

Créditos